

Eliphas Levi
Dogma Y Ritual
De La
Alta Magia

Primera Parte
El Dogma
Escaneado y Corregido
hoy 27 de Mayo de 2004
Por Frater Alastor

Ofrecido por VenerabilisOpus.org
Dedicados a preservar el rico patrimonio
cultural y espiritual de la humanidad.

Datos Biograficos:

Eliphas Levi nació en Paris, Francia, el ocho de febrero de 1810. Hijo de un zapatero. De muchacho fue muy inteligente por lo cual su padre decidió enviarlo a la iglesia de St. Sulpice para que recibiera allí su educación. Así decidió consagrarse a la vida religiosa y se hizo sacerdote. Se dice que años mas tarde fuera expulsado por sostener ideas heréticas y por no poder cumplir con su voto de castidad.

En algún momento conoció a una pareja de místicos de apellido Ganneau, El Sr. Ganneau aclamaba ser la reencarnación de Luis XVII y también se declaraba profeta. Su esposa decía ser la reencarnación de Maria Antonieta. De esta manera Elifas se convirtió en uno de los seguidores de Ganneau con quien recibió sus primeras lecciones. En 1852 conoció a J.M.H.Wronski quien lo orientó hacia el ocultismo y la cábala. En 1854 se relacionó con el novelista inglés Bulwer Lytton y con el doctor Ashburner, quienes pertenecían a la Hermetic Brotherhood of Luxor, realizando con ellos experimentos teúrgicos. Iniciado en la Masonería el 14 de marzo de 1861 en la Logia Rosa del Perfecto Silencio del Gran Oriente de Francia. Consta en los registros masónicos que Lévi asciende al tercer grado de Maestro el 28 de agosto de 1861. Antes de su iniciación masónica había publicado dos importantes obras: Dogma y ritual de Alta Magia (1854) e Historia de la Magia (1860). En 1873 se hizo miembro de la Sociedad Rosacruziana in Anglia (SRIA). En este periodo el Dr. Woodman era el secretario de la orden y cinco años mas tarde seria elevado al rango de Mago Supremo. Woodman fundaría una nueva orden mas tarde llamada la Orden del Dorado Amanecer en donde incorporaría las creencias de Eliphas.

El introdujo una serie de enseñanzas muy importantes que darian forma al ocultismo moderno, de hecho a Levi se le considera el padre del ocultismo moderno. En el año 1460 Marcelo Ficino traduciría el Corpus Hermeticum, un cuerpo de textos greco egipcios ricos en enseñanzas esotéricas como la reencarnación , las esferas, los siete cuerpos, y la inmortalidad de la mente superior o inteligencia.. Los conceptos claves enseñados hoy en las distintas escuelas esotericas son derivaciones de las enseñanzas en el Corpus. Mas tarde un joven cabalista llamado Picco de la Mirandola tomara la Cabala hebrea y la fusionaría con las enseñanzas del Corpus y Giordano Bruno desarrollaría la técnica de usar imágenes nemotécnicas como puertas a otros mundos o estados de conciencia. Sin embargo todos estos progresos fueron detenidos por la inquisición y la quema de brujas y mas tarde por la reforma protestante. Como resultado se formaron Sociedades Ocultas con el propósito de transmitir las enseñanzas de manera muy secreta, se instituyeron palabras de paso y signos de reconocimientos todos ellos muy secretos. Sin embargo para el 1850 Francia habria levantado la ley que prohibía escribir sobre la Magia y Eliphas Levi hizo su entrada triunfal.

Elifas Levi comienza explicando que existe dentro de todas las religiones del mundo una tradición esotérica que es universal, que existe una fraternidad universal de iniciados en la doctrina esotérica, el esoterismo es pues la verdad que se encuentra en todas las religiones y que las explica a todas. Este concepto del esoterismo como fuente de todas las religiones es introducido por Levi y luego copiado por otros

prominentes esoteristas como Madame Blavatsky. Además de esto Levi utiliza por primera vez el termino ocultismo y ocultista para definir esta enseñanza universal. Levi también insiste en considerar el Tarot como un Libro Sagrado, capaz de explicar todos los misterios, un resumen de la doctrina universal. Es el la primera persona que traza un paralelismo entre los veintidós arcanos mayores del tarot con las veintidós letras del alfabeto hebreo. También el Levi el primero en establecer una diferencia entre el Pentagrama con la punta hacia arriba y el pentagrama con la punta hacia abajo el cual considera estar al revés y por primera vez lo asocia con el demonio dibujando la cabeza de un macho cabrio dentro de este de manera que los cuernos son las dos puntas de la estrella. El pentagrama en su estado natural representaría a un hombre con los pies y manos abiertos, la cabeza arriba dominando sobre los órganos inferiores es decir la mente gobernando las pasiones.

El Concepto de Cuerpo Astral y el mundo astral tal y como se comprende hoy dia es original de Levi, el termino astral para designar a esta fuerza y mundo es muy suyo aunque hay que decir que estos misterios fueron explicados usando una terminología diferente por Cornelius Agripa y el Corpus Hermeticum per se. Elifas Levi reconoce como fue influenciado por el Libro llamado El Mago de Francis Barret, a su vez esta obra es prácticamente un plagio de la obra de Cornelius Agripa Oculta Filosofía. En su libro Historia de la Magia, Elifas explica como la gente de la India son los descendientes de Caín y agrega que estos poseen la cabala de una manera corrupta y critica fuertemente los conceptos de la religión vedica como perniciosos e inmorales. Esto causa que Elena Petrovna Blavatsky, la madre del ocultismo moderno por asi decirlo entre en una batalla filosófica con el a través de sus libros, .Blavatsky como ya se dijo toma el concepto del esoterismo como verdad universal y también hace uso del concepto de la Luz Astral y del Cuerpo Astral, sin embargo la Blavatsky critica la cabala y agrega que los cabalistas modernos perdieron hace mucho la clave para interpretar la Biblia y que la verdadera sabiduría esotérica no solo se enseña en secreto en los monasterios de la india si no que es precisamente desde la india que este conocimiento se esparció hacia el resto del mundo pasando de la india a Egipto, de Egipto a Grecia, y de Grecia al resto del mundo. Blavatsky abundaría mucho mas que Levi no solo en lo que respecta a la naturaleza de la Luz astral pero también revelaría la existencia de otros planos y dimensiones que explica con todo lujo de detalles, penosamente Blavatsky echa a un lado a la cabala y a la magia ceremonial por considerarlas muy peligrosas.

Eliphas Levi muere el 31 de Mayo de 1875.

Frater Alastor.

Prólogo

Es un honor para mi poder ofrecer hoy la versión electrónica de una obra tan importante como esta desde el punto de vista histórico. Esta es la obra que rompió el hielo, que acabo con el silencio de muchos siglos de sigilo y que estableció un renacimiento en el interés por la Magia y la Cabala de los antiguos iniciados. Esta obra fue leída por las grandes mentes de las ciencias ocultas como Madame Blavatsky y Papus, tan solo por mencionar a algunos. Contiene ideas que serian heredadas por los mismos y ampliadas hasta llegar a formar el “Dogma” de las ciencias ocultas tal y como se enseña hoy día.

Este es el primer libro de magia que yo compre, y cuando lo ley me desilusioné mucho porque parecía hablar de todo menos de magia, hablaba del Tarot y de la Cabala, de los Iniciados, de las luz astral etc etc, pero ¿En donde están los rituales de la magia para ganar el amor de esta o aquella muchacha? Compre muchos libros mas, estudie muchas disciplinas hasta que finalmente decidí darle una segunda lectura, ya no como un principiante si no como un iniciado que ya había estudiado y comprendido la teosofía de la Blavatsky, entonces entendí, todo estaba claro, incluso aquellos misterios que el maestro temía revelar. Tomo un bolígrafo y comencé a hacer todo tipo de notas en el libro, marque muchos conceptos clave y lo guarde.

Hoy ofrezco una versión electrónica de mi copia. He subrayado los textos en la versión electrónica copiando lo que yo ya había subrayado previamente en el mio, las varias notas que hice al margen de la obra las incluyo como notas al calce. Espero que con este esfuerzo el trabajo de Eliphas Levi sea una lectura mas placentera para los principiantes de lo que fue para mi cuando apenas gateaba en la Luz Astral....

Kox Om Pax

¡Luz en Extensión!

Frater Alastor:.

INTRODUCCION

A través del velo de todas las alegorías hieráticas y místicas de los antiguos dogmas, a través de las tinieblas y de las bizarras pruebas de todas las iniciaciones, bajo el sello de todas las criaturas sagradas, en las ruinas de Nínive o de Tebas, sobre las carcomidas piedras de los antiguos templos y sobre la ennegrecida faz de las esfinges de Asiria o de Egipto, en las monstruosas o maravillosas pinturas que traducen para los creyentes las páginas sagradas de los Vedas, en los extraños emblemas de nuestros antiguos libros de alquimia, en las ceremonias de recepción practicadas por todas las sociedades secretas, se encuentran las huellas de una misma doctrina y en todas partes, cuidadosamente oculta. La filosofía oculta parece, pues, haber sido la nodriza o la madrina de todas las religiones, la palanca secreta de todas las fuerzas intelectuales, la llave de todas las oscuridades divinas y la reina absoluta de la sociedad, en las edades en que ella estaba exclusivamente reservada a la educación de los sacerdotes y de los reyes.

Había reinado en Persia con los magos, que un día perecieron, como perecen los dueños del mundo, por haber abusado de su poder; había dotado a la India de las más maravillosas tradiciones y de un lujo increíble de poesía, de gracia y de terror en sus emblemas; había civilizado a Grecia mediante los cuidados de la lira de Orfeo; ocultaba los principios de todas las ciencias y de todos los progresos del espíritu humano, en los audaces cálculos de Pitágoras; la fábula estaba llena de sus milagros, y la historia, cuando trataba de juzgar ese poder desconocido, se confundía con la fábula; derrumbaba o afirmaba los imperios por sus oráculos; hacía palidecer a los tiranos sobre su trono, y dominaba en todos los espíritus por la curiosidad o por el temor. A esta ciencia, decía la muchedumbre, nada le es imposible; manda a los elementos, sabe el lenguaje de los astros y dirige la marcha de las estrellas; la luna, a su vez, cae sangrando desde el cielo; los muertos se levantan de sus tumbas y articulan palabras fatales que el viento de la noche repercute. Dueña del amor o del odio, la ciencia puede dar a su antojo, a los corazones humanos el paraíso o el infierno; dispone, a su placer, de todas las formas y distribuye como le place, la fealdad o la belleza; cambia, a su vez, con la varilla de circe, a los hombres en brutos y a los animales en hombres; dispone también de la vida o de la muerte y puede conferir a su adepto la riqueza, por la transmutación de los metales y la inmortalidad por su quinta esencia y su elixir, compuesto de oro y de luz. He aquí lo que había sido la Magia desde Zoroastro hasta Manes, desde Orfeo hasta Apolonio de Tiana, cuando el cristianismo positivo, triunfante, al fin de los hermosos sueños y de las gigantescas aspiraciones, de la escuela de Alejandría, osó fulminar públicamente su filosofía con su anatema, reduciéndola, por esta causa, a ser más oculta y más misteriosa que nunca.

De otra parte, circulaban con respecto a los iniciados y a los adeptos, rumores extraños y alarmantes; esos hombres estaban rodeados por todas partes de una influencia fatal; mataban o hacían enloquecer a aquellos que se dejaban arrastrar por su meliflua elocuencia o por el prestigio de su sabiduría. Las mujeres a que amaban se convertían en Estriges, sus hijos desaparecían en los conventículos nocturnos, y se hablaba, en voz baja y temblando, de sangrientas orgías y de abominables festines. Se habían encontrado osamentas en los subterráneos de los antiguos templos; se habían escuchado alaridos durante la noche; las cosechas se malograban y los rebaños languidecían, cuando el mago pasaba por delante de aquéllas y de éstos. Enfermedades, que desafiaban el arte de la medicina, hacían su aparición en el mundo —decían-- bajo las

venenosas miradas de los adeptos. En fin, un grito universal de reprobación se eleva contra la magia, cuyo solo nombre es un crimen, y el odio del vulgo se formula por este decreto: «¡Al fuego los magos!», como se había dicho algunos siglos antes: «Los cristianos a los leones.»

Las multitudes no conspiran más que contra los poderes reales; no tienen la ciencia de lo que es verdadero, pero sí tienen el instinto de lo que es fuerte.

Estaba reservado al siglo XVIII el reírse, à la vez, de los cristianos y de la magia, cubriendo de fango de igual modo las homilías de Jean-Jacques que los prestigios de Cagliostro.

Sin embargo, en el fondo de la magia hay ciencia, como en el fondo del cristianismo hay amor, y en los símbolos evangélicos vemos al Verbo encarnado, adorado en su infancia por tres magos a quienes guía una estrella (el ternario y el signo del microcosmos) y recibiendo de ellos el oro, el incienso y la mirra; otro temario misterioso bajo cuyo emblema están contenidos alegóricamente los más elevados secretos de la cábala.

El cristianismo no debía odiar a la magia; pero la ignorancia humana siempre tiene miedo de lo desconocido. La ciencia se vio obligada a ocultarse para librarse de las apasionadas agresiones de un amor ciego; se envolvió en nuevos jeroglíficos, disimuló sus esfuerzos y disfrazó sus esperanzas. Entonces fue creada la jerga de la alquimia, continua decepción para el vulgo, ansioso de oro, pero lengua viva para los verdaderos discípulos de Hermes.

Y ¡cosa singular! existen en los sagrados libros de los cristianos, obras que la Iglesia infalible no tiene la pretensión de comprender, ni ha tratado nunca de explicar; la profecía de Ezequiel y el Apocalipsis; dos clavículas cabalistas, reservadas sin duda en el cielo para que los comenten los reyes magos; libros terrados y sellados con siete sellos para los fieles creyentes y perfectamente claros para el infiel iniciado en las ocultas ciencias.

Otro libro existe aún; pero éste, aunque sea hasta cierto punto popular y se le encuentre por todas partes, es más oculto y el más desconocido de todos, porque contiene la clave de todos los demás; se le ha dado publicidad, sin ser conocido por el público; no se preocupen de pensar en dónde está, porque perderían mil veces el tiempo. Este libro, más antiguo quizá que el de Enoc, jamás ha sido traducido, y está escrito totalmente en caracteres primitivos y en páginas sueltas como las tabletas de los antiguos. Un distinguido sabio ha revelado su existencia, siendo de advertir que lo que le ha llamado la atención, no ha sido precisamente el secreto, sino la antigüedad y su singular conservación; otro sabio, pero de un espíritu más fantástico que juicioso, se ha pasado treinta años estudiándolo, sin comprender nada más que su indiscutible importancia. Se trata, en efecto, de una obra monumental y singular, sencilla y fuerte como la arquitectura de las pirámides, y duradera, por consiguiente, como ellas; libro que resume todas las ciencias y cuyas infinitas combinaciones pueden resolver todos los problemas; libro que habla y hace pensar; inspirador y regulador de todas las combinaciones posibles; la obra maestra quizá del espíritu humano, y seguramente una de las más hermosas que nos ha legado la antigüedad; clavícula, cuyo nombre no ha sido comprendido y explicado más que por el sabio iluminado Guillaume Postel; texto único, cuyos primeros caracteres, tan sólo extasiaron el espíritu religioso de San Martín, y hubieran dado la razón al sublime e infortunado Swedenborg. Este libro —ya

hablaremos de él— y su explicación matemática y rigurosa, será el complemento y la corona de nuestro concienzudo trabajo

La alianza original del cristianismo y de la ciencia de los magos, si queda una vez más bien demostrada, no será un descubrimiento de mediana importancia, y no dudamos que el resultado de un estudio serio de la magia y de la cábala, no conduzca a los espíritus serios a la conciliación, considerada hasta el presente como imposible, de la ciencia y del dogma, de la razón y de la fe.

Ya hemos dicho que la iglesia, cuyo atributo especial es el depósito de las llaves, no pretende tener las del Apocalipsis o de las visiones de Ezequiel. Para los cristianos y en opinión suya, en clavículas científicas y mágicas de Salomón se han perdido. Es cierto, sin embargo, que en el dominio de la inteligencia, gobernada por EL VERBO, nada de lo que está escrito se pierde, solamente las cosas que los hombres cesan de comprender, no existen ya para ellos, al menos como verbo. Estas cosas penetran, entonces, en el dominio del enigma y del misterio.

De otra parte, la antipatía y aun la guerra abierta de la Iglesia oficial contra todo lo que entra en el dominio de la magia, que es una especie de sacerdocio personal y emancipado, obedece a causas tan necesarias e inherentes como las del sacerdocio cristiano. La iglesia ignora lo que es la magia porque debe ignorarlo todo o perecer, como lo demostraremos más tarde. La conoce menos que su misterioso fundador, que fue saludado en su cama por los tres magos, es decir, por los embajadores hieráticos de las tres partes del mundo conocido y de los tres mundos analógicos de la filosofía oculta.

En la escuela de Alejandría la magia y el cristianismo se dan casi la mano bajo los auspicios de Ammonio Saccas y de Platón. El dogma de Hermes se encuentra casi todo entero en los escritos atribuidos a Dionisio el Areopagita. Sinesio traza el plan de un tratado de los sueños, que debía ser comentado más tarde por Cardan, y compuesto de himnos que podría servir a la liturgia de la iglesia de Swedenborg, si una Iglesia de iluminados pudiera tener una liturgia. Es también en esta época de abstracciones ardientes y de logomaquias apasionadas cuando se une el reinado filosófico de Juliano, llamado el Apóstata, porque en su juventud había hecho, en contra de su voluntad, profesión de fe en el cristianismo. Todo el mundo sabe que Juliano tuvo la desgracia de ser un héroe de Plutarco, fuera de razón, y fue, si así puede hablarse, el Don Quijote de la Caballería romana; pero lo que todo el mundo no sabe es que Juliano era un iluminado y un iniciado de primer orden; era un individuo que creía en la unidad de Dios y en el dogma universal de la Trinidad; era, en una palabra, un ser que no admitía del antiguo mundo más que sus magníficas símbolos y sus muy graciosas imágenes.

Juliano no era pagano, sino un gnóstico atiborrado de las alegorías del politeísmo griego, y que tenía la desgracia de encontrar menos sonoro el nombre de Jesucristo que el de Orfeo. Como emperador pagó sus gastos de colegio como filósofo y como retórico, y, después que se hubo dado a sí mismo el placer de expirar como Epaminondas, con las frases de Catón, tuvo de la opinión pública, ya toda cristiana, anatemas por oración fúnebre y un epíteto deshonoroso por última celebridad.

Pasemos por alto las pequeñeces del Bajo Imperio y lleguemos ala Edad Media...

Tomad ese libro, leed en la séptima página y sentaos después sobre el manto que yo voy

a extender y con una de cuyas puntas nos taparemos los ojos... Vuestra cabeza da vueltas, ¿no es eso, y os parece así como si la tierra huyera de vuestro pies? Manteneos firmes y no miréis... El vértigo cesa; hemos llegado. Levantaos y abrid los ojos; pero guardaos de hacer ningún signo y de pronunciar ninguna palabra cristiana. Estamos en un paisaje de Salvador Rosa. Es un desierto que reposa después de haberse desencadenado en él una tormenta. La luna no resplandece en el cielo. Pero, ¿no veis oscilar las estrellas por entre los matorrales? ¿No escucháis a vuestro alrededor el revoloteo de gigantescos pájaros que, al pasar, parece que murmurarán palabras extrañas? Aproximémonos silenciosamente a la encrucijada. Una ronca y fúnebre trompeta se deja oír; una infinidad de antorchas e iluminan por todas partes. Una numerosa asamblea se congrega alrededor de un círculo que está vacío; miran y esperan. De pronto, todos los concurrentes se prosternan y murmuran: ¡Helo ahí, helo ahí! ¡Es él! Un príncipe con cabeza de macho cabrío llega contoneándose, sube sobre su trono, se inclina y presenta a la asamblea un rostro humano, al que todo el mundo acude, cirio negro en mano, a ofrecerle un saludo y un ósculo; luego se endereza, lanza una carcajada estridente y distribuye a sus fieles oro, instrucciones secretas, medicinas ocultas y venenosas. Durante esta ceremonia las malezas se incendian y arden mezcladas con osamentas humanas y grasas de suplicios. Druidesas coronadas de una planta parecida al perejil y de verbena sacrifican con falces de oro niños sustraídos al bautismo y preparan horribles ágapes. Las mesas se ponen; los hombres enmascarados se colocan al lado de las mujeres semidesnudas, y comienza la bacanal. Nada falta allí, excepto la sal, que es el símbolo de la sabiduría y la inmortalidad.

Corre el vino a torrentes, dejando manchas semejantes a la sangre; comienza las conversaciones y las caricias obscenas; toda la concurrencia está borracha de vino, de lujuria y de canciones deshonestas. Todo el mundo se levanta en desorden y se forman los corros infernales... Llegan entonces todos los monstruos de la leyenda, todos los fantasmas de las pesadillas; sapos enormes tocan la flauta al revés, y soplan, apretando las ancas con sus patas; escarabajos cojitranco se mezclan en la danza; cangrejos hacen sonar las castañuelas; cocodrilos hacen piruetas con sus escamas; llegan elefantes y mamuts vestidos de Cupido y levantan las patas como si danzaran... Luego los corros se deshacen y se dispersan... se apagan, perdiéndose el humo entre las sombras... Aquí, allí acullá se escuchan gritos, carcajadas, blasfemias y estertores... Vamos, despertaos, y no hagáis el signo de la cruz. Yo os he transportado y estáis en vuestro lecho, os encontráis un tanto fatigados, un poco si es, no es magullados, a causa del viaje y de la mala noche; pero habéis visto una cosa de la que todo el mundo habla sin conocerla. Estáis iniciados en terribles secretos como del antro de Trofonio. ¡Habéis asistido al *Sabbat*! De desear es que no os volváis locos y que os mantengáis en un saludable temor de la justicia y a una distancia respetuosa de la Iglesia y de sus hogueras. ¿Queréis ver ahora alguna cosa menos fantástica, más real, y verdaderamente terrible? Pues os haré asistir al suplicio de Jacques de Molay y de sus cómplices, o de sus hermanos en martirio... Pero, no os engañéis y no confundáis al culpable con el inocente. ¿Hanadorado realmente los templarios a Baphomet, o han dado un humilde abrazo a la faz posterior del macho cabrío de Mendés? ¿Qué era, pues, esa asociación secreta y poderosa que ha puesto en peligro a la Iglesia y al Estado y la cual exterminaron sin oírla? No juzguéis nada a la ligera; son culpables de un gran crimen, han dejado ver a los profanos el santuario de la antigua iniciación; han recogido para

repartirlo entre sí, y hacerse los dueños del mundo, los frutos de la ciencia del bien y del mal. El decreto que los condena se remonta más allá que el mismo tribunal del Papa o de Felipe el Hermoso. «El día que comas de este *fruto*, morirás», había dicho el mismo Dios, según vemos en el Génesis.

¿Qué ha ocurrido en el mundo y por qué los sacerdotes y los reyes han temblado? ¿Qué poder secreto amenaza las tierras y las coronas? He ahí algunos locos que corren de país en país y que ocultan, según dicen, la piedra filosofal, bajo sus harapos y su miseria. Pueden cambiarla tierra en oro, y sin embargo ¡carecen de pan y de asilo! Su frente está ceñida por una aureola de gloria y por un reflejo de ignominia. Eluno ha encontrado la ciencia universal y no sabe cómo morir para escapar a las torturas de su triunfo: es el mallorquino Ramon Liull. El Otro cura con remedios fantásticos las enfermedades imaginarias y ofrece un formal mentís al proverbio que comprueba la ineficacia de un cauterio en una pierna de madera; es el maravilloso Paracelso, siempre ebrio y siempre lúcido como los héroes de Rabelais. Aquí es Guillaume Postel, que escribe ingenuamente a los Padres de Concilio de Trento que ha encontrado la doctrina absoluta, oculta desde el comienzo del mundo y que ya se le hace tarde en compartirla con los demás. El Concilio no se inquieta del loco y ni aun se digna condenarle, pasando al examen de cuestiones tan graves como la gracia eficaz y la gracia suficiente. Aquel que vemos morir pobre y abandonado es Cornelio Agrippa, el menos mago de todos, y a quien el vulgo se obstina en considerarle como el mayor hechicero del mundo, porque era a veces satírico y mistificador. ¿Qué secreto se han llevado todos esos hombres a sus tumbas? ¿Por qué se les admira sin haberlos conocido? ¿Por qué se les condenó sin escucharlos? ¿Por qué están inciertos en esas terribles ciencias ocultas de las que la Iglesia y la sociedad tienen miedo? ¿Por qué saben ellos lo que los demás hombres ignoran? ¿Por qué disimulan ellos lo que todo el mundo arde en saber? ¿Por qué están vestidos de un poder terrible y desconocido? ¡Las ciencias ocultas! ¡La magia! He aquí dos palabras que os dicen todo y que aún pueden hacernos pensar más.

De omnire scibili et quibusdam alus.

¿Qué es, por tanto, la magia? ¿Cuál es el poder de esos hombres tan perseguidos y tan fieros? ¿Por qué si eran tan fuertes no han vencido a sus enemigos? ¿Por qué si eran tan insensatos y tan débiles se les dispensaba el honor de temerles? ¿Existe una magia, existe verdaderamente una ciencia oculta que sea ciertamente un poder y que opere prodigios capaces de competir con los milagros de las religiones autorizadas?

A estas preguntas principales responderemos con una palabra y con un libro. El Libro será la justificación de la palabra y esta palabra es: sí, ha existido y existe todavía una magia poderosa y real; sí, todo cuanto las leyendas dicen es cierto; aquí, única y contrariamente a lo que ocurre generalmente, las exageraciones populares no estaban sólo de lado sino muy por debajo de la verdad.

Sí, existe un secreto formidable cuya revelación ya ha trastornado el mundo, como lo atestiguan las tradiciones de Egipto, resumidas simbólicamente por Moisés en el comienzo del Génesis. Este secreto constituye la ciencia fatal del bien y del mal y su resultado, cuando se divulga, es la muerte. Moisés lo representa bajo la figura de un árbol que está en el centro del paraíso terrenal, y vecino, y con las raíces comunes al árbol de la vida; los cuatro ríos misteriosos, toman su manantial al pie de este árbol, que está guardado por la espada flameante y parlas cuatro firmas de la esfinge bíblica, el querubín de Ezequiel... Aquí debo detenerme y hasta temo haber dicho demasiado.

Sí, existe un dogma único, universal, imperecedero, fuerte como la razón suprema, sencillo como todo lo que es grande, inteligible como todo lo que es universalmente y absolutamente verdadero, y este dogma ha sido el padre de todos los demás.

Sí, existe una ciencia que confiere al hombre prerrogativas, en apariencia sobrehumanas, hélas aquí tales y como yo las he hallado enumeradas en un manuscrito hebreo del siglo XVI.

He aquí ahora cuáles son los privilegios y los poderes del que tiene en su mano derecha las clavículas de Salomón, y, en la izquierda, la rama florida del almendro.

Ⲁ Aleph. —Ve a Dios cara a cara, sin morir, y conversa familiarmente con los siete genios que mandan a toda la milicia celeste.

Ⲃ Beth. —Está por encima de todas las aflicciones y de todos los temores.

Ⲅ Ghimel. —Reina en todo el cielo y se hace servir por todo el infierno.

Ⲇ Daleth. —Dispone de su salud y de su vida y puede disponer de las de los demás.

Ⲉ He.~—No puede ser sorprendido ni por el infortunio, ni agobiado por los desastres, ni vencido por sus enemigos.

Ⲋ Vau. —Sabe la razón del pasado, del presente y del porvenir.

Ⲍ Dzain. —Tiene el secreto de la resurrección de los muertos y la llave de la inmortalidad.

Estos son los siete grandes privilegios. He aquí ahora los que vienen después.

Ⲏ Heth. —Tener la medicina universal.

Ⲑ Teth. — Encontrar la piedra filosofal.

Ⲓ Jod. —Conocer las leyes del movimiento continuo y poder demostrar la cuadratura del círculo.

Ⲕ Caph. —Cambiar en oro, no solamente todos los metales, sino también la misma tierra, y aun las inmundicias de la misma.

Ⲗ Lamed. —Domar a los animales más feroces y saber pronunciar palabras que alienten y encanten a las serpientes.

Ⲙ Men. —Poseer el arte notorio que da la ciencia universal.

Ⲛ Nun. —Hablar sabiamente sobre todas las cosas sin preparación y sin estudio. He aquí, por último, los siete menores poderes del mago.

Ⲝ Samech. -Conocer a primera vista el fondo del alma de los hombres y los misterios del corazón de las mujeres:

Ⲟ Ain. —Forzar, cuando le plazca, a la naturaleza, y revelarse.

Ⲡ Phe. —Prever todos los acontecimientos futuros que no dependan de un libre albedrío superior, o de una causa inapercibida.

Ⲣ Tsade. —Prestar en el acto a todo el mundo los consuelos más eficaces y los consejos más saludables.

ⲡ Koph. - Trinfar sobre las adversidades

Ⲛ Resch. — Dominar el amor y el odio.

Ⲛ Schin. —Tener el secreto de las riquezas; ser siempre el amo y no el esclavo. Saber gozar aun en la pobreza y no caer nunca ni en la abyección ni en la miseria.

Ⲛ Thau. —Agregaremos nosotros a estos tres septenarios que el sabio gobierna a los dementes, aplaca las tempestades, cura las enfermedades con el tacto y resucita los muertos.

— Estas son las cosas que Salomón selló con su triple sello. Los iniciados saben y basta. Cuanto a los demás, que ríen, que crean, que duden, que amenacen o que tengan miedo, ¿qué importa a la ciencia y qué a nosotros?

Tales son, efectivamente, los resultados de la filosofía oculta, y estamos en condiciones de no tener una acusación de locura o una suposición de charlatanismo al afirmar que todos estos privilegios son reales.

Esto es lo que todo nuestro trabajo, acerca de la filosofía oculta tenderá a demostrar.

La piedra filosofal, la medicina universal, la transmutación de los metales, la cuadratura del círculo y el secreto del movimiento continuo, no son, pues, ni mistificaciones de la ciencia, ni ensueños de la locura; son términos que es preciso comprender en su verdadero sentido, y que manifiestan todos los diferentes usos de un mismo secreto, los diferentes caracteres de una misma operación que se define de una manera más general, llamándola únicamente la gran obra.

Existe asimismo en la naturaleza una fuerza mucho más poderosa, siquiera sea en otra forma que el vapor, y por medio de la cual, un solo hombre que pudiera apoderarse de ella y supiera dirigirla, trastornaría y cambiaría la faz del mundo. Esta fuerza era conocida por los antiguos, y consiste en agente universal cuya ley suprema es el equilibrio y cuya dirección tiende inmediatamente al gran arcano de la magia transcendental. Por medio de la dirección de ese agente, se puede cambiar el orden de las estaciones; producir en la noche fenómenos inherentes al día; corresponder en un instante de uno a otro confín del mundo; ver, como Apolonio, lo que ocurría al otro extremo de la tierra; dar la palabra un éxito y una repercusión universal. Este agente, que apenas se revela ante el tacto de los discípulos de Mesmer, es precisamente lo que los aceptos de la Edad Media llamaba la materia primera de la gran obra. Los gnósticos hacían ígneo el cuerpo del Espíritu Santo, ya él era a quien adoraban en los sitios secretos del sabbat o del templo, bajo la jeroglífica figura del Baphomet o del macho cabrío del Andrógino de Mendés. Todo esto quedará demostrado.

Tales son los secretos de la filosofía oculta; tal se nos aparece la magia en la historia, veámosla, ahora, en los libros y en las obras, en las iniciaciones y en los ritos.

La clave de todas las alegorías mágicas se encuentra en las hojas que hemos señalado y creemos son obra de Hermes. Alrededor de este libro, que se puede llamar la clave de la bóveda de todo el edificio de las ciencias ocultas, vienen a establecerse numerosas leyendas que son o la tradición parcial o el comentario sin cesar, renovado bajo mil distintas *formas*. Algunas veces, esas ingeniosas fábulas se agrupan armoniosamente y forman una gran epopeya que caracteriza una época, sin que la muchedumbre pueda explicar cómo ni por qué. Así es como la fabulosa historia del Vello de Oro,

resume, velándolos, los dogmas herméticos y mágicos de Orfeo, y si nos remontamos alas poesías misteriosas de Grecia, veremos cómo los Santuarios de Egipto y la India nos espantan hasta cierto punto con su lujo y nos dejan absortos ante la acumulación de sus riquezas; luego llegamos a la tebaida, esa asombrosa síntesis de todo el dogma presente, pasado y futuro, a esa fábula, por decirlo así, infinita, que toca, como el dios Orfeo, alas dos extremidades del ciclo de la vida humana. ¡Cosa extraña. La siete puertas de Tebas defendidas y atacadas por siete jefes que han jurado sobre la sangre de una víctima, tienen el mismo sentido que los siete sellos del libro sagrado explicado por siete genios, y atacado por un monstruo de siete cabezas, después de haber sido abierto por un cordero vivo e inmolado en el libro alegórico de San Juan! El origen misterioso de Egipto, que se encuentra suspendido como un fruto sagrado sobre un árbol del Cytheron, recuerda los símbolos de Moisés y los relatos del Génesis. Lucha contra su padre y le mata sin conocerle; espantosa profecía de la emancipación ciega de la razón sin la ciencia; después llega enfrente de la esfinge. ¡La esfinge! El símbolo de los símbolos, el enigma eterno para el vulgo, el pedestal del granito de la ciencia de los sabios, el monstruo devorador y silencioso, que manifiesta por su forma invariable el dogma único del gran misterio universal, ¿Cómo el cuaternario se cambia en binario y se explica por el ternario? En otros términos mas emblemáticos, pero más vulgares, ¿Cuál es el animal que por la mañana tiene cuatro patas, dos al mediodía y tres por la noche? Filosóficamente hablando, ¿cómo el dogma de fuerzas elementales produce el dualismo del Zoroastro y se resume por la triade de Pitágoras y Platón? ¿Cuál es la razón final de las alegorías y de los números, la última palabra de todos los simbolismos? Edipto responde una simple y terrible palabra que mata la esfinge y va a convertir al adivinador en rey de Tebas; la palabra del enigma ¡es el hombre!... ¡Desgraciado! ha visto demasiado bastante claro, y muy pronto expiará su funesta e incompleta clarividencia por una ceguera voluntaria; después desaparecerá en medio de un huracán como todas las civilizaciones que hubiera adivinado un día, sin comprender todo el alcance y todo el misterio, la palabra del enigma de la esfinge. Todo es simbólico y transcendental en esa gigantesca epopeya de los destinos humanos. Los dos hermanos enemigos, manifiestan la segunda parte del gran misterio completado divinamente por el sacrificio de Antígona; después la guerra, la última guerra, los hermanos enemigos muertos el uno por el otro; Capaneo, por el rayo que desafiaba; Anfirao devorado por la tierra, son otras tantas alegorías que llenan de asombro, por su verdad y por su grandeza, a los que penetran el triple sentido hierático. Esquilo, comentado por Balanche, no da más que una débil idea, sean por lo demás, las que fueren las majestades primitivas de Esquilo y la belleza del libro de Balanche. El libro secreto de la antigua iniciación no era ignorado por Homero que traza el plan y las principales figuras sobre el escudo de Aquiles con una precisión minuciosa. Pero las graciosas ficciones de Homero pronto parecen hacer olvidar las sencillas y abstractas verdades de la revelación primitiva. El hombre se agarra a la forma y olvida la idea; los signos al multiplicarse pierden su poder; la magia también se corrompe en esa época y va a descender con las hechiceras de Tesalia a los más profanos encantamientos. El crimen de Edipo, ha producido sus frutos de muerte y la ciencia del bien y del mal erige a éste en divinidad sacrílega. Los hombres fatigados de la luz se refugian en la sombra de la sustancia corporal: el sueño del vacío que Dios llena, pronto les parece más grande

que el mismo Dios y se crea el infierno cuando en el curso de esta obra nos sirvamos de palabras consagradas: Dios, el cielo, el infierno, sepase de una vez por todas, que nosotros nos alejamos tanto del sentido atribuido a estas palabras profanas, como la iniciación esta separada del pensamiento del vulgo.

Dios, para nosotros, es el ázoe de los sabios, el principio eficiente y final de la gran obra. Ya explicaremos más adelante lo que estos términos tengan de oscuro. Volvamos a fábula de Edipo. El crimen del rey de Tebas no es el de haber comprendido a la esfinge, sino el de haber destruido el azote de Tebas sin ser bastante puro para completar la expiación en el nombre de su pueblo. Así, bien pronto la peste se encarga de vengar la muerte de la esfinge, y el rey de Tebas, forzado a abdicar, se sacrifica a las terribles manos del monstruo, que. está más vivo y más devorador que nunca, ahora que ha pasado del dominio de la forma al de la idea. Edipo, ha visto lo que es el hombre y sesaca los ojos para no ver lo que es Dios. Ha divulgado la mitad del grande arcano mágico, y para salvar a su pueblo, es preciso que se lleve con él al exilio y la tumba la otra mitad del terrible secreto.

Después de la fábula colosal de Edipo, encontramos el gracioso poema de Psique, del que Apuleyo no es ciertamente el inventor. El gran arcano mágico reaparece aquí bajo la figura de la unión misteriosa entre un dios y una débil mortal abandonada, sola y desnuda sobre una roca. Psique debe ignorar el secreto de su ideal realeza, y si contempla a su esposo le pierde. Apuleyo interpreta y comenta aquí las alegorías de Moisés; pero, ¿los Eloim de Israel y los dioses de Apuleyo, no ha salido igualmente de los santuarios de Memfis, y de Tebas? Psique es la hermana de Eva, más bien es Eva espiritualizada. Ambas quieren saber y pierden la inocencia para pagar el honor de la prueba. Ambas merecen descender a los infiernos: una para llevarla antigua caja de Pandora, y la otra para buscar en ellos y aplastarla cabeza de la serpiente, que es el símbolo del tiempo y del mal. Ambas cometen el crimen que deben expiar, el Prometeo de los antiguos tiempos y el Lucifer de la leyenda cristiana, el uno entregado, y el otro sometido por Hércules y por el Salvador.

El gran secreto mágico, es pues, la lámpara y el puñal de Psique, es la manzana de Eva, es el cetro ardiente de Lucifer, pero es también la cruz santa del Redentor. El saber bastante para abusar o divulgarlo, es merecer todos los suplicios; el saber como debe saberse para servirse de él y ocultarle, es ser dueño de lo absoluto.

Todo está encerrado en una palabra, y en una palabra de cuatro letras. Es el tetragrama de los hebreos, es el azoe de los alquimistas, es el thot., de los bohemios, es el tarot de los cabalistas. Esa palabra, de tan diversa manera manifestada, quiere decir Dios para los profanos, significa el hombre para los filósofos, y ofrece a los adeptos la última palabra de las ciencias humanas y la llave del poder divino; pero sólo al que sabe servirse de él y comprende la necesidad de no revelarlo nunca. Si Edipo en lugar de hacer morir a la esfinge la hubiera domado y enganchado a su carro para entrar en Tebas, hubiera sido rey sin incesto, sin calamidades y sin exilio.

Si Psique a fuerza de sumisiones y de caricias hubiera alcanzado que el amor se revelara por sí mismo; no lo hubiera perdido. El amor es una de las imágenes mitológicas del gran secreto y del gran agente, porque manifiesta a la vez una acción y una pasión, y un vacío y un lleno, una flecha y una herida.¹ Los iniciados deben comprenderme, y a causa de los profanos no puede decirse demasiado.

Después del maravilloso asno de oro de Apuleyo, no encontramos más epopeyas mágicas. La ciencia vencida en Alejandría por el fanatismo de los asesinos de Hipatia, se hace cristiana, o más bien, se oculta bajo los velos' cristianos de Ammonio, Sinesio y el anónimo autor de los libros de Dionisio el Areopagita. En ese tiempo era preciso hacerse perdonar los milagros por las apariencias de la superstición y la ciencia por un lenguaje ininteligible. Se resucitó la escritura jeroglífica y se inventaron los pantáculos y los caracteres que resumían toda una doctrina en un signo, toda una serie de tendencias y de revelaciones, en una palabra. ¿Cuál era el fin de los aspirantes a la ciencia? Buscaban el secreto de la gran obra o de la piedra filosofal, o el movimiento continuo, o la cuadratura del círculo, o la medicina universal, fórmulas que los salvaba con frecuencia de la persecución y del odio haciéndolos tildar de locura, fórmulas que

¹ Refiere probablemente al Tantra o sexo sagrado. La flecha es el órgano sexual masculino, la herida la cavidad vaginal, según las tradiciones orientales el momento cercano al orgasmo genera una gran cantidad de energía chi que puede ser usada de diversas maneras y con propósitos mágicos.

manifestaban cada una de por sí, una de las fases del gran secreto mágico como lo demostraremos más tarde.

Esta ausencia de epopeyas dura hasta nuestra novela de la **Rosa**; pero, el símbolo de la rosa, que manifiesta también el sentido misterioso y mágico del poema del Dante, está tomada de la alta Cábala y ya es tiempo de que abordemos este inmenso manantial oculto de la filosofía universal.

La Biblia, con todas las alegorias que encierra, no manifiesta sino de una manera incompleta, y velada la ciencia religiosa de los hebreos.. El libro que hemos hablado y cuyos caracteres, hieráticos explicaremos, el libro que Guillaume Postel denomina El Génesis de Enoc, existía seguramente antes de Moisés y de los profetas, cuyo dogma, idéntico en el fondo al de los antiguos egipcios, tenían también su exoterismo y sus velos. Cuando Moisés hablaba al pueblo, dice alegóricamente el libro sagrado, colocaba un velo sobre su rostro y se quitaba ese velo para hablar con Dios; tal es la causa de esos pretendidos absurdos de la Biblia, que tanto han ejercitado el verbo satírico de Voltaire. Los libros no estaban escritos más que para recordar la tradición, y se escribían en símbolos ininteligibles para los profanos. El Pentateuco y las poesías de los profetas no eran, además, más que libros elementales, sea de dogma, sea de moral, sea de liturgia, la verdadera filosofía secreta y tradicional no fue escrita sino más tarde, bajo velos menos transparentes aún. Así es como nació una segunda Biblia desconocida, o más bien incomprendida por los cristianos; un relato —dicen— de absurdos (y aquí los creyentes confundidos en una misma ignorancia, hablan como los incrédulos); un monumento, digamos nosotros, que reúne todo lo que el genio filosófico y el religioso han podido hacer o imaginar de sublime; tesoro rodeado de espinas y diariamente oculto en una piedra bruta y oscura. Nuestros lectores ya habrán adivinado que quiero hablar del Talmud.

¡Extraño destino el de los judíos! ¡Los machos cabríos emisarios, los mártires y salvadores del mundo! ¡Familia movediza, valerosa y dura; que las persecuciones han siempre conservado intacta, porque aún no ha cumplido su misión! Nuestras tradiciones apostólicas, ¿no dicen que después de la declinación de la fe en los gentiles, la salvación debe venir todavía de la casa de Jacob, y entonces el judío crucificado que han adorado los cristianos pondrá el imperio del mundo en manos de Dios, su padre?

Se siente uno extasiado de admiración al penetrar en el santuario de la cábala, a la vista de un dogma tan lógico, tan sencillo y, al mismo tiempo tan absoluto. La unión necesaria de las ideas y de los signos, la consagración de las realidades más fundamentales por los caracteres primitivos, la trinidad de las palabras, las letras y los números; una filosofía sencilla como el alfabeto, profunda e infinita como el verbo; teoremas más completos y luminosos que los de Pitágoras; una teología que resume contando por los dedos; un infinito que puede caber en el hueco de la mano de un niño veintidós letras, un cuadrado y un círculo; he aquí todos los elementos de la cábala. ¡Son los principios elementales del verbo escrito, reflejo de ese verbo hablando que ha creado el mundo!

Todas las religiones verdaderamente dogmáticas han salido de la cábala, y a ella retoman; todo lo que hay de científico y de grandioso en los sueños religiosos de todos los iluminados, Jacob Boehme, Swedenborg, San Martín, etc., está tomado de la cábala; todas las asociaciones masónicas le deben sus secretos y sus símbolos. La cábala consagra por sí sola la alianza de la razón universal y del Verbo divino; establece por

los contrapesos de dos fuerzas opuestas en apariencia, la balanza eterna del ser, concilia la razón con la fe, el poder con la libertad, la ciencia con el misterio; tiene las llaves del pasado, del presente y del porvenir.

Para iniciarse en la cábala, no basta leer y meditar los escritos de Reuchlin, de Galatinus, de Kricher o de Pico de la Mirándola, es preciso también estudiar y comprender a los ritos hebreos de la Colección de Pistorius, el Sepher Jezirah, sobre todo, después de la filosofía de amor de Leon el Hebreo.. Es preciso, asimismo, abordar el gran libro de Sohar, leer atentamente en la Colección de 1689 titulada **Cábala denudata**, el tratado de la pneumática cabalística y el de la revolución de las almas; después, penetrar audazmente en las luminosas tinieblas de todo el cuerpo dogmático y alegórico del Talmud. Entonces se podrá comprender a Guillaume Postel, y confesarse en voz baja que, aparte de sus sueños, asaz prematuros y demasiados generosos de la emancipación de la mujer, ese célebre y sabio iluminado podía no estar tan loco como pretenden aquellos que ni siquiera le han leído.

Acabamos de bosquejar rápidamente la historia de la filosofía oculta, hemos indicado los manantiales y analizado en pocas palabras los principales libros. Este trabajo no se refiere más que a la ciencia; pero la Magia, o mejor, el poder mágico, se compone de dos cosas: una ciencia y una fuerza.

Sin la fuerza, la ciencia no es nada, o más bien, es un peligro. No otorgar la ciencia sino a la fuerza, tal es la ley suprema de las iniciaciones. Así, el gran revelador, ha dicho: El reino de Dios sufre violencia, y son los violentos los que le hacen perder su fuerza. la puerta de la verdad está cerrada como el santuario de una virgen; es preciso ser un hombre para penetrar en él. Todos los milagros están prometidos a la fe; pero ¿qué es la fe sino la audacia de una voluntad que no vacila en las tinieblas y que marcha hacia la luz a través de todas las pruebas y venciendo todos los obstáculos?

Novamos a repetir aquí la historia de las antiguas iniciaciones; cuanto más peligrosas y terribles eran, tanto más eficaces resultaban; también tenía en mundo entonces hombres capaces de gobernarlo y de instruirlo. El arte sacerdotal y el arte real consistían especialmente en pruebas de valor, de discreción y de voluntad. Era un noviciado semejante al de esos sacerdotes, tan impopulares de nuestros días, conocidos con el nombre de jesuitas, y que gobernarían todavía el mundo si tuvieran una cabeza verdaderamente sabia e inteligente.

Después de haber pasado nuestra vida en la investigación de lo absoluto, en religión, en ciencia y en justicia; después de haber dado vueltas en el círculo de Fausto, hemos llegado al primer dogma y al primer libro de la humanidad. Allí nos detuvimos; allí hemos encontrado el secreto de la omnipotencia humana y del progreso indefinido, la llave de todos los simbolismos, el primero y el último de todos los dogmas. Y hemos entendido también lo que quiere decir esa palabra tan frecuentemente repetida en el Evangelio: el reino de Dios.

Dar un punto fijo por apoyo a la actividad humana, es resolver el problema de Arquímedes, realizando el empleo de su famosa palanca. Eso es lo que hicieron esos grandes iniciadores que produjeron sacudidas en el mundo, no pudiendo hacerlo sine mediante el grande e incommunicable secreto. Para garantía, por otra parte, de su nueva juventud, el fénix simbólico no reaparece nunca a los ojos del mundo sin haber consumido solemnemente los despojos y las pruebas de su vida anterior. Así es como Moisés hizo morir en el desierto a todos aquellos que habían podido conocer el Egipto y

sus misterios; así es también como San Pablo en Efeso quemó todos los libros que trataban de ciencia ocultas; es así, finalmente, también como la Revolución francesa, hija del Gran Oriente Johannita y de la ceniza de los Templarios, saquea las iglesias y blasfema de las alegorías del culto divino. Pero todos los dogmas y todos los renacimientos proscriben la magia y regalan los misterios al fuego o al olvido. El que todo culto o toda filosofía que viene al mundo es un Benjamín de la humanidad, que no puede vivir más que dando la muerte a su madre; es que la serpiente simbólica gira siempre devorando su cola; es que hay necesidad, por razón de ser, que en toda plenitud haya un vacío, en toda magnitud un espacio, en toda afirmación una negación; es la realización eterna de la alegoría del fénix.

Dos ilustrados sabios me han precedido en la vía por donde marchó, pero se han pasado, por decirlo así, la noche en blanco, y por ende, a oscuras. Hablo de Volney y de Dupuis, de éste especialmente, cuya inmensa erudición no ha podido producir más que una obra negativa. No ha visto en el origen de todos los cultos más que astronomía, tomando así el cielo simbólico por el dogma, y el calendario de la leyenda. Un solo conocimiento le ha faltado, el de la verdadera magia, que encierra los secretos de la cábala. Después ha pasado por los antiguos santuarios, como el profeta Ezequiel por la llanura cubierta de osamentas, y no ha entendido *más* que la muerte, por no saber la palabra que reúne la virtud de los cuatro vientos del cielo, y qué puede hacer un pueblo viviente de todo ese inmenso osario, gritando con los antiguos símbolos: ¡Levantaos! ¡Revestíos de una nueva forma y marchad!

Lo que nadie, pues, ha podido o no ha osado hacer antes de nosotros, ha dado lugar a que haya llegado un tiempo en que tratemos de hacerlo. Queremos, como Juliano, reedificar el templo, y no creemos producir con esto un mentís a una sabiduría que adoramos, y que el mismo Juliano se hubiese dignado adorar, silos doctores, rencorosos y fanáticos de su tiempo, le hubieran permitido comprenderla. El templo, para nosotros, tiene dos columnas, sobre una de las cuales el cristianismo ha escrito su nombre. No tratamos de atacar al cristianismo, por el contrario, lejos de eso, queremos explicarlo. La inteligencia y la voluntad han, alternativamente, ejercido el poder en el mundo; la religión y la filosofía luchan todavía en nuestros días, y deben concluir por ponerse de acuerdo. El cristianismo ha tenido por fin provisorio establecer, por la obediencia a la fe, una igualdad sobrenatural o religiosa entre los hombres e inmovilizar la inteligencia por la fe, en fin, dar un punto de apoyo a la virtud que destruyera la aristocracia de la ciencia, o más bien, reemplazar esa aristocracia ya destruida. La filosofía, por el contrario, ha trabajado por hacer volver a los hombres por la libertad y la razón, a la desigualdad natural, y para sustituir, fundando el reino de la industria, el *savoir faire*, a la virtud. Ninguna de estas dos acciones ha sido completa y suficiente; ninguna ha conducido a los hombres a la perfección y a la dicha. Lo que ahora se sueña sin osar casi esperarlo, es una alianza entre esas dos fuerzas, largo tiempo consideradas como contrarias, y esa alianza se tiene razón en desearlas, porque las dos grandes potencias del alma no son opuestas entre sí, como el sexo del hombre no es opuesto al de la mujer; no hay duda de que son diferentes, pero sus disposiciones, contrarias en apariencia, no proceden más que de su aptitud para encontrarse y unirse.

—¿Se trata pues, nada menos que de una solución universal para todos los problemas? Sin duda, puesto que se trata de explicar la piedra filosofal, el movimiento continuo, la cuadratura del círculo, el secreto de la gran obra y de la medicina universal. Se nos

motejará de locura como al divino Paracelso, o de charlatanismo, como el grande e infortunado Cornelio Agrippa. Si la hoguera de Urbano Grandier está apagada, quedan las sordas prescripciones del silencio o de la calumnia. Nosotros no la desafiamos, pero nos resignamos. Nosotros no hemos buscado la publicación de esta obra, y creemos que ha llegado el tiempo de hablar; se habría producido por sí misma, por nosotros o por otro cualquiera. Permaneceremos tranquilos y en espera de lo que venga.

Nuestra obra tiene dos partes. En una establecemos el dogma cabalísticos y mágico en todas sus manifestaciones; la otra está consagrada al culto, es decir, a la magia ceremonial. La una es lo que los antiguos sabios llaman la clavícula; la otra, la que todavía los campesinos llaman el grimorio. El número y el objeto de los capítulos que se corresponden en ambas partes no tienen nada de arbitrario y se encuentran perfectamente indicados en la gran clavícula universal, de la que damos, por vez primera, una explicación completa y satisfactoria. Ahora, que esta obra vaya a donde quiera y deba ir, y que resulte lo que quiera la Providencia. Está hecha y la creemos duradera, porque es fuerte como todo lo que es razonable y concienzudo.

ELIPHAS LÉVI

**TABLA DE CAPITULOS Y
PLAN DEL LIBRO
PRIMERA PARTE
El Dogma**

- 1 ✎ A. *El Recipiendario*. —Unidad del dogma. —Cualidades que requiere el adepto.
- 2 🏛 B. *Las columnas del templo*. —Bases de la docirina. —Los dos principios. —El agente y el paciente.
- 3 🏛 C. *El triángulo de Salomón*. —Teología universal del ternario. —Macrocosmo.
- 4 🏛 D. *El tetragrama*. —Virtud mágica del cuaternario. —Analogías y adaptaciones. —Espíritus elementales de la cábala.
- 5 🏛 E. *El pentágrama*. —El microcosmos y su signo. —Poder sobre los elementos y sobre los espíritus.
- 6 🏛 F. *El equilibrio mágico*. —Acción de la voluntad. —Iniciativa y -resistencia. —Amor sexual. —El lleno y el vacío.
- 7 🏛 G. *La espada flamígera*. —El sanctum regnum . —Los siete ángeles y los siete genios de los planetas. —Virtud universal del sep ternario.
- 8 🏛 H. *La realización*. —Reproducción analógica de las fuerzas. —Encarnación de ideas. —Paralelismo. —Antagonismo necesario.
- 9 🏛 I. *La iniciación*. —La lámpara, el manto y el bastón mágico. —Profecía e intuición. —Seguridad y estabilidad del iniciado en medio de los peligros. —Ejercicio del poder mágico.
- 10 🏛 K. *La cábala*. —Sefirots. —Semhamphoras. —Tarots. —Las vías y las puertas; el Bereshit y la Mercavah, la Gematría y la Témurah.
- 11 🏛 L. *La cadena mágica*. —Comentes magnéticas. —Secretos de los grandes éxitos. —Mesas parlantes. —Manifestaciones fluídicas.
- 12 🏛 M. *La gran obra*. —Magia hermética. —Dogmas de Hermes. —La Minerva Mundi. —El grande y único Athanor. —El ahorcado.
- 13 🏛 N. *La nigromancia*. —Revelaciones de ultratumba. —Secretos de la muerte y de la vida. —Evocaciones.
- 14 🏛 O. *Las transmutaciones*. —Licantropía. —Posesiones mutuas o embrujamiento de las almas. -Varilla de Circe. -El elixir de Cagliostro.

- 15 ♠ P. *La magia negra*. —Demonomanía. —Obsesiones. —Misterios de las enfermedades nerviosas. —Ursulinas de Loudun y religiosas de Louviers. —Grandier y el Padre Girad. —El libro de Eudes de M.
- 16 ♣ Q. *Los hechizos*. —Fuerzas peligrosas. —Poder de vida y de muerte. —Hechos y principios. —Remedios. —Práctica de Paracelso.
- 17 ♠ R. *La astrología*. —Conocimiento de los hombres según los signos de su nacimiento. —Frenología. —Quiromancia. —Metoposcopia. —Los planetas y las estrellas. —Años climáticos. —Predicciones por las revoluciones astrales.
- 18 ♠ S. *Los filtros y los maleficios*. —Magia envenenadora. —Polvos y pactos hechiceros. —La jetatura en Nápoles. —El mal de ojos. —Las supersticiones. —Los talismanes.
- 19 ♠ T. *La piedra de los filósofos. Elagabala*. —Lo que es esta piedra. —Por qué una piedra. —Singulares analogías.
- 20 ♠ U. *La medicina universal*. —Prolongación de la vida por el oro potable. —Resurreccionismo. —Abolición de dolor.
- 21 ♠ X. *La adivinación*. —Sueños. —Sonambulismos. —Presentimientos. —Segunda vista. —Instrumentos adivinatorios. —Alliet y sus descubrimientos acerca del tarot.
- 22 ♠ Z. *Resumen y clave general de las cuatro ciencias ocultas*. —Cábala. —Magia. —Alquimia. —Magnetismo o meditación oculta.

SEGUNDA PARTE

Ritual

- 1.— Disposiciones y principios de la operación mágica, preparaciones personales del operador.
 - 2.— Empleo alterno de las fuerzas. —Oposiciones necesarias en la práctica. —Ataque y resistencia simultáneas. —La paleta y la espada de los Templarios.
 - 3.— Empleo del temario en los conjuros y los sacrificios mágicos. —El triángulo de las evocaciones y de los pentáculos. —Las combinaciones tringulares. —El tridente mágico de Paracelso.
 - 4.— Los elementos ocultos y su uso. —Conjuro de cuatro. —Modo de dominar y de servirse de los espíritus elementales y de los genios malhechores.
 - 5.— Uso y consagración del pentagrama.
 - 6.— Aplicación de la voluntad al Gran agente. —El médium natural y el mediador extra-natural.
 - 7.— Ceremonias, vestidos y perfumes propios para los siete días de la semana. - Confección de los siete talismanes y consagración de los instrumentos mágicos.
 - 8.— Precauciones que deben adoptarse al realizar las grandes obras de la ciencia.
 - 9.— Ceremonias de las iniciaciones. —Su finalidad y su espíritu.
 - 10.— Uso de los pantáculos. —Los misterios antiguos y modernos. -Clave de las oscuridades bíblicas. —Ezequiel y San Juan.
 - 11.— Tres modos de formar la cadena mágica.
 - 12.— Procedimientos y secretos de la Gran obra. — Ramon Llull y Nicholas Flamel.
 - 13.— Ceremonial para la resurrección de los muertos y la nicromancia.
 - 14.— Medios para cambiar la naturaleza de las cosas. —El cordero de Cyges. Palabras que operan las transmutaciones.
 - 15.— Ritos de Sabbat y de las evocaciones particulares. —El macho cabrío de Mendés y su culto. —Aberraciones de Catalina de Médicis y de Gifles de Laval, señor de Raiz.
 - 16.— Ceremonia de los hechizos y de los maleficios. —Modo de defenderse.
 - 17.— Adivinación por las estrellas. —Planisferio de Gaffarel. -Cómo puede leerse en el cielo el destino de los hombres y de los Imperios.
 - 18.— Composición de filtros. —Modo de influenciar los destinos. —Remedios y preservativos.
 - 19.— Uso de la piedra filosofal. -Cómo debe conservarse, disolverla en partes y recomponerla inmediatamente.
 - 20.— Taumaturgia. —Terapéutica. —Insuflaciones frías y calientes. —Pases cony sin contacto. —Imposición de las manos. —Diversas virtudes de la saliva. —El aceite y el vino. —La incubación y el mensaje.
 - 21.— Ceremonial de las operaciones adivinatorias. —La clavícula de Trithemo. —El porvenir probable de Europa y del mundo.
 - 22.— Cómo toda esta ciencia está contenida en el libro de Hermes. —Antigüedad de este libro. —Trabajos de Court de Gebelin y de Etteilla. Los theraphines de los hebreos, según Gaffarel. —La clave de Guillaume Postel. —Un libro de San Martin. —La verdadera figura del Arca de la Alianza. —Tarots italianos y alemanes. —Tarots chinos.
- 22
- Una medalla del siglo XVI. —Clave universal del tarot. —Su aplicación a las figuras de la Apocalipsis. —Los siete sellos de la cábala cristiana. —Conclusión

de toda la obra.



Fig.2
El esoterismo sacerdotal formulando la reprobación

18A

EL RECIPIENDARIO

Disciplina - Ensoph - Keter

Cuando un filósofo ha tomado como base de una nueva revelación de la sabiduría humana este razonamiento; ***Yo pienso, luego existo***, ha cambiado en cierto modo, y a despecho suyo, según la revelación cristiana, la noción antigua del Ser Supremo. Moisés hace decir al Ser de los seres: Yo soy el que soy. Descartes hace decir al hombre: Yo soy el que piensa, y como pensar es hablar interiormente, el hombre de Descartes puede decir como el Dios de San Juan el Evangelista: Yo soy aquel en quien está y por quien se manifiesta el Verbo, ***in principio erat verbum***.

¿Qué es lo que es un principio? Es una base de la palabra, es una razón de ser del verbo. La esencia del verbo está en el principio; el principio es lo que es; la inteligencia es un principio que habla.

¿Qué cosa es la luz intelectual? Es la palabra. ¿Qué cosa es la revelación? Es la palabra; el ser es el principio, la palabra el medio, y la plenitud o el desenvolvimiento y la perfección de ser, es el fin; hablar es crear.

Pero decir: Yo pienso, luego existo, es deducir de la consecuencia el principio, y recientes contradicciones elaboradas por un gran escritor, por Lamennais, han demostrado suficientemente la imperfección filosófica de este método. Yo soy, luego existe alguna cosa, nos parece ser una base más primitiva y más sencilla de la filosofía experimental.

Yo soy, luego el ser existe

Ego sum qui sum: he aquí la revelación primera de Dios en el hombre y del hombre en el mundo, y es también el primer axioma de la filosofía oculta

אתה אשר אהיה

El ser es el ser

Esta filosofía tiene, pues, por principio lo que es, y no tiene nada de hipotético ni de aventurado.

Mercurio Trismegisto comienza su admirable símbolo, conocido bajo el nombre de ***tabla de esmeralda***, por esta triple afirmación: Es verdad, es cierto sin error, es del todo verdad. Así, lo verdadero confirmado por la experiencia en física, la certidumbre desprendida de toda aleación de error en filosofía, la verdad absoluta indicada por la analogía en el dominio de la religión o de lo infinito, tales son las primeras necesidades de la verdadera ciencia, y es lo que la magia sola puede acordar a sus adeptos.

Pero, ante todas las cosas, ¿quién eres tú que tienes este libro entre tus manos y que te propones leerlo?...

Sobre el frontis de un templo que la antigüedad había dedicado al Dios de la luz, se leía esta inscripción de dos palabras: ***conócete***.

Este mismo consejo es el que yo debo ofrecer a todo hombre que quiera aproximarse a la ciencia.

La magia, a la que los antiguos llamaban ***Sanctum regnum***, el santo reino, o el reino de Dios, ***Regnum Dei***, no se ha hecho más que para los reyes y para los sacerdotes. ¿Sois sacerdote? ¿Sois rey? El sacerdocio de la magia no es vulgar, y sus reinado no tiene nada que debatir en los principios de este mundo. Los reyes de la ciencia son los sacerdotes de la verdad, y su reino está oculto para la muchedumbre, como su

sacrificios y sus plegarias. Los reyes de la ciencia son los hombres que conocen la verdad ya quienes la verdad ha libertado según la formal promesa del más poderoso de los iniciados.

El hombre que es esclavo de sus pasiones o de prejuicios de este mundo, no puede ser iniciado y no podrá serlo tampoco mientras no se reforme; no podrá ser, pues, un **adepto**, porque la palabra **adepto** significa aquel que ha llegado por su voluntad y por sus obras.

El hombre que ama sus ideas y que tiene miedo de desprenderse de ellas; aquel que teme las nuevas verdades y está dispuesto a dudar de todo antes que admitir alguna cosa al azar, ése debe cerrar este libro, puesto que resultaría peligroso o inútil para él; lo comprenderá mal y se encontrará perturbado, pero lo estaría mucho más si por ventura llegara a comprenderlo bien.

Si amáis más al mundo que a la razón, a la verdad ya la justicia; si vuestra voluntad es incierta y vacilante, sea en el bien sea en el mal; si la lógica os espanta, si la verdad desnuda os hace enrojecer; si se os hiere al tocar los errores en que habéis sido criados, condenad inmediatamente el libro y haced, al no leerlo, como si no existiera para vosotros; pero no le motejéis de peligroso; los secretos que revela serán comprendidos sólo por un pequeño número de hombres, y aquellos que los comprendan no los revelarán ciertamente. Mostrarla luz alas aves nocturnas es ocultársela, puesto que las ciega y se convierte para ellas en algo más oscuro que las tinieblas. Hablaré, pues, claramente; lo diré todo y tengo la firme confianza de que sólo los iniciados, o los que sean dignos de serlo, lo leerán y comprenderán algo.

Hay una verdadera y una falsa ciencia, una magia divina y una magia infernal, es decir, embustera y tenebrosa; vamos a revelar la una ya desvelar la otra; vamos a distinguir al mago del hechicero, y al adepto del charlatán.

El mago dispone de una fuerza que conoce; el hechicero se esfuerza por abusar de lo que ignora.

El diablo, si está permitido emplearen un libro de ciencia esta palabra despreciable y vulgar, se entrega al mago y el hechicero se entrega al diablo.

El mago es el soberano pontífice de la naturaleza, el hechicero no es otra cosa que el profanador de la misma.

El hechicero es al mago lo que el supersticioso y el fanático al hombre verdaderamente religioso.

Antes de ir más lejos, definamos claramente lo que es la Magia.

La Magia es la ciencia tradicional de los secretos de la naturaleza, que nos viene de los magos.

Por medio de esta ciencia, el adepto se encuentra investido de una omnipotencia relativa, y puede operar sobrehumanamente, es decir, de una manera que no está al alcance de los demás hombres.

Así es como muchos adeptos célebres, tales como Mercurio, Trismegisto, Osiris, Orfeo, Apolonio de Tiana y otros, que podrían ser inconveniente o peligroso nombrar, han podido ser adorados o invocados después de su muerte como dioses. También es así como algunos otros han llegado a ser prosélitos del infierno o aventureros sospechosos como el emperador Juliano, Apuleyo, el encantador Merlín y el archi-hechicero, como se le llamaba en su época, al ilustre y desgraciado Cornelio Agrippa.

Volviendo al *Sanctun regnun*, es decir, a la ciencia y al poder de los magos, diremos que se les son indispensables cuatro cosas: una inteligencia esclarecida por el estudio, una audacia sin límites, una voluntad inquebrantable y una discreción que no pueda corromperse o enervarse por nada.

Saber, Osar, Querer y Callar. He ahí los cuatro verbos del mago, que están escritos en las cuatro formas simbólicas de la esfinge. Estos cuatro verbos pueden combinarse juntos de cuatro maneras, y se explican cuatro veces los unos por los otros.²

En la primera página del libro de Hermes, el adepto está representado cubierto con un basto sombrero que, al bajarse, puede cubrirle toda la cabeza. Tiene una mano elevada hacia el cielo, al cual parece mandar con su varilla, y la otra mano sobre el pecho; presenta ante sí los principales símbolos o instrumentos de la ciencia, y oculta otros en un cubilete de escamoteador. Su cuerpo y sus brazos forman la letra *Aleph*, la primera del alfabeto que los hebreos tomaron de los egipcios; pero ya volveremos luego a ocuparnos de este símbolo.

El mago es verdaderamente lo que los cabalistas hebreos llaman el *microprosopo*, es decir, el creador del mundo pequeño. Estribando la primera ciencia mágica en el conocimiento de sí mismo; ésta es también la primera de todas las obras de la ciencia, la que encierra todas las demás y la que es el principio de la gran obra, esto es, la *creación* de sí mismo; esta palabra tiene necesidad de mayores explicaciones.

Siendo la razón suprema el único principio invariable, y, por consiguiente, imperecedero, puesto que el cambio es lo que nosotros llamamos la muerte, la inteligencia que se adhiere fuertemente y se identifica de algún modo a este principio, se hace, por lo mismo, invariable, y, por consiguiente, inmortal. Se comprende que, para adherirse invariablemente a la razón, es preciso haberse independizado de todas las fuerzas que producen, por el movimiento fatal y necesario las alternativas de la vida y de la muerte. Saber sufrir, abstenerse y morir, tales son, pues, los primeros secretos que nos colocan por encima del dolor, de las angustias sensuales y del miedo a la nada. El hombre que busca y encuentra una muerte gloriosa, tiene fe en la inmortalidad y toda la humanidad cree en él, con él y por él, porque ésta le eleva altares o estatuas, como signo de vida inmortal.

El hombre no se hace rey de los animales más que domándolos o domesticándolos, pues de otro modo sería su víctima o su esclavo. Los animales son, pues, la figura de nuestras pasiones; estas son las fuerzas instintivas de la naturaleza.

El mundo es un campo de batalla en donde la libertad dispuesta con la fuerza de la inercia oponiéndola la fuerza activa. Las leyes físicas son las muelas de las que tú serás el grano, si no sabes ser el molinero.

Estás llamado a ser el rey del aire, del agua, de la tierra y del fuego, pero, para reinar sobre esos cuatro animales del simbolismo, es preciso vencerlos y encadenarlos.

² Véase el juego de cartas llamado TAROT.

Aquel que aspira a ser un sabio ya conocer el gran enigma de la naturaleza, debe de ser el heredero y el espoliador de la esfinge; debe de tener la cabeza humana para poseer la palabra, las alas del águila para conquistar las alturas, las nalgas del toro para labrar las profundidades, y las garras del león para abrirse camino a derecha y a izquierda, adelante y atrás.

Tú que quieres ser iniciado, ¿eres un sabio como Fausto? ¿Eres impasible como Job? No. ¿No lo eres? Pues puedes serlo si quieres, ¿Has vencido a los vagos torbellinos de ideas vagas y confusas? ¿Eres hombre sin indecisión y sin caprichos? ¿No aceptas el placer más que cuando quieres y no quieres sino cuando debes? ¿No eres siempre así? Pues todo, todo eso puedes ser si tú lo quieres.

La esfinge, no solamente tiene una cabeza humana, tiene también senos de mujer. ¿Sabes tú resistir a los atractivos de la mujer? ¿No? Y a que ríes al responder y te jactas de tu debilidad moral para glorificar, para ensalzar en ti, al propio tiempo, la fuerza vital y material. Sea; yo te permito rendir pleito homenaje al asno de Sterne o de Apuleyo. Que el asno tiene su mérito, convengo en ello, por algo estaba consagrado a Priapo, como el macho cabrío al dios de Mendés. Pero dejémosle tal cual es y sepamos únicamente si es tu maestro o tú puedes ser el suyo. El solo puede verdaderamente poseer la voluptuosidad del amor que ha vencido al amor de la voluptuosidad. Poder usar y abstenerse, es poder dos veces. La mujer te encadena por tus deseos; se dueño de tus deseos y tu encadenarás a la mujer.

La mayor injuria que se puede hacer a un hombre es llamarle cobarde. Ahora bien, ¿qué es ser un cobarde?

Un cobarde es el que no tiene cuidado de su dignidad moral a causa de obedecer ciegamente a los instintos de la naturaleza.

En efecto; en presencia del peligro es natural tener miedo y tratar de huir; ¿por qué es esto una vergüenza? Porque el honor nos dicta una ley según la cual preferimos nuestro deber a nuestras atracciones o a nuestros temores. ¿Qué es, desde ese punto de vista, el honor? Es el presentimiento. universal de la inmortalidad y la estimación de los medios que a ella pueden conducirnos. La última victoria que el hombre puede alcanzar sobre in muerte es la de triunfar del gusto de la vida, no por desesperación, sino por una más elevada esperanza, que está encerrada en la fe, por todo lo que es bello y honesto, debido al consentimiento de todo el mundo.

Aprender a vencerse, es aprender a vivir; las austeridades del estoicismo no eran sino una yana ostentación de libertad.

Ceder a las fuerzas de la naturaleza, es seguir la corriente de la vida colectiva, es ser esclavo de causas secundarias.

Resistir a la naturaleza y dominarla, es hacerse una vida personal, imperecedera; el franquear las vicisitudes de la vida y de in muerte.

Todo hombre que se halla dispuesto a morir antes de abjurar de la verdad y de la justicia, está verdaderamente vivo, porque es inmortal en su alma.

Todas las iniciaciones antiguas tenían por objeto encontrar o formar hombres de temple semejante.

Pitágoras ejercitaba a sus discípulos en el silencio y en las abstinencias de todo género; en Egipto se probaba a los recipiendarios por los cuatro elementos; en la India, es sabio a qué prodigiosas austeridades se condenaban los faquires y los brahmanes para llegar al reinado de la libre voluntad y de la independencia divina.

Todas las maceraciones del ascetismo están tomadas de las iniciaciones en los antiguos misterios, y no han cesado, porque los iniciables, no encontrando ya iniciadores y habiéndose convertido los directores de las conciencias en seres ignorantes como el vulgo, los ciegos se han dejado guiar por los ciegos, y nadie ha querido sufrir ni sujetarse a pruebas que no conducían más que a la duda ya la desesperación; el camino de in verdadera luz se había perdido.

Para hacer alguna cosa es preciso saber lo que se quiere hacer, o por lo menos, tener fe en alguien que lo sepa. Pero, ¿cómo arriesgaré mi vida a la aventura y seguiré al azar, a aquel que ni él mismo sabe adónde va?

En la vía de las altas ciencias no hay que comprometerse temerariamente, sino, una vez en marcha, es preciso llegar o perecer. Dudar es volverse loco; detenerse es caer, retroceder, es precipitarse en un abismo.

Tú, pues, que has comenzado la lectura de este libro, si lo comprendes y quieres leerlo hasta el fin, hará de ti un monarca o un insensato. En cuanto a ti, haz del volumen lo que quieras, no podrás ni despreciarlo, ni olvidarlo. Si eres puro, este libro será para ti una luz; si eres fuerte, será tu arma; si eres santo, será tu religión; si eres sabio, regulará tu sabiduría.

Pero si eres pecador, si eres malvado, este libro será para ti como una antorcha infernal; destrozará tu pecho como si fuera un puñal, quedará en tu memoria como un remordimiento, te llenará la imaginación de quimeras y te conducirá, por las vías del vesanismo, a la desesperación. Querrás reír y no alcanzarás *más* que a rechinar los dientes porque este libro será para ti como la lima de la fábula, lima que una serpiente trataba de roer, siendo aquélla la que rayó todos los dientes a la serpiente.

Comencemos ahora la serie de las iniciaciones.

Ya he dicho que la revelación es el verbo. El verbo, en efecto, o in palabra, es el velo del ser y el signo característico de la vida. Toda forma es el velo de mi verbo, porque la idea madre del verbo es la única razón de ser de las formas. Toda figura es un carácter; todo carácter pertenece y retorna a un verbo. Por esta razón, los antiguos sabios, de los que Trismegisto es el órgano, formularon su único dogma en estos términos:

Lo que esta arriba es como lo que esta abajo y lo que esta abajo es como lo que esta arriba.

- En otros términos: in forma guarda proporción con la idea; la sombra es la medida del cuerpo calculada en su relación con el rayo luminoso. La vaina es tan profunda como el largo de la espada; la negación es proporcional a in afirmación contraria la producción es igual a la destrucción en el movimiento que conserva la vida, y no hay un solo punto en el espacio infinito que no sea el centro del círculo, cuya circunferencia se agrada y retrocede indefinidamente en el espacio.

Toda individualidad es, por tanto, indefinidamente imperceptible, puesto que el orden moral guarda analogía con el orden físico, y porque no se podrían concebir un punto que no pueda dilatarse, agrandarse y lanzar rayos en un círculo filosóficamente infinito. Lo que puede decirse del alma entera, se puede decir también de cada una de las facultades del alma.

La inteligencia y la voluntad del hombre son instrumentos de un alcance y de una fuerza incalculables.

Pero la inteligencia y la voluntad tienen como auxiliares y como instrumento una facultad muy poco conocida y cuyo poderio pertenece exclusivamente al dominio de la

magia; me refiero a la imaginación, la cual los cabalistas llamaban lo diafano o traslucido.

La imaginación, en efecto, es algo así como los ojos del alma, siendo en ella en donde se dibujan y se conservan las formas; es por ella también por donde vemos los reflejos del mundo invisible, y asimismo, en fin, es el espejo de las visiones y el aparato de la vida mágica. Por medio de ella curamos las enfermedades, influenciamos las estaciones, apartamos los muertos de los vivos, y hasta resucitamos los muertos, porque es ella la que exalta la voluntad y la que la adquiere del agente universal.

La imaginación determina la forma del hijo en el seno de la madre y fija el destino de los hombres, da alas al contagio y dirige a los combatientes en el campo de la batalla. ¿Estáis en peligro de un combate? Pues consideraos invulnerables como Aquiles y lo seréis, dice Paracelso. El miedo atrae las balas en la guerra, en tanto que el valor las hace desviar o retroceder. Ya se sabe que los amputados se quejan, con frecuencia, de los miembros que ya no poseen.

Paracelso operaba sobre sangre viviente, medicamentado el resultado de una sangría. Curaba los dolores de cabeza a distancia, operando- sobre cabellos cortados. Se había anticipado en mucho para la ciencia, acerca de la unidad imaginaria y la solidaridad del todo o de las partes, teorías todas, o más bien conjunto de todas las experiencias de nuestros más célebres magnetizadores. Por esto sus curaciones eran maravillosas, milagrosas, y mereció que se agregara a su nombre de Felipe Teofrasto Bombast, el de Aureola Paracelso, agregándole, todavía el epíteto de divino.

La imaginación es el instrumento de la *adaptación del verbo*.

La imaginación, aplicada a la razón, es el genio.

La razón es una, como el genio es uno en la multiplicidad de sus creaciones.

Hay un principio, hay una verdad, hay una razón y hay una filosofía absoluta o universal.

Lo que está en la unidad, considerada como principio, retorna a la unidad considerada como fin.

Uno esta en uno, es decir, todo esta en todo.

La unidad es el principio de los números y es también el principio del movimiento, y por consiguiente, de la vida.

Todo el cuerpo humano se resume en la unidad de un solo órgano, que es el cerebro.

Todas las religiones se resumen en la unidad de un solo dogma, que es la afirmación del ser y de su igualdad a sí mismo, que constituye su valor matemático.

No hay más que un dogma en magia, y helo aquí: lo visible es la manifestación de lo invisible, o en otros términos: el verbo perfecto está en las cosas apreciables y visibles, en proporción exacta con las cosas inapreciables para nuestros sentidos e invisibles para nuestros ojos.

El mago eleva una mano hacia el cielo y baja la otra hacia la tierra, y dice:

¡La alta inmensidad y la baja inmensidad todavía! ¡La inmensidad igual a la inmensidad! Estos es verdad en las cosas visibles, tanto como también lo es en las invisibles.

La primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. Alep, ,representa un hombre que eleva una mano hacia el cielo y baja la otra hacia la tierra.

Esta es la expresión del principio activo de toda cosa; es la creación en el celo, correspondiente a la omnipotencia del verbo aquí abajo. Esta letra es, poi sí sola, un

pan~áculo, es decir, un carácter que manifiesta la ciencia universal.

La letra _ puede suplir a los signos sagrados del macroscomo y del microcosmo; explica el doble triángulo masónico y la brillante estrella de cinco puntas, porque el verbo es uno y la revelación una sola. Dios, dando al hombre la razón, le ha dado la palabra, y la revelación, múltiples en *formas*, pero una en su principio, está completa en el verbo universal, interprete de la razón absoluta.

Esto es lo que quiere decir la palabra tan mal comprendida *catolicismo*, que en lenguaje hierático moderno significa *infalibilidad*.

Lo universal en razón es lo absoluto, y lo absoluto es infalible.

Si la razón absoluta conduce a toda la sociedad a creer irresistiblemente en la palabra de un niño, este niño será infalible, ante Dios y ante toda la humanidad.

La fe no es otra cosa que la confianza razonable en esta unidad de la razón y en esta universalidad del verbo.

Creer es aquiescer a lo que aún no se sabe, pero de lo que la razón nos da anticipadamente seguridades que sabremos, o por lo menos, conoceremos algún día.

Absurdos son, pues, los pretendidos filósofos que dicen: Yo no creeré en lo que yo no sepa.

¡Pobre infelices! Si lo supierais, ¿qué necesidad tendríais de creer? creencia es aventurada, es la superstición y la locura. Es preciso creer en las causas cuya existencia nos obliga a admitir la razón mediante el testimonio de efectos conocidos y apreciados por la ciencia.

¡La ciencia! ¡Gran palabra y gran problema!

¿Qué es la ciencia?

Responderemos a esta pregunta en el segundo capítulo de este libro.

LAS COLUMNAS DEL TEMPLO

Chocmah - Domus - Gnosis

La ciencia es la posesión absoluta y completa de la verdad.

Así, pues, los sabios de todos los tiempos han temblado ante esta palabra absoluta y terrible; todos han temido abrogarse el primer privilegio de la divinidad, al atribuirse la ciencia, por lo cual se han contentado, en lugar del verbo *saber*, con el que expresa conocimientos, y en lugar de la palabra *ciencia*, adoptaron la de *gnosis*, que solamente quiere indicar la idea de conocimiento por intuición.

¿Qué sabe el hombre, en efecto? Nada, y sin embargo, no le es permitido ignorar nada. No sabe nada, y está llamado a conocerlo todo.

Ahora bien, el conocimiento supone el binario.

El binario es el generador de la sociedad y de la ley; es también el número de la gnosis.

El binario es la unidad, multiplicandose a si misma para crear, y es por esto por lo que los símbolos sagrados hacen salir a Eva del mismo pecho de Adam.

Adam es el tetrágrama humano que se resume en el *jod* misterioso imagen del falso cabalísticos.

Agregad a ese jod el nombre ternario de Eva y formaréis el nombre de Jehová, el tetragrama divino, que es la palabra cabalística y mágica por excelencia:

יהוה

que el gran sacerdote en el templo pronunciaba Jodcheva.

Así es como la unidad completa en la fecundidad del temario forma, con él, el cuaternario, que es la clave de todos los números, de todos los movimientos y de todas las formas.

El cuadrado girando sobre sí mismo, produce el círculo, y es a la cuadratura del círculo lo que el movimiento circular de cuatro ángulos iguales girando alrededor de un mismo punto.

Lo que está arriba —dice Hermes— iguala a lo que está abajo; he aquí el binario sirviendo de medida la unidad, y la relación de igualdad entre lo de arriba y lo de abajo es lo que forma el temario.

El principio creador es el falo ideal, y el principio creado el *cteis* formal.

La inserción del falo vertical en el *cteis* horizontal forma el *stauros* de los gnósticos, o la cruz filosófica de los masones. Así, el cruzamiento de dos produce cuatro, que moviendose, determina el círculo con todos sus grados.’ —

Aleph es el hombre; Beth es la mujer, I, es el principio; 2, es el verbo; A, es el activo; B, es el pasivo; la unidad es *Bohas* y el binario *Jakin*.

En los tetragramas de Fohi, la unidad es el yang; el binario es el *yin*.

I I

I

Yang Yin

Bohas y Jakin son los nombres de dos columnas simbólicas que estaban delante de la

puerta principal del templo cabalístico de Salomón.

Estas dos columnas explican en cábala todos los misterios del antagonismo, sea natural, sea político, sea religioso, como asimismo la lucha entre el hombre y la mujer, porque, según la ley de la naturaleza la mujer debe resistir al hombre y éste debe encantarla o someterla.

El principio activo busca al principio pasivo; la plenitud está enamorada del vacío. Las fauces de la serpiente atraen su cola y, al girar sobre sí misma, se huye y se persigue. La mujer es la creación del hombre y la creación universal es la mujer del primer principio.

Cuando el ser principio se ha hecho creador, ha erigido un jod o un falo, y para abrirle camino en la plenitud de la luz increada, ha debido cavar un cteis o una fosa de sombra igual a la dimensión determinada por su deseo creador y atribuida por él al jod ideal de la luz radiante.

Tal es el lenguaje misterioso de los cabalistas en el Talmud, y a causa de las ignorancias y maldades de vulgo, no es imposible explicarle o simplificarle algo más.

¿Qué es, por consiguiente la creación? Es la casa del Verbo creador. ¿Qué es el cteis?

Es la casa del falso. ¿Cuál es la naturaleza del principio activo? La de expandirse. ¿Cuál la del principio pasivo? La de reunirse y fecundar.

¿Qué es el hombre? El iniciador, el que rompe, trabaja y siembra.

¿Qué es la mujer? La formadora, la que reúne, riega y cosecha.

El hombre hace la guerra y la mujer procura la paz; el hombre destruye para crear; la mujer edifica para conservar; el hombre es la revolución; la mujer es la conciliación; el hombre es el padre de Caín; la mujer es la madre de Abel.

¿Qué es la sabiduría? Es la conciliación y la unión de dos principios; es la dulzura de Abel dirigiendo la energía de Caín; es el hombre siguiendo las dulces inspiraciones de la mujer; es el vicio vencido por el legítimo matrimonio; es la energía revolucionaria dulcificada y domada por las suavidades del orden y de la paz; es el orgullo sometido al amor, es la ciencia reconociendo las inspiraciones de la fe.

Cuando la ciencia humana se hace prudente por su modestia, y se somete a la infalibilidad de la razón universal, enseñada por el amor o por la caridad universal, puede tomar entonces el nombre de *Gnosis*, porque conoce, por lo menos, lo que aún no puede vanagloriarse de saber perfectamente.

La unidad no puede manifestarse más que por el binario; la unidad por sí sola y la idea de la unidad son ya dos.

La unidad del macrocosmo se revela por los dos vértices opuestos de los dos triángulos.

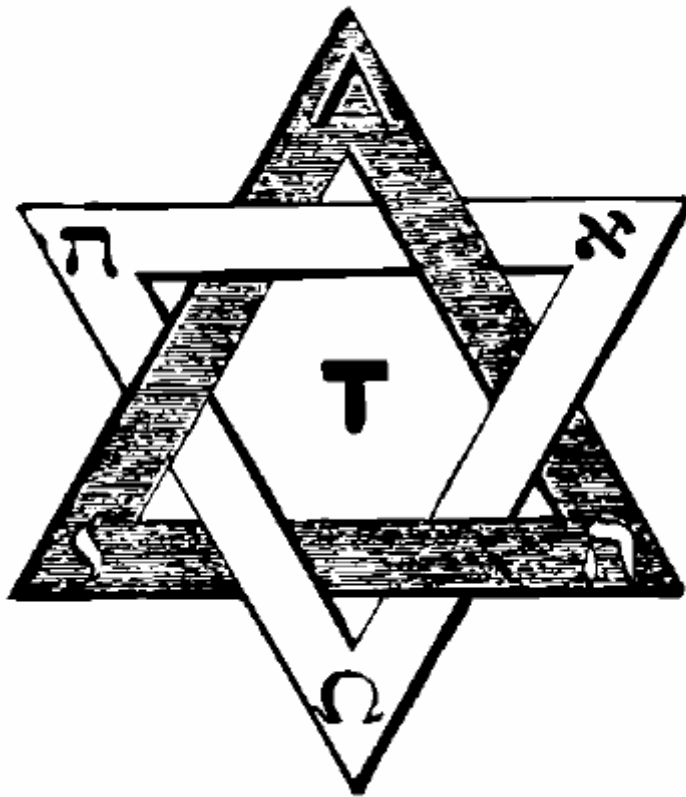


Fig.3

El Triángulo de Salomón

La unidad humana es completa por la derecha y por la izquierda. El hombre primitivo es andrógino. Todos los órganos del cuerpo humano están dispuestos por pares, excepto la nariz, la lengua, el ombligo y el jod cabalístico.

La divinidad, es una en su esencia, tiene dos condiciones esenciales, como bases fundamentales de su ser; la necesidad y la libertad.

Las leyes de la razón suprema necesitan de Dios y regulan la libertad, que es necesariamente razonable y sabia.

Para hacer visible la luz, es por lo que únicamente Dios ha impuesto la sombra.

Para manifestar la verdad, ha hecho posible la duda.

La sombra es la tenaza de la luz, y la posibilidad de error es necesaria para la manifestación temporal de la verdad.

Sí el broquel de Satanás no detuviera la lanza de Miguel, el poder del ángel se perdería en el vacío, o debería manifestarse por una destrucción infinita, dirigida de arriba a abajo.

Y si el pie de Miguel no detuviera en su ascensión a Satanás, Satanás iría a destronar a Dios, o más bien se perdería él mismo en los abismos de la altura.

Satanás es, por tanto, necesario a Miguel, como el pedestal a la estatua, y Miguel es preciso a Satanás como el freno a la locomotora.

En dinámica analógica y universal no se apoya uno más que en lo que resisté.

Así el universo está contrabalanceado por dos fuerzas que le mantienen en equilibrio; la fuerza que atrae y la fuerza que repele. Estas dos fuerzas existen en física, en filosofía y en religión. Ambas producen: en física, el equilibrio; en filosofía, la crítica; en

religión, la revelación progresiva. Los antiguos han representado este misterio por la lucha de Eros y de Anteros; por el combate de Jacob con el ángel; por el equilibrio de la montaña de oro, que está sujeta, con la serpiente simbólica de la India; los dioses de un lado y del otro lado los demonios.

Se encuentra también figurado por el caduceo de Hermanubis, por los dos querubines del Arca, por las dos esfinges del carro de Osiris, por los dos Serapis, el blanco y el negro.

Su realidad científica está demostrada por los fenómenos de la polaridad y por la ley universal de las simpatías y de las antipatías.

Los discípulos de Zoroastro, que eran inteligentes, dividieron el binario sin referirse a la unidad, separando así las columnas del templo y queriendo descuartizar a Dios. El binario en dios no existe mas que por el ternario. Si concebís lo absoluto como dos, es preciso concebirle inmediatamente como tres para encontrar el principio unitario.

Por esta razón, los elementos materiales análogos a los elementos divinos, se conciben como cuatro, se explican como dos y no existen. Finalmente mas que como tres.

La revelación es el binario; todo verbo es doble y supone, por consiguiente, dos.

La moral que resulta de la revelación, está fundada en el antagonismo, que es la consecuencia del binario. El espíritu y la forma se atraen y se repelen como la idea y el signo, como la verdad y la ficción. La razón suprema necesita el dogma al comunicarse con las inteligencias finitas, y el dogma, al pasar del dominio de las ideas al de las formas, se hace partícipe de ambos mundos y tiene, necesariamente, dos sentidos que hablan sucesivamente, o a la vez, sea al espíritu, sea a la carne.

Así, pues, en el dominio moral hay dos fuerzas; una que espera y otra que reprime o expía. Estas dos fuerzas están figuradas en los mitos del Génesis por los personajes típicos de Caín y Abel.

Abel oprime a Caín por su superioridad moral; Caín, para librarse de esa opresión inmortaliza a su hermano dándole muerte, y se convierte en víctima de su propia acción. Caín ha podido dejar que Abel viviera, y la sangre de Abel no deja dormir a Caín.

En el Evangelio, el tipo Caín está reemplazado por el del hijo pródigo, a quien su padre perdona, porque vuelve al hogar después de haber sufrido mucho.

En Dios hay misericordia y justicia; hice justicia a los justos y emplea la misericordia con los pecadores.

En el alma del mundo, que es el agente universal, hay corriente de amor y corriente de cólera.

Ese fluido ambiente que penetra en todas las cosas; ese rayo desprendido del nimbo del sol y fijado por el peso de la atmósfera y por la fuerza de atracción central, ese cuerpo de espíritu santo que nosotros llamamos el agente universal, y que los antiguos representaron bajo la forma de una serpiente que se muerde la cola, ese éter eléctricomagnético,

ese calórico vital y luminoso está figurado en los antiguos monumentos por el cinturón de Isis que se tuerce y se retuerce en un nudo de amor, alrededor de dos polos y por la serpiente que se muerde la cola, emblema de la prudencia y de Saturno. El movimiento y la vida consisten en la tensión extrema de dos fuerzas.

¡Plugue a Dios —dice el maestro— que fueseis todo frío o todo caliente!

En efecto, un gran culpable está más vivo que un hombre cobarde o tímido, y su retorno a la virtud estará en razón con la energía de sus compromisos.

La mujer que debe aplastar la cabeza de la serpiente es la inteligencia que flota siempre sobre la corriente de las fuerzas ciegas, es, dicen los cabalistas virgen del mar, a la que el dragón infernal viene a lamer los pies húmedos con sus lenguas de fuego, y la cual se duerme de voluptuosidad.

Tales son los misterios hieráticos del binario. Pero ahí uno que no puede ser revelado y este es el último de todos. La razón de la prohibición está, según Hermes Trimegistro en que la inteligencia del vulgo daría las necesidades de la ciencia todo el alcance inmortal de una fatalidad ciega. Es preciso contener al vulgo dice una vez más por el espanto de lo desconocido. El Cristo decía también, no echéis perlas a los cerdos, por miedo de que no escurran con los pies y volviéndose contra vosotros os devoren. El árbol de la ciencia del bien y del mal cuyo fruto causaban la muerte, es la imagen de ese secreto hierático del binario. Ese secreto en efecto, si se divulgase no podría sino ser mal comprendido y hasta podría llegarse a la negación impía del libre albedrío ³que es el principio moral de la vida. Es pues en la esencia de las cosas como la revelación de ese secreto que causa la muerte y no es sin embargo este el gran arcano de la magia, pero el secreto del binario conduce al del cuaternario o más bien procede de él y se resuelve por el ternario que contiene la palabra del enigma de la esfinge, tal cual ha debido encontrarse para salvar la vida, **espíar el crimen involuntario** y asegurar el reino de Egipto.

El libro jeroglífico de Hermes, que se llama también el libro de Thot, el binario está representado, sea por una gran sacerdotisa que tiene los cuernos de Isis, la cabeza cubierta con un velo y un libro abierto, que oculta a medias con su manto, o, por la mujer soberana, la diosa Juno de los griegos, teniendo una mano elevada hacia el cielo y la otra descendiendo hacia la tierra, como si formulara por ese gesto el dogma único y dualista, que es la base de la magia, y que comienza los maravillosos símbolos de la tabla de esmeralda de Hennes.

En el Apocalipsis de San Juan es cuestión de dos testigos o mártires, a los cuales la tradición profética da los nombres de Elías y de Henoch, Elías, el hombre de la fe, del cielo y de los milagros, y Henoch, el mismo a quien los egipcios han llamado Hermes, ya quien los fenicios honraban con el nombre de Cadmo, el autor del alfabeto sagrado y de la llave universal de las iniciaciones al Verbo, el padre de la cábala, aquel que, según las alegorías santas, no ha muerto como los demás hombres, sino que ha sido llevado al cielo para volver al final de los tiempos. Se decía, poco más o menos, idéntica cosa del

³ Debe referirse al karma, concepto oriental que enseña que tras la muerte las faltas cometidas sobreviven hasta que el hombre vuelve a nacer en el mundo mortal por segunda o tercera vez para pagar sus faltas. El concepto del karma cuando es mal comprendido puede entenderse como el destino irrevocable de los hombres y es capaz de desarrollar una percepción fatalista de la vida. A veces es llamada ley de Causa y Efecto y por tanto Ley del Binario.

mismo San Juan, quien encontró y explicó en su Apocalipsis los símbolos del Verbo de Henoch. Esta resurrección de San Juan y de Henoch, esperaba al final de siglos y siglos de ignorancia, será la renovación de su doctrina por la inteligencia de las claves cabalísticas que abren el templo de la unidad y de la filosofía universal, demasiado tiempo oculta y reservada solamente a los elegidos que el mundo hace morir. Pero ya hemos dicho que la reproducción de la unidad por el binario conduce forzosamente a la noción y al dogma de los ternarios, y llegamos, por fin, a ese gran número que es la plenitud y el verbo perfecto de la unidad.

EL TRIANGULO DE SALOMON

Plenitudo vocis - Binah - Physis

El verbo perfecto es el ternario, porque supone un principio inteligente, un principio parlante y un principio hablado.

Lo absoluto que se revela por la palabra da a esta palabra un sentido igual a sí mismo y crea un tercer sí mismo en la inteligencia de esta palabra.

Así es como el sol se manifiesta por su luz y prueba esa manifestación o la hace eficaz por su calórico.

El ternario está trazado en el espacio por el punto culminante del cielo, el infinito en altura, que se une por dos líneas rectas y divergentes al oriente y al occidente.

Pero, a ese triángulo visible, la razón compara otro triángulo invisible, que afirma ser igual al primero; es éste el que tiene por cima la profundidad, y cuya base invertida es paralela a la línea horizontal que va de Oriente a Occidente.

Estos dos triángulos, reunidos en una sola figura, que es la de una estrella de seis rayos, forman el signo sagrado del sello de Salomón.

La idea de lo infinito y de lo absoluto está manifestada por este signo, que es el gran pantáculo, es decir, el más sencillo y el más completo comprendido de la ciencia de todas las cosas.

La misma Gramática atribuye tres personas al verbo.

La primera es la que habla, la segunda a quien se a la y la tercera la de que se habla.

El principio infinito creando habla en si mismo a si mismo.

He aquí la explicación del temario y el origen e ógma e la Trinidad.

El dogma mágico, también, es uno en tres y tres en uno.

Lo que está encima parece o es igual a lo que está debajo.

Así, dos cosas que se parecen y el verbo que manifiesta su semejanza, hacen tres.

El temario es el dogma universal.

En magia, principio, realización, adaptación; en alquimia, azoe, incorporación, transmutación; en teología, dios, encarnación, redención; en el alma humana, pensamiento, amor y acción; en la familia, padre, madre, hijo. El temario es el fin y la expresión suprema del amor; no se busca a dos sino para convertirse en tres.

Hay tres mundos inteligibles que corresponden los unos con los otros por la analogía jerárquica: el mundo natural o físico, el mundo espiritual o metafísico y el mundo divino o religioso.

De este principio resulta la jerarquía de los espíritus divididos en tres órdenes, siempre por el temario.

Todas estas revelaciones son deducciones lógicas de las primeras nociones matemáticas del ser y del número.

La unidad, para hacerse activa, debe multiplicarse. Un principio indivisible, inmóvil e infecundo, sería la unidad muerta e incomprensible.

Si Dios no fuera *más* que uno, no sería creador ni padre. Si sólo fuera dos, habría en ello antagonismo o división en el infinito, y esto sería la repartición o la muerte de toda cosa posible. Hay, pues, necesidad de tres para crear de sí mismo, ya su imagen la multitud infinita de los seres y de los números. Así es, realmente, único es sí mismo y triple en

nuestra concepción, lo que nos le hace ver tan triple en sí mismo, como único en nuestra inteligencia y en nuestro amor.

Esto es un misterio para el creyente y una necesidad lógica para el iniciado en las ciencias absolutas y reales.

El Verbo, manifestaciones por la vida, es la realización o la encarnación.

La vida del Verbo, cumpliendo su movimiento cíclico, es la adaptación o la redención.

Este triple dogma ha sido conocido en todos los santuarios esclarecidos por la tradición de los sabios. ¿Queréis saber cuál es la verdadera religión? Buscad aquella que realiza lo más en el orden divino, la que humaniza a Dios y diviniza al hombre; la que conserva intacto el dogma ternario que encarna el Verbo, haciendo ver y tocar a Dios a los *más* ignorantes; aquella, en fin, cuya doctrina conviene a todos y puede adaptarse a todo; la religión, que es hierática y cíclica, que tiene para los niños alegorías e imágenes, para los hombres maduros una elevada filosofía, y sublimes esperanzas y dulces consuelos para los ancianos.

Los primeros sabios que han buscado la causa de las causas, han visto el bien y el mal en el mundo; han observado la luz y la sombra; han comparado el invierno con la primavera, la vejez con la juventud, la vida con la muerte, y han dicho: La causa primera es bienhechora y rigurosa; vivifica y destruye.

—¿Hay, pues, dos principios contrarios, uno bueno y otro malo? —se han preguntado los discípulos de Manes.

—No, los dos principios del equilibrio universal no son contrarios, aunque sean opuestos en apariencia; porque es una sabiduría única la que los opone el uno al otro.

El bien está a la derecha, el mal a la izquierda; pero la inteligencia suprema está por encima de ambos y ella hará servir el mal para el triunfo del bien, y el bien a la reparación del mal.

El principio de armonía está en la unidad, y eso es lo que da en magia tanto poder al número par.

Pero el más perfecto de los números impares es el tres, porque es la trilogía de la unidad.

En los trigramas de Fohi, el ternario superior se compone de tres *yang* o figuras masculinas, porque en la idea de Dios, considerada como principio de la fecundidad en los tres mundos no podría admitirse nada de pasivo.

Es también por esto por lo que la trinidad cristiana no admite en forma alguna la personificación de la madre, que está implícitamente enunciada en la del hijo. También es por esto por lo que es contraria a las leyes de la simbólica hierática y ortodoxa de personificar al Espíritu Santo bajo la figura de una mujer.

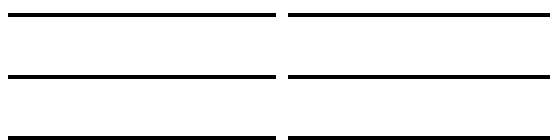
La mujer sale del hombre como la naturaleza sale de Dios; también el Cristo se eleva él mismo al cielo y asume la Virgen madre; se dice la ascensión del Salvador y la asunción de la madre de Dios.

Dios, considerado como padre, tiene a la naturaleza por hija.

Como hijo, tiene a la Virgen por madre y a la Iglesia por esposa.

Como Espíritu Santo, regenera y fecunda a la humanidad.

Por esto en los trigramas de Fohi a los tres *yang* superiores corresponden los tres yig inferiores, porque los trigramas de Fohi son un pantáculo semejante a los dos triángulos de Salomón, pero con una interpretación ternaria de seis puntos de la estrella brillante.



El dogma no es divino en tanto que no es verdaderamente humano, es decir, que reúna la más elevada razón de la humanidad; así el maestro, a quien llamamos el hombre-Dios; se llamaba a sí mismo el hijo del hombre.

La revelación es la expresión de la creencia admitida y formulada por la razón universal en el verbo humano.

Por esto se dice que en el hombre-Dios la divinidad es humana y la humanidad divina. Nosotros decimos todo esto filosóficamente y no teológicamente, y esto no toca en nada a la enseñanza de la Iglesia, que condena y debe condenar siempre a la magia.

Paracelso y Agrippa no han elevado altar contra altar y se han sometido a la religión dominante en su época. A los elegidos de la ciencia las cosas de la ciencia; a los fieles las cosas de la fe.

El emperador Juliano, en su himno al Rey Sol, da una teoría del ternario, que es casi idéntica a la del iluminado Swedenborg.

El sol del mundo divino es la luz la finita, espiritual e increada; esta luz se verbaliza, puede hablarse así en el mundo filosófico, y se hace el foco de las almas y de la verdad, pues se incorpora y se convierte en luz visible en el sol, tercer mundo, sol central de nuestros soles y cuyas estrellas fijas son chispas siempre vivas.

Los cabalistas comparan el espíritu a una sustancia que queda fluida en el medio divino y bajo la influencia de la luz esencial, pero cuyo exterior se endurece como una cera expuesta al aire en las más frías regiones del razonamiento de las formas visibles. Estas cortezas o envolturas petrificadas (nosotros diríamos mejor carnificadas, si fuera admisible la palabra), son la causa de los errores o del mal, que tiende a la pesantez ya la dureza de las envolturas anímicas. En el libro de Sohar y en el de las revoluciones de las almas, los espíritus perversos o malos demonios no son llamados de otro modo que las cortezas, cortices.

Las cortezas del mundo de los espíritus son transparentes, las del mundo material son opacas, los cuerpos no son mas que cortezas temporales, y las que las almas deben ser libertadas, pero aquellas que obedecen al cuerpo en esta vida, se forman un cuerpo interior, o una corteza fluidita, que se hace su prisión y suplicio después de la muerte, hasta el momento en que consigue fundirla en el calor de la luz divina, o su pesantez les impide subir, no llegan sino por medio de infinitos esfuerzos y con el socorro de los justos, que les tienden la mano, y durante todo ese tiempo son devorados por la actividad interna del espíritu cautivo como en un horno en completa combustión.

Aquellos que llegan a la hoguera de la expiación, se queman por sí mismos en ella, como Hércules sobre el monte Oeta y se libran así de sus tormentos; pero el mayor número carece de valor ante esta última prueba, que les parece una segunda muerte mucho más espantosa que la primera y permanecen así en el infierno que es eterno de hecho y de derecho, pero en el cual las almas nunca son precipitadas ni retenidas a pesar suyo.

Los tres mundos se corresponden conjuntamente por las treinta y dos vías de luz, que

son los peldaños de la escalera santa; todo pensamiento verdadero corresponde a una gracia divina en el cielo ya una obra, útil en la tierra. Toda gracia de Dios suscita una verdad y produce uno o muchos actos y recíprocamente todo acto remueve en los cielos una verdad o una mentira, una gracia o un castigo. Cuando un hombre pronuncia el tetragrama, escriben los cabalistas, los nueve cielos reciben una sacudida, y todos los espíritus gritan unos a otros: ¿Quién turba así el reino del cielo? Entonces la tierra revela al primer cielo los pecados del temerario, que pretende el nombre del eterno en vano, y el verbo acusador es transmitido de círculo en círculo, estrella en estrella, y de jerarquía en jerarquía.

Toda palabra tiene tres sentidos; todo acto un triple alcance; toda forma una triple idea, porque lo absoluto corresponde de mundo en mundo con sus formas. Toda determinación de la voluntad humana modifica la naturaleza, interesa la filosofía y escribe en el cielo. Hay, pues, dos fatalidades, la una resultante de la voluntad de lo increado, de acuerdo con su sabiduría, la otra resultante de las voluntades creadas y de acuerdo con la necesidad de las causas secundarias en sus relaciones con la causa primitiva.

Nada es, pues, indiferente en la vida, y nuestras más sencillas determinaciones deciden con frecuencia una serie incalculable de bienes o de males, sobre todo en las relaciones de nuestro diáfano con el gran agente mágico, como ya lo explicaremos.

Siendo lo ternario el principio fundamental de toda la cábala o tradición sagrada de nuestros padres, ha debido ser el dogma fundamental del cristianismo, del que explica el dualismo aparente por la intervención de una armoniosa y toda poderosa unidad. El Cristo no ha escrito su dogma y no lo ha revelado en secreto más que a su discípulo favorito, el único cabalista, y gran cabalista entre los apóstoles. Así el Apocalipsis es el libro de la gnosis o doctrina secreta de los primeros cristianos, doctrina cuya clave esta indicada en un versículo secreto de Pater, que la vulgata no traduce y el rito griego (conservador de las tradiciones de San Juan) no permite mas que a los sacerdotes pronunciar. Este versículo completamente cabalista se encuentra en el texto griego del evangelio, según San Mateo y en muchos ejemplares hebraicos. Helo aquí en las dos lenguas sagradas:

ΟΤΙ ΣΟΥ ΕΣΤΙΝ Η ΒΑΣΙΛΕΙΑ ΚΑΙ Η ΔΥΝΑΜΙΣ ΚΑΙ Η ΔΟΞΑ ΕΙΣ ΤΟΥΣ ΑΙΩΝΑΣ ΑΜΗΝ.

עַד אֲמַו: שִׁי לֹו חֲמַחֲלֵבַח וְתַנְבֹּרֶת וְחֲתוּרָ לַעֲוִלָּם

La palabra sagrada de *Malkout*, empleada por *Keter*, que es su correspondiente cabalístico, y la balanza de Géburah y de Chesed, repitiéndose en los círculos o ciclos que los gnósticos llamaban *Eones*, dan en este versículo oculto la clave de la bóveda de todo el templo cristiano. los protestantes lo han traducido y conservado en su Nuevo Testamento, sin encontrar la elevada y maravillosa inteligencia que les hubiera desvelado todos los misterios del Apocalipsis; pero es una tradición en la Iglesia que la revelación de esos misterios está reservada para la consumación de los tiempos.

Malkout, apoyado sobre Géburah y sobre *Chesed*, es el templo de Salomón, que tiene por columnas Jakin y Bohas. Este es el dogma Adámico, apoyado, por una parte, en la resignación de Abel, y por la otra, en el trabajo y en los remordimientos de Caín; éste es el equilibrio universal del ser basado en la necesidad y en la libertad, en la fijeza y en el movimiento; es la demostración de la palanca universal, buscada vanamente por

Arquímedes. Un sabio, que ha empleado todo su talento en hacerse oscuro y que ha muerto sin haber querido hacerse comprender, había resuelto esta suprema ecuación, encontrada por él en la cábala, y temía, por encima de todo, que pudiera saberse, si se explicaba más claramente, el origen de sus descubrimientos. Nosotros hemos oído a uno de sus discípulos y a algunos de sus admiradores indignarse, quizá de buena fe, oyéndole llamar cabalista, y, no obstante hemos decir, para gloria de ese sabio, que sus investigaciones han abreviado notablemente nuestro trabajo sobre las ciencias ocultas, y que la clave de la alta cábala, sobre todo, indicada en el versículo oculto que acabamos de citar, ha sido doctamente aplicado a una reforma absoluta de todas las ciencias en los libros de Hoene Wronski.

La virtud secreta de los Evangelios está, pues, contenida en tres palabras, y esas tres palabras han fundado tres dogmas y tres jerarquías. Toda ciencia reposa sobre tres principios, como el silogismo sobre tres términos.. Hay también tres clases distintas, o tres rangos originales y naturales entre los hombres, los cuales están llamados a elevarse de lo más bajo a lo más alto. Los hebreos llaman a esas tres series o grados de progreso de los espíritus, asiah, jezirah y briaiah.. Los gnosticos, que eran los cabalistas cristianos, los llamaban Hyle. Psique y Gnosis; el círculo supremo se denominaba, entre los hebreos Atziluth y entre los gnósticos, Pléroma.

En el tetragrama, el ternario, tomando al comienzo de la palabra, manifiesta la copulación divina; tomada al final manifiesta lo femenino y la maternidad. Eva lleva un nombre de tres letras, pero el Adam primitivo está manifestado por la sola letra *Jod*, de modo que Jehová debería pronunciarse *Jevá*. Esto nos conduce al grande y supremo misterio de la magia, manifestado por el cuaternario.

4 ך ך
EL TETRAGRAMATON
Géburah Chesed - Porta Librorum -
Elementa

Existen en la Naturaleza dos fuerzas que producen un equilibrio, no obediendo los tres más que a una sola ley. He aquí el ternario resumiéndose en la unidad, y agregando la idea de la unidad a la del ternario, se llega al cuaternario, primer número cuadrado y perfecto, manantial de todas las combinaciones numéricas y principio de las formas. Afirmación, negación, discusión, solución; tales son las cuatro operaciones filosóficas el espíritu humano. La discusión concilia la negación con la afirmación, haciéndolas necesarias la una a la otra. Por esta causa el ternario filosófico, al producirse del binario antagónico, se completa por el cuaternario, base cuadrada de toda verdad. En Dios, según el dogma consagrado, hay tres personas, y esas tres personas no son más que un solo Dios. Tres y uno dan la idea de cuatro, porque la unidad es precisa para explicar los tres. Así, en casi todos los idiomas, el nombre de Dios consta de cuatro letras, y en hebreo esas cuatro letras no hacen más que tres, porque hay en él una que se repite dos veces: la que manifiesta el Verbo y la creación del Verbo.

Dos afirmaciones hacen posible o necesarias dos negaciones correspondientes. El ser está significado, la nada no lo está. La afirmación, como Verbo, produce la afirmación como realización o encarnación del Verbo, y cada una de esas afirmaciones corresponde a la negación de su contraria.

También resulta que, según el decir de los cabalistas, el nombre del demonio se compone de letras vueltas del Dios o del bien.

Este mal es el reflejo perdido o el miraje imperfecto de la luz en la sombra.

Pero, todo lo que existe, sea en mal, sea en la luz, sea en la sombra, existe y se revela por el cuaternario.⁴

La afirmación de la unidad supone el número cuatro, si esta afirmación no ha de girar en la unidad misma como en un círculo vicioso. Así, pues, el ternario, como ya lo hemos observado, se explica por el binario y se resuelve por el cuaternario, que es la unidad cuadrada de los números pares y la base cuadrangular del cubo, una construcción, de solidez y de medida.

El tetrágrama cabalístico Jodheva manifiesta a Dios en la humanidad y la humanidad en Dios.

Los cuatro puntos cardinales astronómicos son, relativamente a nosotros, el sí y el no de la luz el Oriente y el Occidente, y el sí y el no del calor; el Mediodía y el Norte.

Lo que está en la Naturaleza visible revela, como ya hemos dicho, según el dogma

⁴ Aquí Levi parece parafrasear a Isaías 45:7 “Que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad, yo IHVH (cuaternario) soy el que hago todo esto”

único de la cábala, lo que está en el dominio de la Naturaleza invisible, o de causas secundarias, todas proporcionales y análogas a las manifestaciones de la causa primera. Así, pues, esta causa primera está siempre revelada por la cruz; la cruz, si, era unidad compuesta de dos, que se dividen en otras dos para formar cuatro; la cruz era clave de los misterios de la India y de Egipto, la Tau de los patriarcas, el signo divino de Osiris, el Stauros de los gnósticos, la llave de la bóveda del templo, el símbolo de la masonería oculta; la cruz, ese punto central de la conjunción de los ángulos rectos de dos triángulos infinitos; la cruz que en el idioma francés parece ser la raíz primitiva y el sustantivo fundamental del verbo creer y del verbo crecer, reuniendo de este modo las ideas de la ciencia, de religión y de progresos.

El gran agente mágico se revela por cuatro especies de fenómenos y ha sido sometido a los tanteos de la ciencia profanas bajo cuatro nombres:

Calorico, Luz, Electricidad y Magnetismo.

Se le ha dado también los nombres tetragramaton, de luz, de ázoe, de ether, de od, de fluido magnético, de alma de la tierra, de serpiente, de Lucifer, etcétera.

El gran agente mágico es la cuarta emanación de la vida-principio de que el sol es la tercera forma (ver los iniciados de la escuela de Alejandría y el dogma de Hermes Trismegisto).

De manera que el ojo del mundo (como le llamaban los antiguos) es el miraje del reflejo de Dios, así como el alma de la tierra es una mirada permanente del sol, que la tierra concibe y conserva por impregnación.

La luna concurrente a esa impregnación de la tierra rechazando hacia ella una imagen solar durante la noche, de modo que Hermes ha tenido razón en decir, hablando del Gran Agente: El Sol es su padre, la luna es su madre. Luego agrega: El viento le ha llevado en su vientre, porque la atmósfera es el recipiente, y como el crisol de los rayos solares, por medio de los cuales se forma esa imagen viviente del sol, que penetra hasta las entrañas de la tierra, la vivifica, la fecunda y determina todo cuanto depende en su superficie, por sus efluvios y sus corrientes continuas, análogas a las del mismo sol. Este agente solar está vivificado por dos fuerzas contrarias: una de atracción y otra de proyección, lo que hace decir a Hermes que siempre sube y desciende.

La fuerza de atracción se fija siempre en el centro de los cuerpos, y la de proyección en los contornos, o en su superficie.

Es por esta doble fuerza, por lo que todo está creado y todo subsiste. Su movimiento es un enrollamiento y un desembrollamiento sucesivos e indefinidos, o más bien, simultáneos y perpetuos, por espirales de movimientos contrarios que no se encuentran nunca.

Este es el mismo movimiento que el del sol, que atrae y rechaza al mismo tiempo a todos los demás astros de su sistema.

Conocer el movimiento de ese sol terrestre, a fin y en forma de poder aprovechar sus corrientes y dirigirlas, es haber cumplido la gran obra y es ser el dueño del mundo.

Armado con semejante fuerza os podéis hacer adorar; la ignorante muchedumbre os creará un Dios.

El secreto absoluto de esta dirección ha sido poseído por algunos hombres y puede, todavía, encontrarse. Es el gran arcano mágico, depende de un axioma incommunicable y de un instrumento, que es el gran atanor de los herméticos del más elevado grado.

El axioma incommunicable está encerrado cabalísticamente en las cuatro letras del tetrágramaton, dispuestas de este modo:

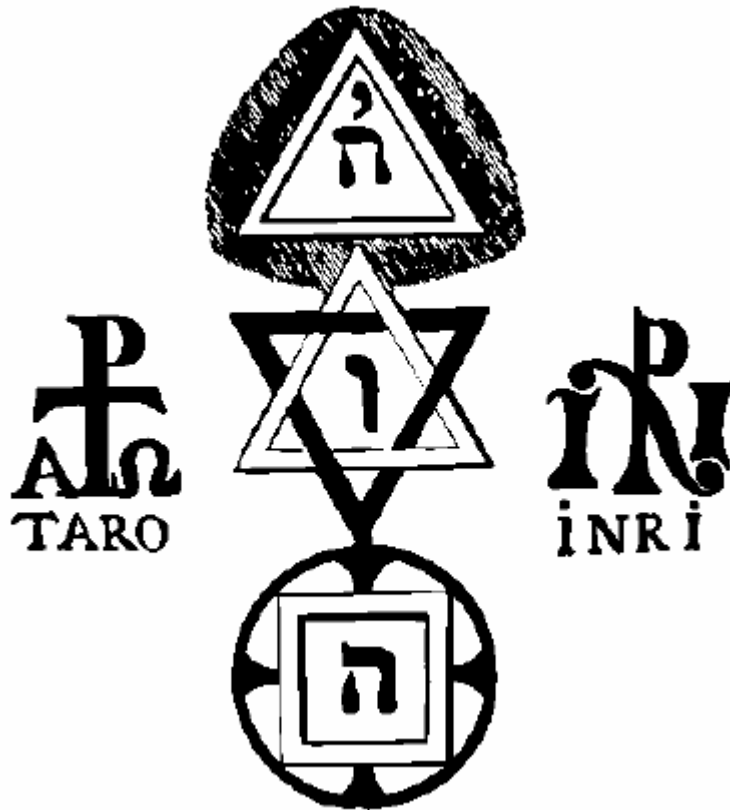


Fig.4
Los cuatro grandes nombres cabalísticos

En las letras de las palabras AZOTH E INRI escritas cabalísticamente, y en el monograma de Cristo, tal y como estaba bordado sobre el lábaro, y que el cabalista Postel interpreta por la palabra ROTA, de la que los adeptos han formado el TARO O TAROT, repitiendo después la primera letra para indicar el círculo y dar a comprender que la palabra está invertida.

Toda la ciencia mágica estriba en el conocimiento de este secreto. El sabery osar, sin servidumbre, consiste ial omnipotencia humana; pero el revelarla aun profano es perderla; revelarla, igualmente, a un discípulo es abdicar en favor de ese discípulo, quien, a partir de ese instante, tiene derecho de vida y de muerte sobre su mismo iniciador (hablo desde el punto de vista mágico) y le dará muerte seguramente ante el temor de morir a su vez a sus manos. (Esto no tiene nada de común con los actos calificados de asesinato en la legislación criminal; la filosofía práctica que sirve de base y punto de partida a nuestras leyes, no admite los hechos de hechizos y de influencias ocultas.)

Penetramos aquí en las más extrañas revelaciones, y esperamos ser objeto de todas las incredulidades y de no pocos encogimientos de hombros por parte del fanatismo incrédulo, porque la religión volteriana tiene también sus fanáticos y no agrada a las

grandes sombras que deben vagar ahora de un modo implacable en las cuevas del Pantheón, en tanto que el catolicismo, fuerte en sus prácticas y engreído con su prestigio, canta el oficio de difuntos sobre sus cabezas.

La palabra perfecta, la que es adecuada al pensamiento que manifiesta contiene siempre, virtualmente o supuesto, un cuaternario, la idea y sus tres formas necesarias y correlativas, y también la imagen de la cosa manifestada con los tres términos de juicio que la califican. Cuando yo digo: El ser existe, afirmo implícitamente que no existe la nada.

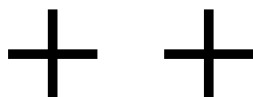
Una altura, una extensión que divide la altura geométrica en dos y una profundidad separada de la altura por la intersección de la extensión, he aquí el cuaternario natural compuesto de dos líneas que se cruzan. Existen también en la naturaleza cuatro movimientos producidos por dos fuerzas que se sostienen una a otra por su tendencia en sentido contrario. Ahora bien, la ley que rige a los cuerpos es análoga y proporcionada a la que gobierna a los espíritus, y ésta es la manifestación también del secreto de Dios, es decir, del misterio de la creación.

Suponed un reloj con dos resortes paralelos con un engranaje que los haga mover y maniobrar en sentido contrario, de manera que al detenerse el uno aprieta el otro; un reloj así construido se daría cuerda por sí mismo, y habreis hallado el movimiento continuo. Ese engranaje debe abarcar dos fines y ser de una gran precisión. ¿es incontrastable? No lo creemos. Pero cuando algún hombre lo haya descubierto, ese hombre podrá comprender por analogía todos los secretos de la naturaleza: *el progreso en razón directa con la resistencia.*

El movimiento absoluto de la vida es también el resultado continuo de dos tendencias contrarias, que no se encuentran jamás en oposición. Cuando una de ambas parece ceder a la otra, es un resorte que toma fuerza, y podéis seguramente esperar y confiar en una reacción, de la que es muy posible prever el momento y hasta determinar el carácter; así es cómo en la época de mayor fervor del cristianismo, el reinado del **ANTICRISTO**, fue conocido y predicho.

Pero, el Anticristo, preparará y determinará el nuevo acontecimiento y el triunfo definitivo del Hombre-Dios. Esta es, una vez más, una conclusión rigurosa y cabalística contenida en las *premisas* evangélicas.

Así la profecía cristiana contiene una cuádruple revelación: 1, caída del antiguo mundo y triunfo del Evangelio bajo el primer acontecimiento; 2, grande apostasía y venida del Anticristo; 3, caída del Anticristo y retomo a las ideas cristianas; 4, triunfo definitivo del Evangelio o segundo acontecimiento, designado con el nombre de juicio final. Esta cuádruple profecía contiene, como puede verse, dos afirmaciones y dos negaciones; la idea de dos ruinas o muertes universales y de dos renacimientos; porque a toda idea que aparece en el horizonte social, se le puede asignar, sin temores a incurrir en error, un Oriente y un Occidente, un cenit y un nadir. Así es cómo la cruz filosófica es ¡a llave de la profecía y cómo se puede abrir todas las puertas de la ciencia con el pantáculo de Ezequiel, cuyo centro es una estrella formada por el cruzamiento de dos cruces.



¿No se forma la vida humana también de estas tres fases o transformaciones sucesivas: nacimiento, vida, muerte e inmortalidad? Y advertir aquí que la inmortalidad del alma, necesitada como complemento del cuaternario y cabalísticamente probada por la analogía, que es el dogma único de la religión verdaderamente universal, es la llave de la ciencia y la ley inviolable de la Naturaleza.

La muerte en efecto, no puede ser un fin absoluto, así como el nacimiento no es sino un comienzo real. El nacimiento prueba la pre existencia del ser humano puesto que nada puede producirse de nada, y la muerte prueba la inmortalidad desde el momento en que el ser no-puede cesar de ser, como la nada no puede cesar de no ser. Ser y nada son dos ideas absolutamente inconciliables, con esta diferencia: que la idea de la nada (idea completamente negativa) emana de la idea misma del ser, en la que la nada, ni siquiera puede ser comprendida como una negación absoluta, en tanto que la idea del ser no puede nunca aproximarse a la de la nada, desde muy lejos que se tome.

Decir que el mundo ha salido de la nada, es proferir un monstruoso absurdo. Todo lo que es procede de lo que eras; por consecuencia, nada de lo que es no podría nunca dejar de serlo. La sucesión de formas se produce por las alternativas del movimiento; estos son fenómenos de la vida que se reemplazan unos a otros sin destruirse. Todo cambia pero nada perece. El sol no muere cuando desaparece en el horizonte; las formas, aun las más movibles, son inmortales y subsisten siempre en la permanencia de su razón de ser, que es la combinación de la luz con las potencias agregativas de las moléculas de la sustancia primera. Así se conservan en el fluido astral y pueden ser evocadas y reproducidas a voluntad del sabio, como ya lo veremos cuando tratemos de la segunda vista y de la evocación de los recuerdos en la nigromancia y en otras operaciones mágicas.

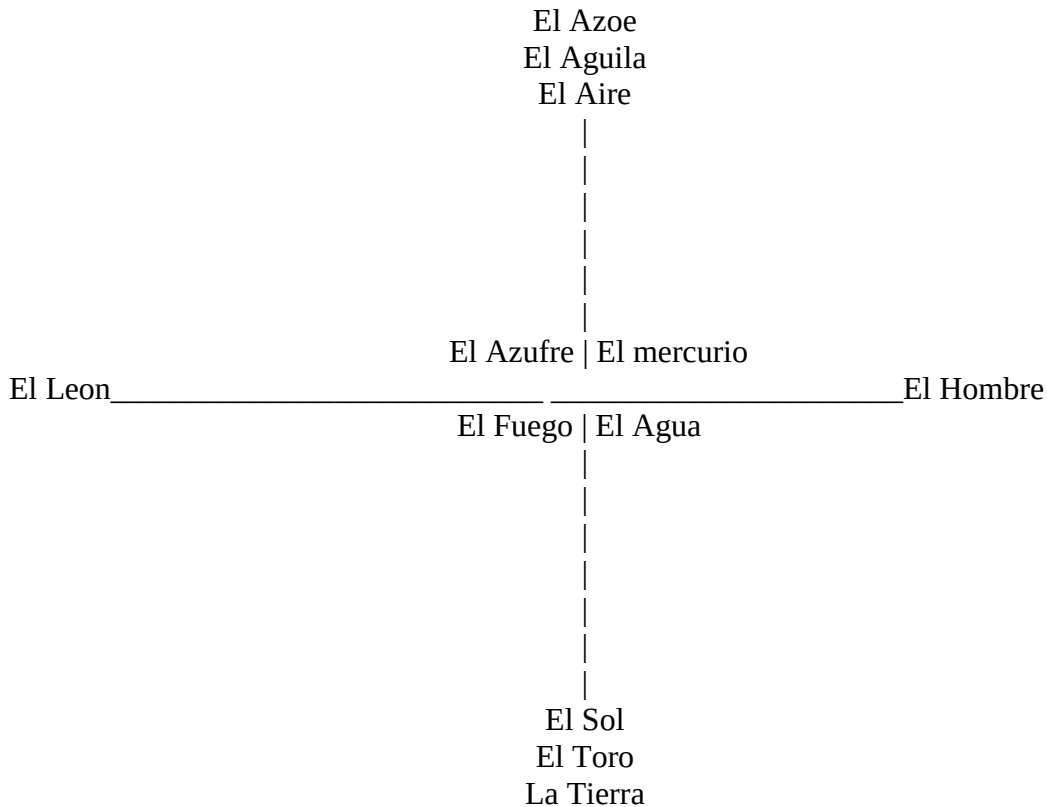
Volveremos también sobre el gran agente mágico en el IV capítulo del *Ritual*, en donde acabaremos de indicar los caracteres del gran arcano y los medios de apoderarse de este formidable poder:

Digamos aquí algunas palabras acerca de los cuatro elementos mágicos y de los espíritus elementales.

Los elementos mágicos son: en alquimia, la sal, el mercurio el azufre y el ázoe; en cábala, el *macroprosopo*, el *microprosopo* y las dos madres; en jeroglíficos, , el hombre, el águila, el león y el toro; en física antigua según los términos y las ideas vulgares, el aire, el agua, la tierra y el fuego.

En ciencia mágica sabido es que el agua no es el agua común; que el fuego no es sencillamente el fuego que arde, etc. Estas expresiones ocultan el sentido más elevado. La ciencia moderna ha descompuesto estos cuatro elementos de los antiguos y ha encontrado muchos cuerpos que tienen la pretensión de que sean simples. Lo que es simple es la sustancia material y este elemento se manifiesta siempre por el cuaternario en sus formas. Conservaremos, por tanto, la sabia distinción de las apariencias elementales admitidas por los antiguos y reconoceremos la tierra, el agua, el fuego y el

aire, como los cuatro elementos positivos y visibles de la magia. Lo sutil y lo espeso; el disolvente rápido y el disolvente lento, o los instrumentos en caliente y en frío, forman en física oculta los dos principios positivos y los dos principios negativos del cuaternario, y deben figurarse así:



Así la tierra y el aire representan el principio macho; el fuego y el agua se refieren al principio hembra, puesto que la cruz filosófica de los pentáculos es, como ya lo hemos dicho, un jeroglífico primitivo y elemental del *lingam* de los *gimnosofistas*

A estas cuatro formas de elementales corresponden las cuatro ideas filosóficas siguientes:

El espíritu.

La materia.

El movimiento.

El reposo.

Toda ciencia está, en efecto, en la inteligencia de estas cuatro cosas, que la alquimia reduce a tres:

Lo absoluto;

Lo fijo

Lo volátil.

Y que la cábala atribuye ala idea misma de Dios, que es razón absoluta, necesidad y libertad, triple noción manifestada en los libros de los hebreos.

Bajo los nombres de Kether, de Chocmah y de Binah, para el mundo divino, de Tiphereth, de Chesed y de Géburah en el mundo moral, y, en fin, de Jesod, Hod y Netsath en el mundo físico que, con el mundo moral, está contenido en la idea de reinado o *Malkout*, explicaremos en el décimo capítulo de este libro esta teogonía, tan racional como sublime.

Ahora bien; estando llamados los espíritus creados a la emancipación por medio de la prueba, estan colocados, desde su nacimiento, entre estas cuatro fuerzas positivas y dos negativas, lon la facultad de admitir o de negar el bien y escoger la vida o la muerte.

Encontrar el punto fijo, es decir, el centro moral de la cruz, es el primer problema que se somete a su resolución, su primera conquista debe ser la de su propia libertad.

Comienzan pues, por ser arrastrados los unos hacia el Norte, los otros al Sur, estos al mediodía, algunos a la derecha y aquellos a la izquierda, y mientras no son libres, no pueden hacer uso de la razón ni encarnar de otro modo que en formas animales. Estos espíritus no emancipados, esclavos de los cuatro elementos, son los que los cabalistas llaman demonios elementales y pueblan los elementos que corresponden a su estado de servidumbre. Existen, pues, realmente, silfos, ondinas, gnomos y salamandras, los unos errantes y tratando de encarnar, y los otros ya encarnados y viviendo en la tierra. Estos son los hombres viciosos e imperfectos.

Volveremos sobre este tema en el capítulo XV, que trata de los encantamientos y de los demonios.

Es también una tradición de física oculta, que hizo advertir a los antiguos la existencia de las cuatro edades del mundo; solamente que no se dice al vulgo que esas cuatro edades debían ser sucesivas, como las cuatro estaciones del año, y renovarse como éstas se renuevan. Pero todo esto se refiere al espíritu de profecía, y de ello hablaremos en el capítulo IX, que trata del iniciado y del vidente.

Agreguemos ahora la unidad al cuaternario y tendremos conjunta y separadamente las ideas de la síntesis y del análisis divinos, el Dios de los iniciados y el Dios de los profanos. Aquí el dogma se populariza y se hace menos abstracto; el gran hierofante interviene.

57 E

EL PENTAGRAMA

Gebura - Ecce

Hasta aquí hemos expuesto el dogma mágico en su parte más árida y más abstracta, aquí comienzan los hechizos; aquí ya podemos anunciar los prodigios y revelar las cosas más ocultas.

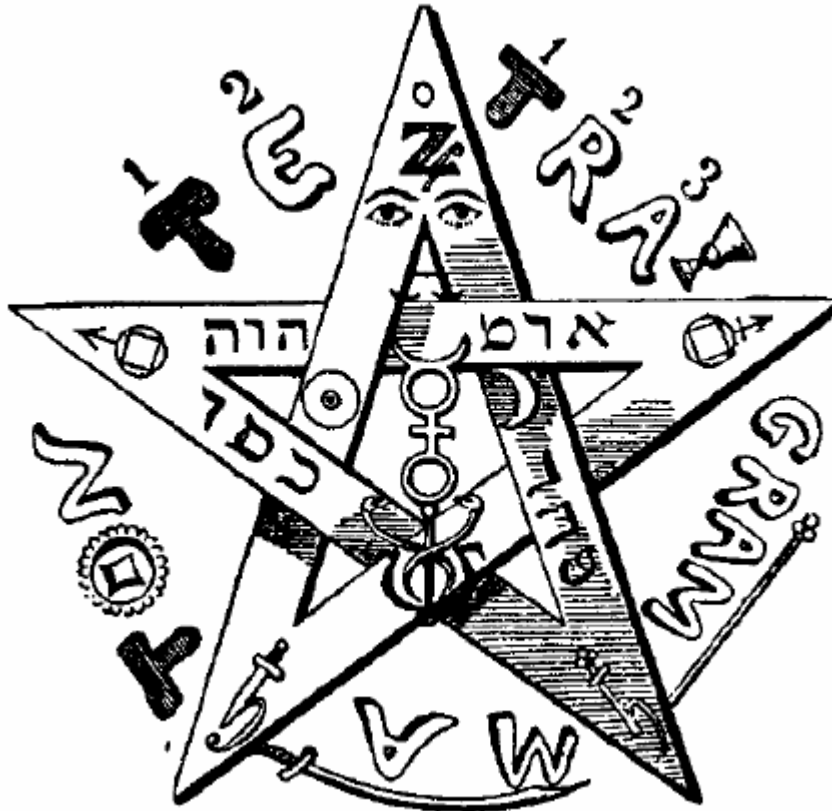


Fig.5

El Pentagrama de Fausto

El pentagrama expresa la dominación del espíritu sobre los elementos y es por medio de este signo como se encadena a los demonios del aire, a los espíritus del fuego a los espectros del agua y a los fantasmas de la tierra.

Armado de ese signo y convenientemente dispuesto, podéis ver el infinito a través de esa facultad, que es como el ojo de vuestra alma, y haceros servir por legiones de ángeles y columnas de demonios.

Primeramente propongamos principios:

No hay mundo invisible; existen solamente muchos grados de perfección en los órganos.

El cuerpo es la representación grosera y es como la corteza pasajera del alma.

El alma puede percibir por sí misma y sin el intermedio de los órganos corporales por

medio de su sensibilidad y de su *diáphana*, las cosas sean espirituales, sean corporales, que existen en el universo.

Espiritual y corporal son palabras que manifiestan únicamente los grados de tenuidad o de densidad a la sustancia.

Eso que se llama en nosotros imaginación, no es más que la propiedad inherente a nuestra alma, de asimilarse las imágenes y los reflejos contenidos en la luz viviente, que es el gran agente magnético.

Esas imágenes y esos reflejos son revelaciones cuando la ciencia interviene para revelarnos el cuerpo o la luz. El hombre de genio difiere del soñador y del loco en esto únicamente; en que sus creaciones son análogas a la verdad, mientras que los de los soñadores y de los locos, son reflejos perdidos e imágenes descarriadas.

Así, para el sabio imaginar, es ver, como para el mago hablar es crear.

Se pueden ver realmente y de verdad los demonios, las almas etc por medio de la imaginación, pero la imaginación del adepto es diáfana, en tanto que la del vulgo es opaca; la luz de la verdad atraviesa a la una como a un mirador espléndido y se refracta en el otro como una masa viscosa llena de escorias y de cuerpos extraños.

Lo que más contribuye a los errores del vulgo y a las extravagancias de la insanidad, son los reflejos de las imaginaciones depravadas las unas en las otras.

Pero el vidente sabe que las cosas imaginadas por él son verdaderas y la experiencia confirma siempre sus visiones.

Ya decimos en el *Ritual* por qué medios se adquiere esta lucidez.

Por medio de esta luz los visionarios estáticos se ponen en comunicación con todos los mundos, como sucedía con frecuencia a Emmanuel Swedenborg, quien, sin embargo, no era más que imperfectamente lucido, puesto que no discernía los reflejos de los rayos y mezclaba, a menudo, ensueños a sus más admirables sueños.

Decimos sueños, porque el sueño es el resultado de un éxtasis natural y periódico que se llama sueño. Entrar en éxtasis, es dormir; el sonambulismo magnético es una reproducción y una dirección del éxtasis.

Los errores en el sonambulismo son ocasiones por los reflejos del *diáphana* de las personas despiertas, y especialmente del magnetizador.

El sueño es la visión producida por la refracción de un rayo de verdad; el sueño es la alucinación ocasionada por un reflejo.

La tentación de San Antonio, con sus pesadillas y visiones horripilantes y sus monstruos, representa la confusión de reflejos con los rayos directos. Cuanto más lucha el alma es tanto más razonable; cuando sucumbe a esta especie de embriaguez invasora, es más loca.

Romper la mezcla del rayo directo y separarle del reflejo, tal es la obra del iniciado.

Ahora digamos muy alto que este trabajo lo realizaron siempre algunos hombres selectos en el mundo, que la revelación por intuición es también permanente y que no hay barrera infranqueable que separe las almas, pues no existen en la Naturaleza, ni bruscas interrupciones, ni murallas abruptas que puedan separar a los espíritus. Todo es transición y matices, y si se supone la perfectibilidad, si no infinita, por lo menos indefinida, de las facultades humanas, se verá que todo hombre puede llegar a verlo todo, y, por consiguiente, a saberlo todo también, por lo menos en un círculo que puede indefinidamente ensanchar.

No hay nada vacío en la Naturaleza; todo está poblado.

No hay muerte real en la Naturaleza; todo está vivo.

«~Veis esa estrella? —preguntaba Napoleón al Cardenal Fesch. —Nô señor.

—Pues bien, yo la veo.» Y ciertamente la veía.

Por este motivo se acusa a los grandes hombres de haber sido supersticiosos; es que ellos veían lo que el vulgo no puede ver.

Los hombres de genio difieren de los simples videntes por la facultad que poseen de hacer *sentir* a los demás hombres lo que ellos ven y hacerse *creer* por entusiasmo y por simpatía

Estos son los *medium* del Verbo divino.

Digamos ahora cómo se opera la visión.

Todas las formas corresponden a ideas, pues no hay idea que no tenga su forma propia y particular.

La luz primordial, vehículo de todas las ideas, es la madre de todas las formas y las transmite de emanación en emanación, disminuidas únicamente o alteradas en razón de la densidad de los medios.

Las formas de objetos, son una modificación de la luz y quedan en ella, de donde el reflejo las envía.

Así la luz astral o el fluido terrestre que llamamos el gran agente mágico esta saturada de imágenes o de reflejos de toda especie que nuestra alma puede evocar y someter a su *diáphana*, como dicen los cabalistas. Estas imágenes las tenemos siempre presentes y son borradas únicamente por las impresiones más fuertes de la realidad durante la vigilia, o por las preocupaciones de nuestro pensamiento que obliga a nuestra imaginación a estar inatenta al móvil panorama de la luz astral.

Cuando dormimos, este espectáculo se presenta por sí mismo a nosotros y así como se producen los sueños; sueños incoherentes y vagos, si alguna voluntad dominante no permanece activa durante el sueño y no ofrece, a cuenta de nuestra inteligencia, una dirección al sueño que entonces se transforma en ensueño.

El magnetismo animal, no es otra cosa que un sueño artificial producido por la unión, sea voluntaria, sea forzada, de dos almas, una de las cuales vela, en tanto que la otra duerme, es decir, una de las cuales dirige a la otra en la elección de reflejos para cambiar los sueños en ensueños y saber la verdad por medio de imágenes.

Así, pues, los sonámbulos no ven realmente en el sitio a donde el magnetizador los envía, sino que evocan las imágenes en la luz astral y no pueden ver nada de lo que no exista en esta luz.

La luz astral tiene una acción directa sobre los nervios, que son los conductores en la economía animal, acción que llevan al cerebro; así, en el estado de sonambulismo, pueden ver los nervios y sin tener necesidad ni aun de la luz radiante, pues que el fluido astral es una luz latente, como ya la física ha reconocido que hay calórico latente.

El magnetismo entre dos es, sin duda, un maravilloso descubrimiento; pero el magnetismo en uno sólo, es decir, el automagnetismo, volviéndose lúcido a voluntad, y dirigiéndose a sí mismo, es la perfección del arte mágico, y el secreto de esta gran obra no está por descubrir; ha sido conocido y practicado por gran número de iniciados, y, especialmente, por el célebre Apolonio de Tiana, quien nos ha legado una teoría que veremos en nuestro *Ritual*.

El secreto de la lucidez magnética y de la dirección de los fenómenos del magnetismo,

tiende a dos cosas: a la armonía de las inteligencias ya la unión perfecta de las voluntades en una dirección posible y determinada por la ciencia; esto por lo que se refiere al magnetismo entre muchos. El auto-magnetismo requiere preparaciones, de que hemos hablado en nuestro primer capítulo, al enumerar y hacer ver en toda su dificultad las cualidades requeridas para ser un verdadero adepto.

Ya esclareceremos este punto importante y fundamental en capítulos sucesivos.

Este imperio de la voluntad sobre la luz astral, que es el alma física de los cuatro elementos, está figurada en Magia por el pentágrama, cuya figura hemos colocado al frente de este capítulo.

También los espíritus elementales están sometidos a este signo cuando se le emplea con inteligencia, y se puede, colocándolo en un círculo o encima de la mesa de las evocaciones, hacerlos dóciles, a lo que se llama en Magia aprisionar.

Expliquemos en pocas palabras esta maravilla. Todos los espíritus creados comunican entre sí por signos y se adhieren todos a un cierto número de verdades expresadas por ciertas formas determinadas.

La perfección de las formas aumentan en razón del desprendimiento de los espíritus, y aquellos que no sientan el peso de la materia o no estén encadenados a ella, reconocen a la primera intuición si un signo es la expresión del poder real o de una voluntad temeraria.

La inteligencia del sabio proporciona pues, valor a su pantaculo, como su ciencia da paso a su voluntad, y los espíritus comprenden inmediatamente ese poder.

pues, con el pentágrama se puede obligar a los espíritus a aparecerse en ensueños, sea durante la vigilia, sea durante el sueño propiamente dicho, *trayendo consigo, ante nuestra disciplina, su reflejo, que existe en la luz astral, si han vivido, un reflejo análogo a su verbo espiritual, si no han vivido en la tierra*. Esto explica todas las visiones, y demuestra, sobre todo, por qué los muertos aparecen siempre a los videntes, sea tales como eran en la tierra, sea tales como están todavía en la tumba, nunca como están en una existencia que escapa a las perfecciones de nuestro organismo actual.

Las mujeres embarazadas están más que otras bajo la influencia de la luz astral, que concurre a la formación de su hijo y que les presente sin cesar las reminiscencias de formas de que ellas están llenas.

También es por esta causa por lo que las mujeres virtuosas engallan, por semejanzas equívocas, la malignidad de los observadores. Imprimen con frecuencia, a la obra de su matrimonio, una imagen que les ha llamado la atención en sueños, y de aquí también que las mismas fisonomías se perpetúen de siglo en siglo.

EL uso cabalístico del pentágrama puede pues determinar el rostro de los hijos a nacer y una mujer iniciada podría dar a su hijo los rasgos de Nerea o de Aquiles, como los de Luis XIV o los de Napoleón. Indicamos el medio en nuestro *Ritual*.

El pentágrama es lo que se llama en cábala el signo del microcosmos, este signo de que Goethe ensalza el poder en el hermoso monólogo de Fausto.

«¡Ah, cómo a esta vista todos mis sentidos se estremecen! Siento la joven y santa voluptuosidad de la vida rebullir en mis nervios y hervir en mis venas. ¿Era un Dios el que trazó este signo que aplaca el vértigo de mi alma, llena de alegría mi pobre corazón, y, en un vuelo misterioso, desvela alrededor de mí las fuerzas de la Naturaleza? ¿Soy yo un dios? Todo se aclara ante mi vista; veo en esos sencillos trazos la Naturaleza activa revelarse a mi espíritu. Ahora, por vez primera, reconozco la verdad de esta palabra del

sabio. ¡El mundo de los espíritus no está cerrado! ¡Tu sentido es obtuso, tu corazón ¿está muerto! ¡En piel Baña, tu pecho, ¡oh adepto de la ciencia! ,todavía envuelto en un velo terrestre, en los esplendores del naciente día!...»

Fausto, 1 ra parte, escena 1ra.

Fue el 24 de julio de 1854, cuando el autor de este libro, Eliphas Lévi, hizo en Londres la experiencia de la evocación por el pentágrama, después de haberse preparado con todas las ceremonias que están marcadas en el ritual. El éxito de esta experiencia, detallada en el capítulo XIII de este libro y en el capítulo que lleva el mismo número en *el Ritual* , establece un nuevo hecho patológico que los hombres de verdadera ciencia admitirán sin esfuerzo. La experiencia, reiterada por tres veces, ofreció resultados verdaderamente extraordinarios, pero positivos y sin ninguna mezcla de alucinación. Nosotros invitamos a los incrédulos a hacer un ensayo concienzudo y razonado, antes de encogerse de hombros y sonreír.

La *figura* del pentágrama, perfeccionada según la ciencia, y que ha servido al autor para esta prueba, es la que se encuentra al comienzo de este capítulo, y que no se halla tan completa, ni en las clavículas de Salomón, ni en los calendarios mágicos de Tycho Brahe y de Duchenteau.

Observemos únicamente que el uso del pentágrama es muy peligroso para los operadores que no poseen la completa y perfecta inteligencia de él. La dirección de las puntas de la estrella no es arbitraria, y puede cambiar el carácter de toda operación, como ya lo explicaremos en el *Ritual*.

Paracelso este innovador de la Magia, que ha excedido a todos los demás iniciados por los éxitos obtenidos por sí solo, afirma que todas las figuras mágicas y todos los signos cabalísticos de los pantáculos a los cuales obedecen los espíritus se reducen a dos., que son la síntesis de los demás: el signo del macrocosmos o el sello de Salomón, que ya lo hemos dado y que volvemos a reproducir aquí, y el del microcosmos, más poderoso todavía que el primero, es decir, el pentágrama, del que hace en la filosofía oculta una minuciosa descripción.



Si se nos pregunta cómo un signo puede tener tanto poder sobre los espíritus, nosotros preguntaremos a nuestra vez por qué el mundo cristiano se ha prosternado ante el signo de la cruz. El signo no es nada por sí mismo, y no tiene fuerza sino por el dogma de que es resumen y verbo. Ahora bien, un signo que resume expresándolas, todas las fuerzas ocultas de la naturaleza, un signo que siempre se ha manifestado a los espíritus

elementales y a otros un poder superior a su naturaleza les infunde temor y respeto y les obliga a obedecer, por el imperio de la ciencia y de la voluntad sobre la ignorancia y la debilidad.

También, por este mismo pentágono, se miden las proporciones exactas del grande y único atánor necesario para la confección de la piedra filosofal y para el cumplimiento de la gran obra. El alambique más perfecto que puede elaborar la quinta esencia, está conforme con esta figura, y la misma quinta esencia está figurada por el signo del pentágono.

EL EQUILIBRIO MAGICO

Tipheret - Uncus

La inteligencia suprema es necesariamente razonable. Dios en filosofía, puede no ser más que una hipótesis, pero es una hipótesis impuesta por el buen sentido a la razón humana. Personificar la razón absoluta, es determinar el ideal divino.

Necesidad, libertad y razón, he aquí el grande y supremo triángulo de los cabalistas, que llaman a la razón *Keter*, a la necesidad *Chochmah* y a la libertad *Binah*, en su primer temario divino.

Fatalidad, voluntad, poder, tal es el temario mágico que, en las cosas humanas, corresponde al triángulo divino.

La fatalidad es el encadenamiento inevitable de efectos y de causas en un orden dado.

La voluntad es la facultad directriz de las fuerzas inteligentes para conciliar la libertad de las personas con la necesidad de las cosas.

El poder es el prudente empleo de la voluntad, que aún hace servir a la fatalidad al cumplimiento de los deseos del sabio.

Cuando Moisés golpea en la roca, él no crea el manantial de agua y la revela, sin embargo, al pueblo, porque una ciencia oculta se le ha revelado a él por medio de la varita adivinatoria.

Así sucede en todos los milagros de la Magia: existe una ley que el vulgo desconoce, pero de la que el iniciado se sirve.

Las leyes ocultas son con frecuencia opuestas a las ideas comunes. Así, por ejemplo, el vulgo cree en la simpatía de los afines y la guerra de los contrarios; es la ley opuesta la que es verdadera.

En otros tiempos se decía: la Naturaleza tiene horror al vacío; es preciso decir: la naturaleza está enamorada del vacío; si así no fuera la física, sería la más absurda de las ficciones.

El vulgo toma habitualmente en todas las cosas, la sombra por la realidad. Vuelva la espalda a la luz y se contempla en la oscuridad que él mismo proyecta.

Las fuerzas de la naturaleza están a la disposición de aquel que sabe resistirlas. ¿Sóis bastante dueño de vuestra voluntad para no estar nunca ebrio? ¿Disponéis del terrible y fatal poder de la embriaguez? Pues bien: si queréis embriagar a los demás, inspiradles deseos de beber, pero no bebáis.

Aquel que dispone del amor de los demás, es porque se ha hecho dueño del suyo.

Queréis poseer, no os entreguéis.

El mundo está imantado por la luz del sol y nosotros estamos imantados por la luz astral del mundo.

Lo que se opera en el cuerpo del planeta se repite en nosotros. Hay en nosotros tres mundos análogos y jerárquicos como en la Naturaleza.

El hombre es el microcosmos o pequeño mundo, y según el dogma de las analogías, todo lo que está en el gran mundo se repite en el pequeño. Hay pues en nosotros tres centros de atracción y de proyección fluidica; el cerebro, el corazón o el epigastrio, y el órgano genital.⁵

Cada uno de estos órganos es único y doble, es decir, que en ellos se halla la idea del

temario. Cada uno de esos órganos atrae por un lado y repele por el otro.

Por medio de estos aparatos, nos ponemos en comunicación con el fluido universal transmitido a nosotros por el sistema nervioso. También esos tres centros son el asiento de la triple operación magnética, como explicaremos en otra parte.

Cuando el mago ha llegado a la lucidez, sea por intermedio de una sonámbula, sea por sus propios esfuerzos, comunica y dirige a voluntad vibraciones magnéticas en toda la masa de la luz astral, cuya corriente adivina con la varita mágica. Esa es una varita mágica adivinatoria perfeccionada. Por medio de esas vibraciones, influye el sistema nervioso de las personas sometidas a su acción, precipita o suspende las corrientes de la vida, calma o atormenta, cura o hace enfermar, da muerte, en *fin*, o resucita... Pero aquí nos detendremos ante la sonrisa de la incredulidad. Dejémosle el triunfo fácil de negar lo que no sabe.

Más adelante demostraremos que la muerte llega siempre precedida de un sueño letárgico y que no se opera sino por grados; que la resurrección en ciertos casos, es posible, que la letargia es una muerte real y que muchos muertos acaban de morir después de su inhumanación.

Pero no es de esto de lo que se trata en este capítulo. Decíamos, pues, que una voluntad lúcida puede obrar sobre la masa de la luz astral, y con el concurso de otras voluntades que ella absorbe y que ella arrastra, determinar grandes e irresistibles corrientes.

Decíamos también, que la luz astral se condensa o se ratifica, según que las corrientes la acumulen más o menos en ciertos centros. Cuando carece de energía para alimentar la vida, se producen enfermedades de descomposición súbita que causan la desesperación de la medicina. El cólera morbo, por ejemplo, no obedece a otra causa, y las legiones de animáculos observadas o supuestas, por ciertos sabios, pueden ser más bien el efecto que la causa. Sería, pues, necesario tratar el cólera por la insuflación, sien semejante tratamiento el operador no se expusiera a hacer con paciente un cambio demasiado temible para el primero.

Todo esfuerzo inteligente de la voluntad es una proyección de fluido o de luz humana, y aquí importa distinguir la luz humana de la luz astral, y el magnetismo animal del magnetismo universal.

Al servirnos de la palabra fluido, empleamos una expresión recibida y, tratamos de hacer entender por ese medio; pero estamos muy lejos de decir que la luz latente sea un fluido. Todo nos induciría, por el contrario, a preferir en la explicación de este hecho fenomenal, el sistema de las vibraciones. Sea lo que fuere, siendo esta luz el instrumento de la vida, se fijará naturalmente en todos los centros vivientes; se adhiere al núcleo de los planetas como el corazón del hombre (y por su corazón, entendemos en

⁵ Según la tradición taoísta de la cual ya Levi ha hecho referencia previamente el cuerpo energético del hombre posee siete centros de energía o chakras de los cuales tres de ellos conocidos como Tan Tien reciben y distribuyen la energía, estos quedan distribuidos aproximadamente al nivel del órgano sexual el primero; una pulgada por encima del ombligo, el segundo; y dentro del cerebro en el hipotálamo, el tercero.

Magia, el gran simpático) identificándose a la propia vida del seraque anima, y es por esta propiedad de asimilación simpática como se comparte sin confusión. Es terrestre en sus relaciones con el globo terráqueo, y exclusivamente humana en sus relaciones con los hombres.

Es por esta causa por lo que la electricidad, el calórico, la luz y la imantación producidos por los medios físicos ordinarios, no sólo no producen, sino que tienden, por el contrario, a neutralizar los efectos del magnetismo animal. La luz astral, subordinada a un mecanismo ciego y procediendo de centros dotados de *autotelia*, es una luz muerta y opera matemáticamente siguiendo las impulsiones dadas o siguiendo leyes fatales; la luz humana, por el contrario, no es fatal mas que en el ignorante que hace tentativas al azar; en el vidente está subordinada a inteligencia, sometida a la imaginación y dependiente de la voluntad.

Esta luz que proyectada sin cesar por nuestra voluntad, forma lo que Swedenborg llama las atmósfera personales. El cuerpo absorbe lo que rodea, e irradia sin cesar proyectando sus miasmas y sus moléculas invisibles; lo propio sucede con el espíritu, de modo que este fenómeno, llamado por algunos místicos el *respiro*, tiene realmente la influencia que se le atribuye, sea en lo físico, sea en lo moral. Es realmente contagioso respirar el mismo aire que los enfermos y que encontrarse en el círculo de atracción y de expansión de agentes malignos.

Cuando la atmósfera magnética de dos personas está de tal modo equilibrada que el atractivo de una aspira la expansión de la otra, se produce un afecto llamado simpatía; entonces la imaginación, evocando así todos los rayos o todos los reflejos análogos a los que ella experimenta, se forma un poema de deseos que arrastran la voluntad, y si las personas son de sexo diferente, se produce entre ellas, o lo más frecuentemente en la más débil de ellas, una completa embriaguez de luz astral, que se llama la pasión propiamente dicha o el amor.

El amor es uno de los mas grandes instrumentos del poder magico; pero está formalmente prohibido almagista al menos como embriaguez o como pasion. ¡Desdichado el Sansón de la cábala que se deja dormir por Dalila! ¡El Hercules de la ciencia que cambia su cetro real por el huso de Onfalia, sentirá bien pronto las venganzas de Deyanira, y no le quedará más que la hoguera del monte Eta para escapar a los devoradores tormentos de la túnica de Neso! El amor sexual es siempre una ilusión, puesto que es el resultado de un miraje imaginario. La luz astral es el seductor universal figurado por la serpiente del Génesis. Este agente sutil, siempre activo, siempre ávido de savia, siempre acompañado de seductores ensueños y de dulces imágenes; esa fuerza, ciega por sí misma, y subordinada a todas las voluntades, sea para el bien, sea para el mal; ese *circulus* siempre renaciente de una vida indomada que proporciona el vértigo a los imprudentes; ese espíritu corporal, ese cuerpo ígneo, ese ether impalpable y presente en todas partes; esa inmensa seducción de la naturaleza, ¿cómo hacer su completa definición y cómo clasificar su acción? Indiferente hasta cierto punto por sí mismo, lo mismo se presta al bien que al mal; lleva en sí la luz, y propaga a veces las tinieblas; lo mismo puede nombrarse Lucifer que Lucífugo; es una serpiente, pero es también una aureola; es un fuego, pero lo mismo puede pertenecer a las hogueras del infierno que a las ofrendas de incienso prometidas y dedicadas al cielo. Para apoderarse de él es preciso, como la mujer predestinada, aplastar su cabeza con el

pie.

El que corresponde a la mujer cabalística en el mundo elemental es el agua, y el que corresponde a la serpiente, es el fuego. Para domar a la serpiente es decir, para dominar el círculo de la luz astral, es preciso conseguir ponerse fuera del alcance de las corrientes, es decir, aislarse. Por este motivo es por lo que Apolonio de Tiana se envolvía completamente en un manto de lana, sobre el cual posaba sus pies y se envolvía la cabeza; después rodeaba en semicírculo su columna vertebral y cerraba los ojos una vez cumplidos ciertos ritos, que debían ser pases magnéticos y palabras sacramentales, que tenían por objeto fijar la imaginación y determinar la acción de la voluntad. El manto de Tiana es de uso muy corriente en Magia, siendo también el vehículo ordinario de las brujas que van al aquelarre, lo que prueba que las brujas no iban realmente al *sabbat*, sino que éste venía a encontrar a las brujas aisladas en su manto, aportando a su *diapahana* imágenes análogas a sus preocupaciones mágicas, mezcladas con los reflejos de todos los actos del mismo género que se habían verificado anteriormente a ellas en el mundo.

Este torrente de la vida universal, está también figurado en los dogmas religiosos por el fuego expiatorio del infierno. Es el instrumento de la iniciación; es el monstruo adorar, es el enemigo a vencer; él es el que envía a nuestras evocaciones y a los conjuros de la Goecia tantas larvas y tantos fantasmas; es en él en donde se conservan todas las formas cuyo fantástico y abigarrado conjunto, puebla nuestras pesadillas, y en el que, aparecen tan abominables monstruos. Dejarse arrastrar suavemente por ese río circulante, es caer en los abismos de la locura, más espantosos que los de la muerte; arrojar las sombras de ese caos y hacer que ofrezcan formas perfectas con nuestros pensamientos, es ser hombres de genio, es crear, es haber triunfado del infierno.

La luz astral dirige los instintos de los animales y libra este combate con la inteligencia del hombre, a quien tiende a pervertir por el lujo de sus reflejos y la mentira de sus imágenes, acción fatal y necesaria que dirigen y hacen *más* funestas todavía los espíritus elementales y las almas en pena, cuyas inquietas voluntades buscan simpatías en nuestras debilidades y no tientan, menos para perdernos que por proporcionarse amigos. El libro de las conciencias que, según el dogma cristiano, debe manifestarse el último día, el del juicio final, no es otro que la luz astral en la cual se conservan las impresiones de todos los verbos, es decir, de todas las acciones y de todas las formas. Nuestros actos modifican nuestro *respiro magnético* de tal modo, que un vidente puede decir, aproximándose a una persona por vez primera, si esa persona es inocente o culpable, y cuáles son sus virtudes o sus crímenes. Esta facultad, que pertenece a la adivinación, era llamada por los místicos cristianos de la primitiva iglesia, el discernimiento de los espíritus.

Las personas que renuncian al imperio de la razón y que gustan de comprometer su voluntad en la persecución de reflejos de la luz astral, están sujetas a alternativas de furor y de tristeza, que hacen imaginar todas las maravillas de la posesión del demonio. Es verdad que, por medio de esos reflejos, los espíritus impuros pueden obrar sobre semejantes almas; hacer de ellas instrumentos dóciles y hasta acostumbrarse a atormentar su organismo, en el cual vienen a residir por *obsesión* o por *embrionato*. Estas palabras cabalísticas están explicadas en el libro hebreo de *la Revolución de las almas*, del cual nuestro capítulo XIII contendrá un análisis sucinto.

Es por tanto, extremadamente peligroso entretenerse con los misterios de la Magia y

sumamente temerario practicar los ritos por curiosidad, como ensayo y para intentar reducir potencias superiores. Los curiosos que, sin ser adeptos, se entretienen o se mezclan en invocaciones, o se dedican, sin condiciones, a las prácticas del magnetismo oculto, se parecen a una reunión de niños que jugaran con el fuego en los alrededores de un barril repleto de pólvora: tarde o temprano serían víctimas de una terrible explosión. Para aislarse de la luz astral, no es suficiente aislarse en un género de lana es absolutamente necesario haber impuesto una quietud absoluta a su espíritu y a su corazón; haberse independizado del dominio de las pasiones y haberse, asegurado de la perseverancia por medio de los actos espontáneos de una voluntad inflexible. También es preciso reiterar con frecuencia los actos de esa voluntad, porque, como ya lo veremos en el *Ritual*, la voluntad no se asegura por sí misma, sino por actos, como las religiones no han adquirido su imperio y su duración sino mediante ceremonias y ritos.

Existen sustancias enervadoras que al exaltar la sensibilidad nerviosa, aumentan al poder de las representaciones, y, por consiguiente las producciones astrales; por los mismos medios, pero siguiendo una dirección contraria, se pueden espantar y aun turbar los espíritus. Estas sustancias, magnéticas por sí mismas y magnetizadas, una vez más, por los prácticos, son lo que se llama filtros o bebidas encantadas. Pero no debemos abordar esta peligrosa aplicación de la magia, que el mismo Cornelio Agrippa, califica de magia envenenadora. Ya no existen hogueras para brujos y brujas, pero sí códigos que castigan los delitos de gentes poco escrupulosas. Limitémonos, pues, a comprobar ahora la realidad de este poder.

Para disponer de la luz astral, es preciso comprenderla doble vibración y conocer la balanza de las fuerzas llamadas el equilibrio mágico y que se manifiesta en cábala por el *senario*.

Este equilibrio, considerado en su causa primera, es la voluntad de Dios; en el hombre es la libertad; en la materia es el equilibrio matemático.

El equilibrio produce la estabilidad y la duración.

La libertad engendra la inmortalidad del hombre y la voluntad de Dios pone en obra las leyes de la razón eterna. El equilibrio en las ideas es la sabiduría, y en las fuerzas el verdadero poder. El equilibrio es riguroso. Obsérvese la ley; víólese su espíritu y su letra y ya no hay ley.

Por esta razón es por lo que no hay nada inútil ni perdido. Toda palabra y todo movimiento marchan en pro o en contra del equilibrio, o en pro o en contra de la verdad; porque el equilibrio representa la verdad que se compone del pro y del contra conciliados, o por lo menos del equilibrio del pro.

Decimos en la introducción del *Ritual* de qué modo el equilibrio mágico debe producirse y por qué éste es necesario al éxito de todas las operaciones.

La omnipotencia es la libertad más absoluta. Luego la libertad absoluta no podría existir sin un equilibrio perfecto. El equilibrio mágico, es, por tanto, una de las condiciones primordiales del éxito en las operaciones de la ciencia y debe buscarse aun en la química oculta, aprendiendo a combinar los contrarios sin neutralizar al uno con el otro. Por el equilibrio mágico es como se explica el grande y antiguo misterio de la existencia y de la necesidad relativa del mal.

Esta necesidad relativa da, en magia negra, la medida del poder de los demonios o espíritus impuros, a los cuales las virtudes que se practican en la tierra dan más furor, y en apariencia aun más fuerza.

En épocas en que los santos y los ángeles hacían abiertamente milagros las brujas, hechiceras y los diablos, realizaban, a su vez, maravillas y prodigios. Es la rivalidad la que ofrece, a menudo, el éxito; todo el mundo se apoya siempre sobre lo que mas resiste.

LA ESPADA FLAMIGERA

Netsah - Gladius

El septenario es el número sagrado en todas las teogonías y en todo los símbolos porque se compone del ternario y del cuaternario.

El número 7 representa el poder mágico en toda su **fuerza**; es el espíritu ayudado de todas las potencias elementales, es el alma servida por la Naturaleza, es el **sanctum regnum**, de que se ha hablado en las clavículas de Salomón, y que representando en el **tarot** por un guerrero coronado que lleva un triángulo sobre su coraza y de pie sobre un cubo, y al cual van uncidas dos esfinges, la una blanca y la otra negra, que tiran en sentido contrario y vuelven la cabeza mirándose.

Este guerrero está armado de una espada flamígera y tiene en la otra mano un cetro cuya punta concluye en un triángulo y en una bola.

El cubo es la piedra filosofal; las esfinges son las dos fuerzas del gran agente, correspondientes a Jakin y Bohas, que son las dos columnas del templo; la coraza es la ciencia de las cosas divinas que hace invulnerable la sabiduría a los ataques humanos; la espada flamígera es el signo de la victoria sobre los vicios que son, con respecto al número siete, como las virtudes; las ideas de estas virtudes y de estos vicios, estaban figuradas por los antiguos, bajo los símbolos de los siete planetas entonces conocidos. Así, la fe, esa aspiración a lo infinito, esa noble confianza en sí mismo sostenida por la creencia en todas las virtudes; la fe, que en las naturalezas débiles puede degenerar en orgullo, era representada por el Sol; la esperanza, enemiga de la avaricia, por la Luna: la caridad, opuesta a la lujuria por Venus, la brillante estrella de los crepúsculos; la fuerza, superior a la cólera, por Marte; la prudencia, opuesta a la pereza, por Mercurio; la templanza, opuesta a la glotonería, por Saturno, a quien se le da a comer una piedra en lugar de sus hijos, y la justicia, por último, opuesta a la envidia, por Júpiter, vencedor de los titanes. Tales son los símbolos que la astrología toma del culto helénico. En la cábala de los hebreos, el Sol representa al ángel de luz; la Luna al ángel de las aspiraciones y de los sueños; Marte, al ángel exterminador; Venus, al ángel de los amores; Mercurio, al ángel civilizador, Júpiter, al ángel del poder; Saturno, al ángel de la solicitud.

Se les llama así: Miguel, Gabriel, Samahel, Anael, Raphael, Zachariel y Orifiel.

Estas potencias dominadoras de las almas, se repartían la vida humana por periodos, que los astrólogos median por las revoluciones de los planetas correspondientes. Pero, no hay que confundir la astrología cabalística con la astrología judiciaria. Ya explicaremos esta distinción. La infancia esta dedicada al Sol, la adolescencia a la Luna, la juventud a Marte y a Venus, la virilidad a Mercurio, la edad madura a Júpiter y la vejez a Saturno. Ahora bien, toda la humanidad, vive bajo leyes de análogo desenvolvimiento a las de la vida individual. Es sobre esta base como Trithemo establece su clavícula profética de los siete espíritus, de los que ya hablaremos, y por medio de la cual se puede, siguiendo las proporciones analógicas de los desenvolvimientos sucesivos, predecir con certidumbre los grandes acontecimientos futuros y fijar anticipadamente de período en período, los destinos de los pueblos y del mundo.

San Juan, depositario de la doctrina secreta de Cristo, ha consignado esta doctrina en el

libro cabalístico del Apocalipsis, que él representa cerrado con los siete sellos. En ella se encuentran los siete genios de las mitologías antiguas, con las copas y las espadas del Tarot. El dogma, oculto bajo estos emblemas, es pura cábala, ya perdida paralos fariseos en la época de la venida del Salvador los cuadros que se suceden en esta maravillosa epopeya profética, son otros tantos pentáculos, cuyo ternario, cuaternario, septenario y duodenario son las llaves. Las figuras jeroglíficas son análogas a las del libro de Hermes, o del Génesis de Enoc, para servimos del título aventurado, que sólo manifiesta la opinión personal del sabio Guillaume Postel.

El querube o toro simbólico que Moisés coloca a la puerta del mundo edénico, y que tiene en la mano una espada flameante, es una esfinge, que tiene cuerpo de toro y cabeza humana; es la antigua esfinge asiria, en laque el combate y la victoria de Míthra era el análisis geroglífico. Esta esfinge armada, representa la ley del misterio, que vela a la puerta de la iniciación para apartar a los profanos. Voltaire, que no sabía nada de todo esto, ha reído mucho al ver un buey sostenido una espada.

¿Qué habría dicho si hubiera visitado las ruinas de Memphis o de Tebas y cómo hubiera podido responder a sus sarcasmos, tan aplaudidos en Francia, ese eco de los pasados siglos que duerme en las sepulturas de Psammética y de Ramsés?

El querube de Moisés representa, asimismo, el gran misterio mágico, cuyo septenario manifiesta todos los elementos, sin ofrecer, no obstante, la última palabra. Ese *verbum innennarrable* de los sabios de la escuela de Alejandría; esa palabra que los cabalisticas hebreos escribían יהוה y traducían por אראריתא manifestaba, también, la triplicidad del principio secundario, el dualismo de los medios y la unidad tanto del principio como del fin; lo mismo que la alianza del ternario con el cuaternario en una palabra compuesta de cuatro letras, que forman siete por medio de una triple y de una doble repetición; esta palabra se pronuncia ARÀRITA.

La virtud del septenario es absoluta en magia, porque el número es decisivo en todas las cosas. Así todas las religiones le han consagrado en sus ritos. El séptimo año para los judíos era jubilaro; el séptimo día está consagrado al reposo y a la oración; tiene siete sacramentos, etcétera.

Los siete colores del prisma, las siete notas de la música, corresponden a los siete planetas de los antiguos, es decir, a las siete cuerdas de la lira humana. El cielo espiritual no ha cambiado nunca y la astrología ha quedado más invencible que la astronomía.

Los siete planetas no son otra cosa, en efecto, que símbolos jeroglíficos del clavelo de nuestra afecciones. Confeccionar talismanes al Sol ya la Luna, o a Saturno, es agregar magnéticamente la voluntad a signos que corresponden a los principales poderes del alma; consagrar alguna cosa a Venus o a Mercurio, es magnetizar esa cosa con una intención directa, sea de placer, sea de ciencia, sea de provecho. Los metales, los animales, las planetas y los perfumes análogos son en estos nuestros auxiliares

Los siete animales mágicos son: entre las aves correspondientes al mundo divino: el cisne, la alondra, el vampiro, la paloma, la cigüeña, el águila y la abubilla; entre los peces, corresponden al mundo espiritual o científico: la foca, el *oelurus*, lucio, *thimallus*, mújol, delfín y la sepia, y entre los cuadrúpedos correspondiendo al mundo natural son: el león, el gato, el lobo, el macho cabrío, el mono, el ciervo y el topo. La sangre, la grasa, el hígado y la hiel de estos animales sirven paralos hechizos; su cerebro se combina con los perfumes de los planetas y está reconocido por la práctica de los

antiguos, que poseían virtudes magnéticas correspondientes a las siete influencias planetarias.

Los talismanes de los siete espíritus se hacen: sea sobre piedras preciosas, tales como carbunclo, cristal, diamante, esmeralda, ágata, zafiro y onix; sea sobre metales, como oro, plata, hierro, cobre, mercurio fijado, estaño y plomo. Los signos cabalísticos de los siete espíritus son: para el Sol, una serpiente con cabeza de león: para la Luna, un globo cortado por dos medias lunas: para Marte un dragón mordiendo las guardas de una espada; para Venus, un *lingam*; para Mercurio, el caduceo hermético y el cinocéfalo; para Júpiter, el pentagrama flameante, en las garras o en el pico de un águila; para Saturno un viejo cojuela o una serpiente enlazada con la piedra heliaca. Se encuentran todos estos signos sobre piedras grabadas por los antiguos hombres, y particularmente, en talismanes de las épocas gnósticas, conocidas bajo el nombre de Abraxas. En la colección de talismanes de Paracelso, Júpiter está representado por un sacerdote en traje eclesiástico, y en el *tarot*, tiene la figura de un gran hierofante, en cuya cabeza ostenta la tiara de tres diademas y sustentado en la mano la cruz de tres pisos, que forman el triángulo mágico y representan a la vez, el cetro y la llave de tres mundos.

Reuniendo todo cuanto hemos dicho acerca de la unidad, del temario y del cuaternario, se tendrá todo lo que nos restaría por decir del septenario, esta grande y completa unidad mágica, compuesta de cuatro y tres.

8 π H

LA REALIZACION

Hod - Vivens

Las causas se revelan por los efectos, y éstos son proporcionados a las causas. El verbo divino, la palabra única, el tetragrama, se ha afirmado por la creación cuaternaria. La fecundidad humana prueba la fecundidad divina; *el jod* del nombre divino es la virilidad eterna del primer principio. El hombre ha comprendido a Dios, agrandando hasta lo infinito la idea que se. había formado de sí mismo.

Comprendiendo a Dios como hombre infinito, el hombre se dijo a sí mismo: «Yo soy el Dios finito.»

La Magia difiere del misticismo en que no juzga *apriori*, sino después de haber establecido *a posteriori* la base misma de sus juicios, es decir, después de haber comprendido la causa por los efectos y encontrado el secreto de los efectos desconocidos en la misma energía de la causa, por medio de la ley universal de la analogía; así en las ciencias ocultas todo es real y las teorías no se establecen más que sobre las bases de la experiencia. Son éstas las realidades que constituyen las proporciones del ideal, y el mago no admite como cierto en el dominio de las ideas más que lo que está demostrado por su realización.

En otros términos; lo que es verdadero en la causa se realiza en el efecto.

Lo que no se realiza como causa no puede llegar nunca a la categoría de efecto. - ~a realización de la palabra es el verbo, propiamente dicho. Un pensamiento se realiza al convertirse en palabra; ésta se realiza por el gesto, por los signos y por las figuras de los signos; éste es el primer grado de la realización. Después se imprime en la luz astral por medio de los signos de la escritura o de la palabra; influencia a otros espíritus al reflejarse en ellos; se refracta atravesando la *diáphana*⁶ de los demás hombres y adquiere formas y proporciones nuevas, traducéndose después en hechos que pueden modificar la sociedad y el mundo; éste es el último grado de la realización

Los hombres que nacen en un mundo modificado por una idea llevan en sí la traza, la impresión de esta idea, yes así como el verbo se hace carne. La huella de la desobediencia de Adam, conservada en la luz astral no ha podido ser borrada mas que por otra huella, por otra impresión mas fuerte, por la obediencia del Salvador, siendo así como puede explicarse el pecado original y la redención en un sentido natural y mágico.

La luz astral o el alma del mundo era el instrumento del todopoderoso Adam, convirtiéndose luego en instrumento de su suplicio, después de haberse corrompido y turbado por el pecado que mezclo un reflejo impuro a las imágenes primitivas que componian, para su imaginacion todavia virgen, el libro de la ciencia universal.

⁶ Parece referirse con este termino a lo que hoy llamariamos en Psicología como el inconsciente colectivo. A veces usa el termino “traslucido” aparentemente con la misma significación de Inconciente Colectivo y Arquetipos.

La luz astral figurada en los antiguos simbolos por la serpiente que se muerde la cola, representa escalonadamente la malicia y la prudencia, el tiempo y la eternidad, el tentador y el redentor.

Es porque esa luz, siendo el vehiculo de la vida, puede servir de auxilio lo mismo al bien que al mal, y lo mismo puede tomarse como la forma ignea de Satanás que como el cuerpo de fuego del Espíritu Santo. Es el alma universal de la batalla de los ángeles, y lo mismo alimenta las llamas del infierno que el rayo de San Miguel. Podría compararse con un caballo de una naturaleza análoga a laque se atribuye al camaleón, y que refleja siempre la armadura de su jinete.

La luz astral es la realización o la forma de la luz intelectual, como ésta es la realización o la forma de la luz divina.

Comprendiendo el gran iniciador del cristianismo que la luz astral estaba recargada de reflejos impuros de la maldad romana, quiso separar a sus discípulos de la esfera ambiente de los reflejos y llamar toda su atención hacia la luz interna, a fin de que por medio de una fe común, pudieran comunicarla por nuevos cordones magnéticos, que él denominó **gracia**, y vencer de ese modo las desbordadas corrientes del magnetismo universal, al que dio los nombres de diablo y de Satanás para manifestar la putrefacción. Oponer una corriente a otra corriente, es renovar el poder de la vida fluídica. Así, los reveladores no han hecho más que adivinar por la exactitud de sus cálculos la hora propicia para las reacciones morales.

La ley de la realización produce lo que nosotros llamamos el **respiro** magnético, de que se impregnan los objetos y los lugares, lo cual les comunica una influencia conforme a nuestras voluntades dominantes, especialmente con las que están confirmadas y realizadas por hechos. En efecto, el agente universal, o la luz astral latente, busca siempre el equilibrio, llena el vacío y aspira la plenitud; hace al vicio contagioso, como muchas enfermedades físicas y sirve poderosamente al proselitismo de la virtud. Por esto es por lo que la convivencia con seres que nos son antipáticos se hace intolerable, y por lo que la reliquias, sean de santos, sea de grandes malvados, pueden ofrecer maravillosos efectos de conversión o de perversión súbita; también es por esto por lo que el amor sexual se produce generalmente por un soplo o por un contacto, y no solamente por el contacto con la misma persona, sino por medio de objetos que ella haya tocado o magnetizado sin saberlo.

El alma aspira y respira exactamente igual que el cuerpo. Aspira lo que cree conviene a su dicha, y respira ideas que resultan sensaciones íntimas. Las almas enfermas tienen mal aliento y vician su atmósfera moral, es decir, mezclan a la luz astral que las penetra reflejos impuros y establecen corrientes deletéreas. Hay quien se asombra de verse asaltado en sociedad por pensamientos malvados que no se hubieran creído nunca posibles, ignorando, quizá, que se deben a alguna proximidad mórbida. Este secreto es de la mayor importancia porque conduce a la manifestación de las conciencias, uno de los poderes más incontestables y más terribles de la magia.

El **respiro** magnético produce alrededor del alma una radiación de que es centro, y se rodea del reflejo de sus obras, que le hacen un cielo o un infierno. Ni hay en ello actos solitarios ni podría tampoco ver en ellos actos ocultos; todo cuanto realmente queremos, es decir, todo cuanto confirmamos por medio de actos permanece escrito en la luz astral, en donde se conservan los reflejos de esos actos. Estos reflejos influyen constantemente nuestro pensamientos por mediación de la disciplina, y así es como nos

convertimos en hijos de nuestras propias obras.

La luz astral, transformada en luz en el momento concepción es la primera envoltura del alma y al combinarse con los fluidos más sutiles, forman el cuerpo etéreo o el fantasma sideral de que habla Paracelso en su filosofía de intuición (*Philosophia sagax.*) Este cuerpo sideral, al desprenderse del resto del ser, a la muerte, atrae hacia sí y conserva durante largo tiempo, por la simpatía de los homogéneos, los reflejos de la vida pasada; si una voluntad poderosamente simpática le atrae, en una corriente particular, se manifiesta naturalmente, porque no hay nada más natural que los prodigios. De este modo es como se producen las apariciones. Pero ya desarrollaremos este tema de un modo completo en el capítulo especial de la Nigromancia.

Ese cuerpo fluídico, sometido, como la masa de la luz astral, a dos movimientos contrarios, atractivo a la izquierda y repulsivo a la derecha, o recíprocamente en los dos sexos, produce en nosotros luchas de diferentes índoles, contribuye a las ansiedades de la conciencia; con frecuencia se ve influenciado por reflejos de otros espíritus, siendo así como se produce, sean las tentaciones, sean las gracias sutiles e inesperadas. Esta es, también la explicación del dogma tradicional de los dos ángeles que nos asisten y nos experimentan. Las dos fuerzas de la luz astral pueden figurarse por una balanza, en la que se pesan nuestras buenas intenciones para el triunfo de la justicia y de la emancipación de nuestra libertad.

El cuerpo astral no es siempre del mismo sexo que el terrestre, es decir, que las proporciones de ambas fuerzas, variando de derecha a izquierda, parecen contradecir, desde luego, la organización visible. Esta es la causa que produce los errores aparentes de las pasiones humanas, y puede justificar, sin justificarlas en modo alguno ante la moral, las singularidades amorosas de Anacreonte o de Safo.

Un magnetizador hábil debe apreciar todos estos matices, y por nuestra parte ofrecemos en nuestro Ritual los medios para reconocerlos.

Existen dos clases de realización; la verdadera y la fantástica. La primera es el secreto exclusivo de los magos; la otra pertenece a los hechiceros ya los brujos.

Las mitologías son realizaciones fantásticas del dogma religioso; las supersticiones son el sortilegio de la falsa piedad; pero las mismas mitologías y las supersticiones son más eficaces sobre la voluntad humana que una filosofía especulativa y exclusiva de toda práctica. Por esta razón San Pablo opone las conquistas de la locura de la cruz a la inercia de la sabiduría humana. La religión *realiza* la filosofía *adaptándola a* las debilidades del vulgo; tal es para los cabalísticos la razón secreta y la explicación oculta de los dogmas de la encarnación y de la redención.

Los pensamientos que no se traducen en palabras, son pensamientos perdidos para la humanidad; las palabras que no se confirman por medio de actos son palabras ociosas, y de la palabra ociosa a la mentira no hay más que un paso.

El pensamiento formulado por palabras y confirmado por hechos es lo que constituye la buena o la mala obra. Así, pues, sea en vicio, sea en virtud, no hay palabra de que uno no sea responsable; no hay, sobre todo, actos diferentes. Las maldiciones y las bendiciones surten siempre su efecto, y todo acto, sea el que fuere, cuando está inspirado por el amor o por el odio, produce efectos análogos a su motivo, a su alcance y a su dirección. El emperador aquel cuyas imágenes habían mutilado, y que, al llevarse la mano al rostro, decía: «Yo no me siento herido», hacia una falsa apreciación y disminuía de ese modo el mérito de su clemencia. ¿Qué hombre de honor verfacon

sangre fría que se insultara a su retrato? Y si realmente semejantes insultos, dirigidos a nuestra persona, cayeran sobre nosotros por una influencia fatal, si el arte de la hechicería fuera positivo, como no le es permitido a un ádepto dudarlo, ¿cuán imprudentes y aun temerarias no se considerarían las palabras de ese buen emperador? Hay personas a quienes no se las ofende impunemente y si la injuria que se le ha hecho es mortal, desde luego comienzan a morir. No se habla en vano y hasta la mirada cambia la dirección de nuestra vida. El basilisco que mata al mirar, no es una fábula, es una alegoría mágica.

En general, es malo para la salud tener enemigos, y no debe desdeñarse impunemente la reprobación de nadie. Antes de oponerse o a una fuerza o a una corriente, es necesario asegurarse bien si se posee la fuerza o si se ve uno arrastrado por la corriente contraria, de otro modo se verá uno aplastado o fulminado, y muchas muertes repentinas no obedecen a otras causas.

Las muertes terribles de Nadab y Abiu, de Osa, de Ananías y de Salira, fueron causadas por corrientes eléctricas de las creencias a que ellos ultrajaban; los tormentos de las Ursulinas de Loudun, de las religiosas de Louviers y de los convulsionarios de Jansenismo, obedecían al mismo principio y se explican por las mismas leyes naturales ocultas.

Si Urbano Grandier no hubiera sido ejecutado, habrían ocurrido de todas estas cosas una: o que las religiosas poseídas hubieran muerto presas de horribles convulsiones, o que los fenómenos de frenesí diabólico hubieran ganado, al multiplicarse, tantas voluntades y tanta fuerza que Grandier, a pesar de su ciencia y de su razón, se habría alucinado a sí mismo, hasta el punto de calumniarse como había hecho el desdichado Gaufridy o que hubiera muerto repentinamente con todas las espantosas circunstancias de un envenenamiento o de una venganza divina.

El desgraciado poeta Gilbert fue, en el siglo XVIII, víctima de su audacia al desafiarla corriente de opinión, y aun de fanatismo filosófico, de su época. Culpable de lesa filosofía, murió loco furioso, víctima de los terrores más espantosos, como si el mismo Dios le hubiera castigado por haber sostenido su causa fuera de sazón. Mas, en efecto, murió sentenciado por una ley que no podía conocer; se había opuesto a una corriente eléctrica y caía fulminado por sus rayos.

Si Marat no hubiera sido asesinado por Carlota Corday, habría muerto indefectiblemente víctima de una reacción de la opinión pública. Lo que le hacía leproso era la execración de las gentes honradas y a las que debía sucumbir.

La reprobación suscitada por San Bartolomé fue la única causa de la enfermedad, de la horrible enfermedad y muerte de Carlos IX y Enrique IV; sino hubiera estado sostenido por una inmensidad popularidad que debía al poder de proyección o a la fuerza simpática de su existencia astral, Enrique IV —repetimos— no hubiera sobrevivido a su conversión y habría perecido bajo el desprecio de los protestantes, combinado con la desconfianza y el odio de los católicos.

La impopularidad puede ser una prueba de integridad y de valor, pero no es jamás una demostración de prudencia o de política; las heridas hechas a la opinión son mortales en los hombres de estado. Aún puede recordarse el fin prematuro y violento de muchos hombres ilustres que no conviene nombrar aquí.

Las heridas que se infieren a la opinión pública pueden ser grandes injusticias; pero no por eso dejan de ser motivadas por el fracaso y son con frecuencia decretos de muerte.

Como revancha, la injusticia infligidas a un solo hombre pueden y deben, sino se reparan, causar la pérdida de todo un pueblo o de toda una sociedad; es lo que se llama el grito de sangre, porque en el fondo de toda injusticia existe el germen de un homicidio.

Es a causa de esas terribles leyes de solidaridad por lo que el cristianismo recomienda tanto el perdón de las injurias y la reconciliación. Aquel que muere sin perdonar se arroja a la eternidad armado de un puñal y se entrega a los horrores de un asesinato eterno.

Es una tradición y una creencia invencible entre el pueblo, la de la eficacia de las bendiciones o de las maldiciones paternas o maternas. En efecto, cuando mayores son los lazos que unen a dos personas, más terrible es el odio que se tengan entre sí en sus efectos. El tizón de Altheo quemando la sangre de Meleagro, es una mitología, el símbolo de este poder terrible. Que los padres se percaten de estos dioses para que no enciendan el infierno con su propia sangre. No es nunca un crimen el perdonar y es siempre un peligro y una mala acción la de maldecir.

9 I

LA INICIACION

Jesoe - Bonum

El iniciado es aquel que posee la lámpara de Trismegisto, el manto de Apolonio y el bastón de los patriarcas.

La lámpara de Trismegisto es la razón ilusionada por la ciencia, el manto de Apolonio es la posesión completa de sí mismo, que aísla al sabio de las comentes instintivas y el bastón de los patriarcas, es el socorro de las fuerzas ocultas y perpetuas de la naturaleza. La lámpara de Trismegisto ilumina el presente, el pasado y el porvenir, muestra al desnudo la conciencia de los hombres, e ilumina los repliegues del corazón de las mujeres. La lámpara brilla con triple llama, el manto se pliega tres veces y el bastón se divide en tres partes.

El número nueve es, por tanto, el de los reflejos divinos; manifiesta la idea divina en toda su potencia abstracta; pero manifiesta también el lujo en la creencia y por consecuencia la superstición y la idolatría.

Por esta causa Hermes le ha hecho el número de la iniciación porque el iniciado reina sobre la superstición, y por la superstición puede marchar sólo en las tinieblas, apoyado en su bastón, envuelto en su manto e iluminado por su lámpara.

La razón ha sido otorgada a todos los hombres, pero no todos saben hacer uso de ella; es una ciencia que es necesario aprender. La libertad ha sido ofrecida a todos, pero no todos pueden ser libres; es un derecho que es preciso conquistar. La fuerza es para todos, pero no todos saben apoyarse en la fuerza; es un poder del que es necesario apoderarse.

No llegamos a nada que nos cueste más de un esfuerzo. El destino del hombre es el de enriquecerse con lo que gane y que de seguida tenga como Dios, la gloria y el placer de la dádiva.

La ciencia magica se llamaba en otro tiempo el arte sacerdotal y el arte real⁷, porque la iniciación daba al sabio el imperio sobre las almas y la aptitud para gobernar las voluntades.

La adivinación es también uno de los privilegios del iniciado, pues la adivinación no es otra cosa que el conocimiento de los efectos contenidos en las causas y la ciencia aplicada a los hechos del dogma universal de la analogía.

Las acciones humanas no se escriben solamente en la luz astral; dejan también sus huellas sobre el rostro, modifican el porte y el continente y cambian el acento de la voz. Cada hombre lleva consigo la historia de su vida, legible para el iniciado. Porque el porvenir siempre la consecuencia del pasado y las circunstancias inesperadas no cambian casi nada de los resultados racionalmente esperados.

⁷ Cabe destacar que el término Hindú Raja Yoga significa precisamente Arte Real.

Puede, pues, predecirse a cada hombre su destino. Se puede juzgar de toda una existencia por un solo movimiento; un solo defecto presagia toda una serie de desgracias. César fue asesinado porque le avergonzaba de ser calvo; Napoleón murió en Santa Elena porque le gustaban de las poesías de Osián; Luis Felipe debía abandonar el trono, como lo abandonó, porque tenían un paraguas. Estas no son más que paradojas para el vulgo, que no saben las relaciones ocultas de las cosas; pero son motivos para el iniciado, que todo lo comprende y de nada se asombra.

La iniciación preserva de las falsas luces del misticismo; da a la razón humana su valor relativo y su infalibilidad proporcional, uniéndola a la razón suprema por medio de la cadena de las analogías.

El iniciado no tiene, pues, ni esperanzas dudosas, ni temores absurdos porque no poseen creencias irrazonables; sabe lo que puede y nada le cuesta osar. Así, para él, osar es poder.

He aquí, pues, una nueva interpretación de los atributos del iniciado; su lámpara representa el saber; el manto en que se envuelve representa su discreción y su bastón es el emblema de su fuerza y de su audacia. Sabe, osa y se calla.

Sabe los secretos del porvenir, osa en el presente y se calla acerca del pasado.

Sabe las debilidades del corazón humano, y osa servirse de ellas para realizar su obra y se calla sobre sus proyectos.

Sabe la razón de todos los simbolismos y de todos los cultos, osa practicarlos o abstenerse sin hipocresía y sin impiedad y se calla sobre el dogma único de la alta iniciación.

Sabe la existencia y conoce la naturaleza del gran agente mágico, osa realizar los actos y pronunciar las palabras que le someterán la voluntad humana y se calla sobre los misterios del gran arcano.

Así podéis verle con frecuencia triste, pero nunca abatido ni desesperado; con frecuencia pobre, pero nunca envilecido ni miserable; con frecuencia perseguido, pero nunca rechazado ni vencido. Se acuerda de la viudez y del asesinato de Orfeo, del exilio y de la muerte solitaria de Moisés, del martirio de los profetas, de las tortugas de Apolonio, de la cruz del Salvador; sabe en qué abandono murió Agrippa, cuya memoria todavía es calumniada; sabe a qué fatigas sucumbió el gran Paracelso y todo cuanto debió sufrir Ramon Llull para llegar, finalmente, a su sangrienta muerte. Se acuerda de Swedenborg haciéndose el loco, o aun perdiendo verdaderamente la razón, a fin de hacerse perdonar su ciencia; de San Martín, que se ocultó toda la vida; de Cagliostro, que murió abandonado en los calabozos de la inquisición; de Cazotte, que subió al cadalso. Sucesor de tantas víctimas, no por eso osa menos, pero comprende, cada vez más, la necesidad de callar.

Imitemos su ejemplo, aprendamos con perseverancia; cuando sepamos, osemos y callémonos.

10 ♀ K

LA CABALA

Malchut - Principium - Phallus

Todas las religiones han conservado el recuerdo de un libro primitivo escrito en figuras por los sabios de los primeros siglos del mundo, y cuyos símbolos, simplificados y vulgarizados más tarde, han suministrado a la Escritura sus letras, al Verbo sus caracteres, a la Filosofía oculta sus signos misteriosos y sus pantáculos.

Este libro, atribuido a Enoc, el séptimo maestro del mundo, después de Adán, por los hebreos; a Hermes Trismegisto, por los egipcios; a Cadmo el misterioso fundador de la Villa Santa, por los griegos; era el resumen simbólico de la tradición primitiva, llamada después Kábala o Cábala, de una palabra hebrea, que es la equivalente a tradición.

Esta tradición reposa por completo en el dogma único de la magia; lo visible es para nosotros la medida proporcional de lo invisible. Así, pues, los antiguos, habiendo observado que el equilibrio es, en física, la ley universal y que resulta de la oposición aparente de dos fuerzas, dedujeron del equilibrio físico, el equilibrio metafísico, y declararon que en Dios, es decir, en la primera causa viviente y activa se debían reconocer dos propiedades necesarias e inherentes la una a la otra; la estabilidad y el movimiento, la necesidad y la libertad, el orden racional y la autonomía volitiva, la justicia y el amor, y, por consecuencia también, la severidad y la misericordia, y son estos dos atributos los que los cabalistas hebreos personifican de algún modo bajo los nombres de Geburah y de Chesed.

Por encima de Geburah y de Chesed reside la corona suprema, el poder equilibrador, principio del mundo o del reino equilibrado, que encontramos designado bajo el nombre de Maichut, en el versículo oculto y cabalístico de *Pater*, de que ya hemos hablado.

Pero Geburah y Chesed, mantenidos en equilibrio, en lo alto por la corona y en lo bajo por el reinado, son dos principios que pueden considerarse, sea en su abstracción, sea en su realización.

Abstractos o idealizados, toman los nombres superiores de *Chomach*, la sabiduría y de *Binah* la inteligencia.

Realizados, se llaman la estabilidad y el progreso, es decir, la eternidad y la victoria, *Hod*, y *Netsah*.

Tal es, según la cábala, el fundamento de todas las religiones y de todas las ciencias, la idea primitiva e inmutable de las cosas; un triple triángulo y un círculo, la idea del ternario, explicada por la balanza y multiplicada por sí misma en el dominio de lo ideal, después la realización de esta idea en las formas. Ahora bien, los antiguos ligaron las primeras nociones de esta sencilla y grandiosa teología, a la idea misma de los números, y calificaron así todas las cifras de la primera década.

1 *Keter*. —La corona, el poder equilibrador.

2 *Chomach*. —La sabiduría, equilibrada en su orden inmutable por la iniciativa de la inteligencia.

3 *Binah*. —La inteligencia activa, equilibrada por la sabiduría.

4 *Chesed*. —La misericordia, segunda concepción de la sabiduría, siempre bienhechora, porque es fuerte.

5 *Geburah*. —El rigor necesitado por la misma sabiduría y por la bondad. Sufrir el mal es impedir el bien.

6 *Thipereth*. —La belleza, concepción luminosa del equilibrio en las formas, el intermediario entre la corona y el reino, el principio mediador entre el creador y la creación. (¡Qué sublime idea encontramos aquí de la poesía y de su soberano sacerdocio!)

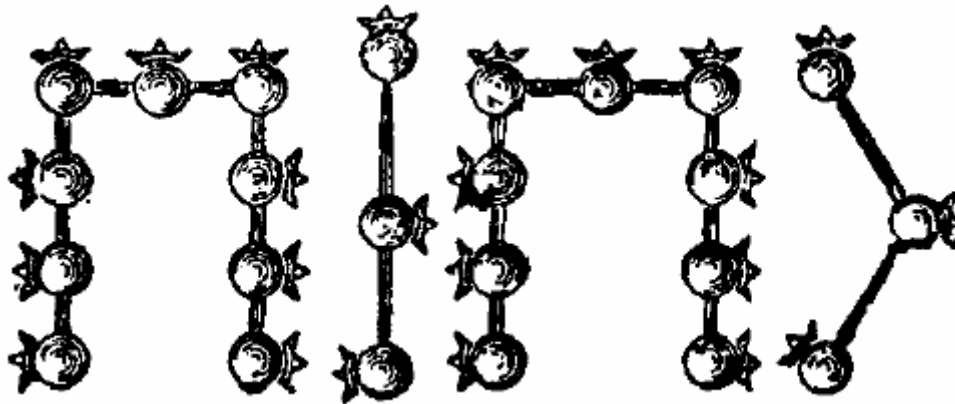
7 *Netsah*. —La victoria, es decir, el triunfo eterno de la inteligencia y de la justicia.

8 *Hod*. —La eternidad de las victorias del espíritu sobre la materia, de lo activo sobre lo pasivo, de la vida sobre la muerte.

9 *Jesod*. —El fundamento, es decir, la base de toda creencia y de toda verdad, que es lo que nosotros llamamos en filosofía lo *absoluto*.

10. *Malchut* o *Malkout*. —El reino es el universo, es toda la creación, la obra y el espejo de Dios, la prueba de la razón suprema, la consecuencia formal que nos fuerza a ascender alas premisas virtuales, al enigma cuya palabra es Dios, es decir, razón suprema y absoluta.

Estas diez primeras nociones unidas a los diez primeros caracteres del alfabeto primitivo, significando a la vez principios y nombres, son lo que los maestros de la cábala llaman las diez sefirot.



El tetragramatón sagrado, trazado de esta manera indica el número, el manantial y la relación de los nombres divinos. Es el nombre de *Iotchavah*, escrito con esos veinticuatro signos coronados de un triple florón de luz, a los que hay que referir los veinticuatro tronos del cielo y los veinticuatro ancianos coronados del Apocalipsis. En cábala, el principio oculto, se llama el anciano, y este principio multiplicado y como reflejado en las causas segundas crea sus imágenes, es decir, tantos ancianos como hay de concepciones diversas de su única esencia. Estas imágenes, menos perfectas al alejarse de su manantial, lanzan a las tinieblas un último reflejo, o un postrer resplandor que representa a un anciano horrible y desfigurado; es lo que se llama vulgarmente el diablo. Así, un iniciado ha osado decir: «El diablo es Dios comprendido por los malvados.» Y otro, en términos más extraños, pero no menos enérgicos; ha agregado: «El diablo está formado de jirones de Dios.» Nosotros podríamos resumir y explicar estas aserciones tan nuevas, haciendo advertir que en el propio simbolismo, el demonio es un ángel caído por haber querido usurpar la divinidad. Esto pertenece al lenguaje alegórico de los profetas y de los autores de leyendas. Filosóficamente hablando, el diablo es una idea humana de la divinidad sobrepasada y desposeída del cielo por el progreso de la ciencia y de la razón. Moloch, Adramelek, Baal, han sido entre los orientales primitivos, las personificaciones del Dios único, deshonradas por los bárbaros

atributos. El dios de los jansenistas creando para el infierno a la mayoría de los humanos, y complaciéndose en las torturas eternas de aquellos a quienes no ha querido salvar, es una concepción todavía más brutal que la de Moloch así, el dios de los jansenistas, es ya para los cristianos prudentes e instruidos, un verdadero Satanás caído del cielo.

Los cabalistas, multiplicando los nombres divinos, los han ligado todos, o a la unidad del tetragrámaton, o a la figura del ternario, o a la escala sefírica de la década, trazando así la escala de los nombres y de los números divinos:

Triángulo que puede traducirse así en letras romanas.

J
JA
SDI
JEHV
ELOIM
SABAOT
ARARITA
EL V EDAAT
ELIM GIBOR
ELIM SABAOT

El conjunto de todos estos nombres divinos formados del único tetragrámaton, pero fuera del propio tetragrámaton, es una de las bases del Ritual hebreo y compone la fuerza oculta que los rabinos cabalistas invocan con el nombre de *Semhamphoras*. Vamos a hablar aquí de los *Tarots*, desde el punto de vista cabalístico. Ya hemos indicado el origen oculto de su nombre. Este libro jeroglífico se compone de un alfabeto cabalístico y de una rueda o círculo de cuadro décadas, especificadas por cuatro figuras progresivas representando a la humanidad: hombre, mujer, joven y anciano; amo, ama, combatiente y pechero. Las veintidós figuras del alfabeto representan primeramente los trece dogmas, y después, las nueve creencias autorizadas de la religión hebráica, religión fuerte y fundada sobre la más elevada razón.

He aquí la clave religiosa y cabalística del Tarot, manifestada en versos técnicos a la manera de los antiguos legisladores:

- 1 ♣ Todo anuncia una causa activa, inteligente.
- 2 ♠ El número sirve de prueba a la unidad viviente.
- 3 ♠ Nada puede limitar a lo que contiene el todo.
- 4 ♠ Único, antes de todo principio, está presente en todas partes.
- 5 ♠ Como es el único dueño, es el único adorable.
- 6 ♠ Revela a los corazones puros su dogma verdadero.
- 7 ♠ Pero es preciso un jefe único a las obras de la fe.
- 8 ♠ Por esta razón no tenemos más que un altar y una ley.
- 9 ♠ Y nunca el eterno cambiará la base.
- 10 ♠ De los cielos y de nuestros días rige cada fase.
- 11 ♠ Rico en misericordia y poderoso para castigar.
- 12 ♠ Promete a su pueblo un rey en el porvenir.
- 13 ♠ La tumba es el paso a una nueva tierra, ¡a muerte termina, la vida es inmortal

Tales son los dogmas puros, inmutables, sagrados; completos, ahora, los números reverenciados

14 ♀ El buen ángel es aquel que calma y atempera.

15 ♂ El malo es el espíritu del orgullo y de la cólera.

16 ☿ Dios manda en el rayo y gobierna el fuego.

17 ♀ Vesper' y sus resplandores obedecen a Dios.

18 ♀ Coloca sobre nuestras torres de centinela a la luna.

19 ☼ Su sol es el manantial en donde todo se renueva.

20 ☼ Su aliento hace germinar el polvo de las tumbas.

0 { A donde los mortales sin freno descienden en rebaños.

21

21

0 { Su corona ha cubierto la propiciatoria y sobre los querubines
hace resplandecer su gloria.

22

Con la ayuda de esta explicación, puramente dogmática, se pueden comprender las figuras del alfabeto cabalístico del Tarot. Así, la figura número 1, llamada el Batelero(o el Mago), representa el principio activo en la unidad de la autotelía divina y humana; la núm. 2, llamado vulgarmente la *Papisa*, representa la unidad dogmática fundada en los números; es la Cábala o la Gnosis personificada; la núm. 3, representa la Espiritualidad divina bajo el emblema de una mujer alada, que sostiene en una mano el águila apocalíptica y en la otra el mundo suspendido por el extremo de su cetro. Las demás figuras están tan claras y son tan explicables como las primeras.

Pasemos ahora a los cuatro signos, es decir, a los Bastos, Copas, Espadas y a los Círculos o Pantáculos, llamados vulgarmente Oros. Estas figuras son los jeroglíficos del tetragrama; así el Basto, es el *Phalus* de los egipcios o el *Jod* de los hebreos; la Copa es el *Cteis* o la *He*, primitiva; la Espada es la conjunción dedos o *elLingan*, figurado en el hebreo anterior ala cautividad por la *Vau*; y el Circulo o Pantáculo, imagen del mundo, es la *He* final del nombre divino.

Ahora, tomemos un Tarot y reunamos cuatro a cuatro todas las páginas que forma la Rueda o Rota de Guillaume Postel; coloquemos juntos los cuatro ases, los cuatro doces, etc., y tendremos diez paquetes de cartas que dan la explicación jeroglífica del triángulo de los nombres divinos en la escala del denario que hemos publicado más atrás. Se podrá, pues, leerlas así refinando cada número a la Sefirot correspondiente:

1 Lucero vespertino

ידיה

Cuatro signos del nombre que contiene todos los nombres.

1.-KETER

Los cuatro ases

La corona de Dios lleva cuatro florones.

2.—CHOCMAH

Los cuatro doses

La sabiduría se esparce y forma cuatro ríos.

3.-BINAH

Los cuatro treses

De su inteligencia da cuatro pruebas.

4.-CHESED

Los cuatro cuatros

De la misericordia resultan cuatro beneficios.

5.—GERURAH

Los cuatro cincos

Su rigor castiga cuatro veces otros tantos crímenes enormes.

6.-TIPHERET

Los cuatro seises

Por cuatro rayos puros se revela su belleza

7.- NETSATH

Los cuatro sietes

Celebremos cuatro veces su eterna victoria.

8.—HoD

Los cuatro ochos

Cuatro veces triunfa en su eternidad.

9.—IESOD

Los cuatro nueves

Sobre cuatro fundamentos está basado su trono.

10.—MALCHUT

Los cuatro dieces

Su único reinado es cuatro veces el mismo.

Y conforme a los florones de la divina diadema.

Se ve por este arreglo tan sencillo cabalístico de cada lámina. Así, por ejemplo, el cinco de bastos significa rigurosamente Geburah de Jod, es decir, justicia del creador o cólera del hombre; el siete de copas significa victoria de la misericordia o triunfo de la mujer; el ocho de espadas significa conflicto o equilibrio eterno; y así sucesivamente. También puede comprenderse cómo se valían los antiguos para hacer hablar a este oráculo.

Tiradas las láminas al azar, ofrecen siempre un sentido cabalístico nuevo, pero rigurosamente verídico en su combinación, que sólo era fortuita; y con la fe de los antiguos no confiaba nada al azar, leían las respuestas de la Providencia en los oráculos del Tarot, que se llamaba entre los hebreos Theraph o Theraphims, como lo presento el primer sabio cabalista Gaffaret, uno de los magos titulares del cardenal Richelieu. Cuanto a las figuras, he aquí un último dístico para explicarlas:

REY, REINA, CABALLERO, SOTA

Esposo, hombre joven, niño, toda la humanidad

Por estos cuatro escalones se remonta a la unidad

Ya publicaremos al final del Ritual otros detalles y documentos completos sobre el maravilloso libro del Tarot, y demostraremos que es el primitivo, la clave de todas las potencias y de todos los dogmas, y, en una palabra, el libro inspirador de libros, inspirados, cosa que no presintieron ni Court de Gebelin en su ciencia, ni Alliette o Etteilla en sus singulares intuiciones.

Las diez sefirot y los veintidós tarots, forman lo que los cabalistas llaman las treinta y dos vías de la ciencia absoluta. Cuanto a las ciencias particulares, las dividen en cincuenta capítulos a los que llaman las cincuenta puertas (sabido es, que puerta significa gobierno o autoridad entre los orientes).

Los Rabinos dividen también la Cábala en Bereschit, o Génesis universal y en Mercavah, o carro de Ezéquiél. De las dos maneras de interpretar los alfabetos cabalísticos forman dos ciencias denominadas: la **Gemarría** y la **Temurah**, y componen el arte notorio, que no es otra cosa en el fondo que la ciencia completa de los signos del Tarot y su aplicación compleja y variada en la adivinación de todos los secretos, sea de la filosofía, sea de la Naturaleza o sea también el porvenir.

Volveremos a hablar de esto en el capítulo XX de esta obra.

11 ➤ L

LA CADENA MAGICA

Manus - La fuerza

El gran agente mágico que hemos llamado luz astral. que otros llaman el alma de la tierra, los antiguos alquimistas denominaban Azoe y Magnesio, esa fuerza oculta, única e incontestable la llave de todos los imperios, el secreto de todos los poderes, es el dragon volador de Medea, la serpiente del misterio Edénico; es el espejo universal de las visiones, el nudo de las simpatías, el manantial de amores, de la profecía y de la gloria. Saber apoderarse de ese agente, es ser depositario del mismo poder de Dios; toda la magia real, efectiva, todo el verdadero poder oculto, está en esto, y todos los libros de la verdadera ciencia no tienen otro fin que el de demostrarlo.

Para apoderarse del gran agente mágico son necesarias dos operaciones: concentrar y proyectar, o en otros términos, fijar y mover.

El autor de todas las cosas ha dado como base y como garantía al movimiento la fijeza: el mago debe operar en la misma forma.

El entusiasmo es contagioso, se dice. ¿Por qué? Porque el entusiasmo no se produce sin creencias arraigadas. La fe, produce la fe; creer es tener una razón de querer; querer con razón, es querer con fuerza, yo no diré que infinita, pero si indefinida.

Lo que se opera en el mundo moral e intelectual se verifica con mayor motivo en el físico; cuando Arquímedes solicitaba un punto de apoyo para levantar el mundo, buscaba simplemente el gran arcano mágico.

Sobre uno de los brazos del andrógino de Heinrich Khunrath se lee esta palabra: COAGULA y sobre el otro: SOLVE.

Reunir y repartir son los dos verbos de la Naturaleza; pero ¿cómo reunir, acumular, y cómo repartir la luz astral o el alma del mundo?’

Se reúne o acumula por el aislamiento y se reparte por medio de la cadena mágica.

El aislamiento consiste para el pensamiento, en una independencia absoluta; para el corazón, en una libertad completa; para los sentidos, en una continencia perfecta:

Todo individuo que tiene prejuicios y temores; todo hombre apasionado y esclavo de sus pasiones, es incapaz de acumular o de coagular, según la expresión de Khunrath, la luz astral o el alma de la tierra.

Todos los verdaderos adeptos han sido independientes hasta el suplicio; sobrios y castos hasta la muerte, y la razón de esta anomalía es que, para disponer de una fuerza, no hay que ser presa de esa misma fuerza en forma, que sea ella la que dispone de vosotros.

Pero entonces, exclamarán los hombres que busquen en la magia un medio de contestar maravillosamente los anhelos de la naturaleza, ¿de qué sirve un poder del que no puede uno usar para su satisfacción? ¡Pobres de las gentes que lo solicitan! Si yo os lo dijera, ¿cómo lo comprenderíais? ¿No son’ nada las perlas porque no tengan valor alguno para las huestes de Epicuro? ¿No encontraba Curtius más hermoso mandar a los que tenían mucho orn que poseerlo él? ¿No es preciso ser algo más que un hombre ordinario cuando se tiene la pretensión de ser casi un Dios? Por lo demás, yo lamento el afligiros o desanimaros, pero yç no invento aquí las elevadas ciencias; las enseño y hago constar las rigurosas necesidades al sentar sus primeras y más inexorables condiciones.

Pitágoras era un hombre libre, sobrio y casto; Apolonio de Tiana, Julio César, fueron hombres de una asombrosa austeridad; Paracelso hacía dudar de su sexo, tan extraño era

alas debilidades amorosas; Raimond Llull llevaba los rigores de la vida hasta el más exaltado ascetismo; Jérôme Cardafi exagera la práctica del ayuno hasta el punto de morir de hambre si ha de creerse a la tradición; Agrippa, pobre y recorriendo el mundo de pueblo en pueblo, murió casi la miseria, antes de sufrir los caprichos de una princesa que insultaba a la libertad de la ciencia. ¿Cuál ha sido, pues, la dicha de estos hombres? La inteligencia de los grandes secretos y la conciencia del poder. Era lo suficiente para esas grandes almas. ¿Es preciso ser como ellos para saber lo que han sabido? No, ciertamente, y este libro que escribo es quizá la prueba; mas, para hacer lo que ellos hicieran, es absolutamente necesario tomar los medios que ellos tomaron. Pero, realmente, ¿qué es lo que han hecho? Han asombrado y subyugado al mundo, han reinado más efectivamente que los reyes. La magia es un instrumento de bondad divina o de diabólico orgullo, pero es la muerte de las alegrías de la tierra y de los placeres de la vida mortal.

—Entonces, ¿para qué estudiar? —dirán los vividores.

—Pues, sencillamente, para conocerla, y después también para aprender a deshacerse de la incredulidad estúpida o de la credulidad pueril. Hombres de placer (y como mitad de esos hombres, cuento también a las mujeres), ¿no es un placer muy grande el de la curiosidad satisfecha? Leed, pues, sin temor, que no llegaréis a ser magos, a pesar vuestro.

Además, estas disposiciones de renunciación absoluta no son necesarias más que para establecer las corrientes universales y cambiar la paz del mundo; hay operaciones mágicas relativas y limitadas a un determinado círculo de acción, para las que no son necesarias tan heroicas virtudes. Puede obrarse sobre las pasiones por medio de las pasiones, determinarlas simpatías o las antipatías, hacer enfermar o curar, sin poseer el todo poderío del mago; es preciso únicamente prevenirse del riesgo que puede correrse en una reacción proporcionada a la acción y de la que fácilmente podría convertirse en víctima. Todo esto se explicará en el Ritual.

Formar la cadena mágica es establecer una corriente magnética, que será más y más fuerte en razón a la extensión de la misma. Veremos en el *Ritual* cómo estas corrientes pueden producirse y cuáles son las diversas maneras de formar la cadena. La cubeta de Mesmer era una cadena mágica bastante imperfecta; muchos grandes círculos de iluminados, en diferentes países del norte, han sido cadenas más poderosas. La misma sociedad de ciertos sacerdotes católicos, célebres por su poder oculto y su impopularidad, estaba establecida sobre el plan, y siguiendo las condiciones de las cadenas mágicas más poderosas, siendo éste el secreto de su fuerza, que ellos atribuyen exclusivamente a la gracia o a la voluntad de Dios, solución vulgar y fácil de todos los problemas de fuerza en influencia o en arrastramiento. Ya podrá apreciarse en nuestro *Ritual* la serie de ceremonias y de evocaciones, verdaderamente mágicas, que componen la gran obra de la vocación, bajo el nombre de ejercicios de San Ignacio. Todo entusiasmo propagado en una sociedad por consecuencias de comunicaciones y de prácticas convenidas, produce una corriente magnética y se conserva o se aumenta por la corriente. La acción de la corriente es arrastrar y exaltar a las personas impresionables y débiles, a las organizaciones nerviosas, a los temperamentos dispuestos al histerismo, o a las alucinaciones. Estas personas se hacen pronto poderosos vehículos de la fuerza mágica y proyectan con fuerza la luz astral en la misma dirección de la corriente; oponerse entonces alas manifestaciones de la fuerza, sería, de algún modo, combatir la

fatalidad. Cuando el joven fariseo Saul o Schol vino a arrojar, con todo el fanatismo y la testarudez de un sectario contra el cristianismo invasor, se colocaba a sí mismo, y a despecho suyo, a merced del poder que creía combatir; así fue fulminado por un relámpago magnético, realizado más instantáneamente por el efecto combinado de una congestión cerebral y de una insolación.

La conversación del joven israelita Alfonso de Ratisbonna, es un hecho contemporáneo de idéntica naturaleza. Nosotros conocemos una secta de entusiastas a quienes se les oye reír a distancia y de cuya risa se contagia uno sin poder remediarlo ni aun combatirla. Diré más; diré que los círculos mágicos y las corrientes magnéticas, se establecen por sí mismas, e influyen siguiendo las leyes fatales, a aquellos que se someten a su acción.

Cada uno de nosotros está a traído hacia un círculo de relaciones, que en su mundo y del que sufre la influencia. Jean-Jacques Rousseau, ese legislador de la revolución francesa, ese hombre en quien la nación más espiritual del mundo acepta como la encarnación de la razón humana, fue arrastrado a la más triste acción de su vida, al abandono de sus hijos, por la influencia magnética de un círculo de libertinos y por una corriente mágica de mesa de hotel.

Lo refiere sencilla e ingenuamente en sus *Confesiones*, y es un hecho en que nadie ha reparado. Son los grandes círculos los que forman los grandes hombres y recíprocamente. No hay en ellos genios incomprensidos; hay sí, hombres *excéntricos* y la palabra parece haber sido inventada por un adepto. El hombre excéntrico en genio, es aquel que trata de formarse un círculo luchando contra la fuerza de atracción central de las cadenas y de las corrientes establecidas.

Su destino es ser vencido en lucha o triunfar. ¿Cuál es la doble condición del éxito es semejante caso? Un punto central de fijeza y una acción circular perseverante de iniciativa. El hombre de genio es aquel que ha descubierto una ley real y que, por consecuencia, posee una fuerza invencible de acción y de dirección. Puede morir en la obra; pero lo que ha querido se cumple a pesar de su muerte; porque la muerte es una verdadera asunción para el genio. Cuando yo me eleve de la tierra -decía el más grande de los iniciadores— yo lo arrastraré todo tras de mí.

La ley de las corrientes magnéticas es la del movimiento mismo de la luz astral. Este movimiento es siempre doble y se multiplica en sentido contrario. Una grande acción prepara siempre una reacción igual y el secreto de los grandes éxitos está todo él en la presciencia de las reacciones. Así es como Chateaubriand, inspirado por el disgusto de las saturnales revolucionarias, presintió y preparó el inmenso éxito de su *Genio del Cristianismo*.

Oponerse a una corriente que comienza su círculo, es querer ser quebrantado, como lo fue el grande e infortunado Emperador Juliano; oponerse a la corriente que ha recorrido todo el círculo de su acción, es tomar la cabeza de la corriente contraria. El gran hombre es aquel que llega a tiempo y que sabe innovar oportunamente.

Voltaire, en tiempo de los apóstoles, no hubiera encontrado eco a sus palabras, y no habría sido, quizá, más que un parásito ingenioso de los festines de Trimalcyon.

En la época en que vivimos todo está preparado para una nueva explosión de entusiasmo evangélico y de desinterés cristiano, precisamente a causa del desencadenamiento universal, del positivismo egoísta y del público cinismo con que se ostentan los más groseros intereses. El éxito de ciertos libros y las tendencias místicas

de los espíritus, son síntomas nada equívocos de esta predisposición general. Se restauran los viejos templos y se edifican otros nuevos; cuanto más se siente el vacío de creencias, con más ahínco se espera; el mundo entero espera, una vez más al Mesías, que no puede tardar en venir.

Que se encuentre, por ejemplo, un hombre colocado en una elevada posición por su rango o por su fortuna, un papa, un rey o un judío millonario, y que ese hombre sacrifique pública y solemnemente todos sus intereses materiales a la salvación de la humanidad, que se haga el redentor de los pobres, el propagador y aun la víctima de doctrinas de abnegación y de caridad; y se formará a su alrededor un concurso inmenso, y se producirá una completa conmoción en el mundo.

Pero la elevada posición del personaje es, ante todo, necesaria, porque es nuestros tiempos de miseria y de charlatanismo, todo verbo que proceda de las bajas capas sociales, viene ya con el sello de sospecha, de una ambición desmedida y de un interés engañoso. Vosotros que no sois nadie y que no tenéis nada, no esperéis ser ni apóstoles ni Mesías. Tenéis fe y queréis proceder en razón de vuestra fe, llegad, primero, a los medios de acción, que son: la influencia del rango y del prestigio de la fortuna. En otras épocas se hacía el oro con la ciencia; hoy día es preciso rehacer la ciencia con el oro. Se fijó lo volátil, es precioso volatilizar lo fijo; en otros términos; se ha materializado el espíritu, ahora es necesario llegar a espiritualizar la materia. La palabra más sublime no tiene eco en nuestros días, si no se produce bajo la garantía de un nombre, es decir, de un éxito que representa un valor material. ¿Cuánto vale un manuscrito? Lo que vale en librería la firma del autor. La razón social Alejandro Dumas y Compañía, por ejemplo, representa una de las garantías literarias de nuestra época; pero la casa Dumas no vale más que por sus productos habituales, las novelas. Que Dumas encuentre una magnífica utopía o una solución admirable al problema religioso, y no se considerarán esos descubrimientos más que como caprichos divertidos del novelista y nadie los tomará en serio, a pesar de la celebridad Europea del Panurgo de la literatura moderna. Estamos en el siglo de las posiciones adquiridas; cada cual vale en razón a los que representa social y comercialmente hablando. La ilimitada libertad de la palabra ha producido tal conflicto de discursos, que ya hoy día nadie dice: «¿Qué dicen?» sino: «¿Qué ha dicho ese?» si es Rothschild, o S. S. Pío IX o aun Monseñor Dupanloup, es alguna cosa. Si es Tartempión, que fue, por lo demás (lo que es posible después de todo) un prodigio, todavía ignorado, de genio, de ciencia y de buen sentido, no es nada.

A aquello que me dijeran: ¿Si posees el secreto de los grandes éxitos y de la fuerza que puede cambiar el mundo, por qué no te sirves de ella? Yo le respondería Esta ciencia la he adquirido demasiado tarde para mí mismo, y he perdido en adquirirla el tiempo y los recursos que quizá me hubiera puesto en situación de hacer el uso debido; pero lo ofrezco a aquellos que están en posición apta para hacerlo. Hombres ilustres, ricos, grandes del mundo, que no estáis satisfechos con lo que tenéis y con lo que sois, y que sentís dentro de vuestro corazón una ambición más notable y más amplia, ¿queréis ser los padres de un mundo nuevo y los reyes de una civilización rejuvenecida? Un sabio, pobre y oscuro, ha encontrado la palanca de Arquímedes y os la ofrece para el solo bien de la humanidad y sin pedir nada en cambio.

Los fenómenos que últimamente han agitado a América y a Europa, a propósito de las mesas parlantes y de las manifestaciones fluidicas, no son otra cosa que corrientes magnéticas, que comienzan a formarse, y las solicitaciones de la naturaleza, que nos

invita, para la salvación de la humanidad, a reconstruir grandes cadenas simpáticas y religiosas. Efectivamente, el estancamiento de la luz astral sería la muerte del género humano, y las torpezas de ese agente secreto se han manifestado ya por espantosos síntomas de descomposición y de muerte. El cólera morbo, por ejemplo, las epidemias de las patatas y de la uva no obedecen a otra causa, como lo han, oscura y simbólicamente, visto en sueños los dos pastorcillos de la Salette.

La inesperada fe que ha encontrado su relato y el concurso inmenso de peregrinos determinado por un relato tan singular como vago, cual es el de dos niños sin instrucción y casi sin moralidad, son pruebas de la realidad magnética del hecho, y de la tendencia fluídica de la misma tierra a operar la curación de sus habitantes.

La supersticiones son instintivas, y todo lo que es instinto tiene una razón de ser en la naturaleza misma de las cosas; es en esto en lo que los escépticos no han reflexionado todavía poco ni mucho.

Nosotros atribuimos, pues, todos los hechos extraños del movimiento de las mesas al agente magnético universal, que busca una cadena de entusiasmo para formar nuevas corrientes. Es una fuerza ciega, por sí misma, pero que puede ser dirigida por la voluntad de los hombres y que está influenciada por las opiniones circulantes.

Este fluido universal, si se quiere que sea fluido, siendo el medio común de todos los organismos nerviosos y el vehículo de todas las vibraciones sensitivas, establece entre las personas impresionables una verdadera solidaridad física, y transmite de las unas alas otras impresiones de la imaginación y del pensamiento. El movimiento de la cosa inerte, determinado por las ondulaciones del agente universal, obedece a la impresión dominante y reproduce en sus revelaciones, tan pronto toda la lucidez de los más maravillosos ensueños, tan pronto toda la extravagancia y toda la falacia de los sueños más incoherentes y más vagos.

Los golpes dados sobre los muebles; la agitación ruidosa de las vajillas; los instrumentos de música sonando por sí mismos son ilusiones producidas por las mismas causas. Los milagros de los convulsionarios de San Medardo, eran del mismo orden y parecían con frecuencia interrumpir las leyes de la naturaleza. Exageración, por una parte, producida por la fascinación, que es la embriaguez, ocasionada por las congestiones de luz astral, y de la otra, oscilaciones o movimientos reales impresos a la materia inerte por el agente universal y sutil del movimiento y de la vida; he aquí todo lo que hay en el fondo de esas cosas tan maravillosas, como podrían fácilmente convencerse reproduciendo a voluntad, por los medios indicados en el *Ritual*, los más asombrados de esos prodigios, y comprobar sin dificultad la ausencia de superchería, de alucinación o de error.

Me ha ocurrido muchas veces, después de haber realizado experiencias de cadena mágica, hechas con personas sin buena intención y sin simpatías, de verme despertado, preso de un sobresalto, durante la noche, y víctima de impresiones y contactos verdaderamente horribles; una noche, entre otras, sentí la presión de una mano que me estrangulaba; me levanté, encendí la lámpara y me puse tranquilamente a trabajar para utilizar mi insomnio y desviar las fantasías del sueño. Entonces, los libros se desplazaban cerca de mí, ruidosamente; las maderas crujían con estrépito, como si fueran a romperse, y golpes continuados y sordos resonaban en el techo, en el suelo y en las paredes. Yo observaba con curiosidad, pero tranquilamente, todos estos fenómenos, que no serían menos maravillosos si solamente mi imaginación hiciera los gastos, tanto había de realidad en sus apariencias. Como acabo de decir, no me sentía en forma

alguna atemorizado, y me ocupaba en aquel momento de otra cosa que no eran ciertamente ciencias ocultas.

Fue por la repetición de estos hechos por lo que intenté experiencias de evocación, con la ayuda del ceremonial mágico de los antiguos, obteniendo resultados verdaderamente extraordinarios, que haré constar en el capítulo decimotercero de este libro.

12 ♀ M
LA GRAN OBRA
Discite - Crux

La gran obra es, ante todo, la creación del hombre por sí mismo, es decir, la conquista, plena y completa, que hace de sus facultades y de su porvenir; es, especialmente, la emancipación perfecta de su voluntad que le asegura el imperio universal del ázoe y el dominio de la magnesia, es decir, un pleno poder sobre el agente mágico universal. Este agente mágico, que los antiguos filósofos herméticos disfrazaron bajo el nombre de materia primera determina las formas de la sustancia modificable, y puede, realmente por su medio, llegar a la transmutación metálica y a la medicina universal. Esto no es una hipótesis; es un hecho científico ya rigurosamente aprobado y perfectamente demostrable.

Nicholas Flamel y Ramon Liull, pobres ambos, distribuyeron de un modo evidente, inmensas riquezas.

Agrippa no llegó nunca más que a la primera parte de la gran obra y murió penosamente, luchando para poseerse únicamente y fijar su independencia.

Existen, por consiguiente, dos operaciones herméticas: la una espiritual y la otra material y dependientes de la una de la otra.

Toda la ciencia hermética está contenida en el dogma de Hermes, primitivamente grabado, según dicen, sobre una esmeralda. Ya hemos explicado los primeros artículos; he aquí los que se refieren ala operación de la gran obra.

«Tú separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, con gran industria.

»Sube de la tierra al cielo, y de rechazo desciende a la tierra, y recibe la fuerza de las cosas superiores e inferiores.

»Tú tendrás, por ese medio, la gloria de todo el mundo y por eso toda oscuridad huirá de ti.

»Es la fuerza fuente de toda fuerza, porque ella vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida.

»Así ha sido creado el mundo.»

Separar lo sutil de lo espeso, en la primera operación, que es puramente interna, es franquear su alma de todo prejuicio y de todo vicio; loque se hace con el uso de la sal filosófica, es decir, de la sabiduría; del mercurio, es decir, de la habilidad personal y del trabajo, y, por último, del azufre, que representa la energía vital y el calor de las voluntades. Se arriba por este medio a cambiar en oro espiritual, desde las cosas menos preciosas, hasta las inmundicias de la tierra.

En este sentido es como hay que admitir las parábolas de la gran turba de filósofos, de Bernardo el Trevisano, de Basilio Valentmn, de María la Egipciaca y de otros profetas de la alquimia; pero, en sus obras como en la gran obra, es preciso separar hábilmente lo sutil de lo espeso, lo místico de lo positivo, la alegoría de la teoría. Si se quiere leerlos con placer e inteligencia, es necesario, ante todo, entenderlos alegóricamente por completo,

para después descender de las alegorías a las realidades por la vía de las correspondencias o analogías indicadas en el dogma único.

Lo que está arriba es como lo que está abajo y recíprocamente.

La palabra ART invertida, o leída en la forma que se leían las escrituras sagradas y

primitivas, es decir, de derecha a izquierda, manifiesta por esas tres iniciales los diferentes grados de la gran obra: T, significa ternario, teoría trabajo; R, realización; A, adaptación. En el 12 capítulo del *Ritual*, daremos la receta de los grandes maestros para la adaptación, y, especialmente, la contenida en la fortaleza hermética de Henri Khunrath.

Pero recomendamos a las investigaciones de nuestros lectores un admirable tratado atribuido a Hermes Trismegisto y que lleva por título *Minerva Mundi*.

Este tratado se encuentra únicamente en algunas ediciones de Hermes y contiene, bajo alegorías llenas de poesías y de profundidad, el dogma de la creación de los seres por sí mismos, o de la ley de creación que resulta del acuerdo de los fuerzas, de aquellas que los alquimistas llamaban lo fijo y lo volátil, y que son, en lo absoluto la necesidad y la libertad. Allí se explica la diversidad de formas repartidas en la Naturaleza por la diversidad de espíritus y las monstruosidades por la divergencia de los esfuerzos. La lectura y la meditación de esta obra son indispensables a todos los adeptos que quieran profundizar los misterios de la Naturaleza y entregarse seriamente a la busca de la gran obra.

Cuando los maestros de la alquimia dicen que es preciso poco tiempo y poco dinero para realizar las obras de la ciencia; cuando, sobre todo, afirman que sólo un vaso es necesario; cuando hablan del grande y único atanor que todos pueden usar, que está al alcance de todo el mundo y que los hombres poseen sin saberlo, aluden a la alquimia filosófica y moral. En efecto, una voluntad fuerte y decidida puede llegar en poco tiempo a la independencia absoluta y todos nosotros poseemos el instrumento químico, el grande y único atanor que sirve para separar lo sutil de lo espeso y lo fijo de lo volátil. Este instrumento completo como el mundo y preciso como las matemáticas está designado por los sabios bajo el emblema del pentagrama o estrella de cinco puntas que es el signo absoluto de la inteligencia humana, Yo imitare a los sabios no nombándole; pero es demasiado fácil adivinarlo.⁸

La figura del Tarot, que corresponde a este capítulo, ha sido mal comprendida por Court de Gebelin y por Etteilla, quienes han creído ver únicamente un error cometido por un fabricante de cartas alemán. Esta figura representa a un hombre con las manos atadas detrás de la espalda, llevando dos sacos de dinero debajo de los brazos y colgado de un pie a un aparato compuesto de dos troncos de árbol, teniendo cada uno de ellos una raíz de seis ramas cortadas y de un travesaño, que completa la figura de la **TAU** hebrea _ las piernas del paciente están cruzadas, y sus codos forman un triángulo con su cabeza. Ahora bien, el triángulo sobremontado por una cruz, significa en alquimia el fin y la perfección de la gran obra, significación idéntica a la de la letra _ , , que es la última del alfabeto sagrado.

Es ahorcado es, pues, el adepto, ligado por sus compromisos, espiritualizado, con los pies dirigidos hacia el cielo; es también Prometeo, sufriendo con una tortura inmortal la pena de su glorioso vuelo.

⁸ Debe referirse al Cuerpo humano que con piernas y brazos abiertos mas la cabeza forma un pentagrama. Además se sabe que el cuerpo humano es un verdadero laboratorio químico y que las pasiones del hombre son resultado de la bioquímica.

Es, vulgarmente, Judas el traidor, y su suplicio amenaza a los reveladores de la gran obra. Por último, para los cabalistas judíos, ese ahorcado, que corresponde a su duodécimo dogma, el del prometido Mesías, es una protesta contra el Salvador reconocido por los cristianos, a quien parece todavía decir:

¿Cómo salvarías tú a los demás, si no has podido salvarte a ti mismo?

En el *Sepher-Toldos-Jeschu*, compilación rabínica anticristiana, se encuentra una singular parábola: Jeschu —dice el rabino autor de la leyenda— viajaba con Simón Barjona y Judas Iscariote. Llegaron tarde y fatigados a una casa aislada; tenían mucha hambre y no tenían que comer más que una gansa polla, muy pequeña y muy flaca. Era bastante poco para tres personas; repartirla, habría sido solamente aguijonear el hambre sin satisfacerla. Convinieron, pues, echarla a la suerte; pero como no podían contener el sueño, dijo Jesús: Vamos a dormir, mientras se prepara la cena; cuando nos despertemos, nos contaremos nuestros sueños, y aquel que haya obtenido el más hermoso ensueño, aquel se comerá solo la gansilla. Así se hizo. Durmieron y se despertaron. Yo—dijo San Pablo—he soñado que era el vicario de Dios. Yo —dijo Jesús— que era el mismo Dios. Y yo—repuso el hipócritamente Judas— he soñado que era sonámbulo y que me levantaba, descendía lentamente y retiraba la gansa del asador y me la comía. Después de esto descendieron al piso; pero la gansa había, efectivamente, desaparecido. Judas había soñado despierto.

Esta leyenda es una protesta del positivismo judío contra el misticismo cristiano. En efecto, en tanto que los creyentes se entregaban a hermosos sueños, el israelita proscrito, el Judas de la civilización cristiana trabajaba, vendía, hacía agiotajes y se enriquecía, apoderándose de las realidades de la vida presente, y se colocaba en situación de prestar medios de existencia a los mismo cultos que le habían durante tanto tiempo proscrito. Los antiguos adoradores del arca, fieles al culto del arca *del dinero*, tienen en la actualidad la Bolsa por templo, y es desde ella desde donde gobiernan el mundo cristiano. Judas puede, en efecto, felicitarse de no haber dormido como San Pedro.

En las antiguas escrituras, anteriores a la cautividad, la *Tau* hebrea tiene la figura de una cruz, lo que confirma, una vez más, nuestra interpretación de la duodécima lámina del Tarot cabalístico. La cruz, generadora de cuatro triángulos, es también el signo sagrado del duodenario, y los egipcios le llamaban por esto mismo la llave del cielo. Así, Etteilla, embarazado en sus largas investigaciones para conciliar las necesidades analógicas de la figura con su opinión personal (había sufrido en esto la influencia del sabio Court de Gebelin), ha colocado en la mano de su ahorcado vuelta, de laque ha hecho la prudencia, un caduceo hermético formado con dos serpientes y una *tau* griega. Puesto que había comprendido la necesidad de la tau o de la cruz en la duodécima página del libro de THOT; habría debido comprender el múltiple y magnífico símbolo del ahorcado hermético, el Prometeo de la ciencia, el hombre viviente que no toca la tierra más que con el pensamiento, y cuya base esta en el cielo, el adepto, libre y sacrificado el revelador, amenazado de muerte: la conjuración del judaísmo contra el Cristo, que parece ser una confesión involuntaria de la divinidad oculta del sacrificado, el signo, en fin, de la obra realizada, del cielo terminado, la Tau intermediaria, que resume, por primera vez ante el último denario, los signos del alfabeto sagrado.

13 N NIGROMANCIA

Exi psis - Mors

Ya hemos dicho que en la luz astral se encuentran las imágenes de las personas y de las cosas. Es también en esa luz en donde pueden evocarse las formas de aquellos que ya no están en nuestro mundo, y es por su medio como se verifican los misterios tan comprobados, como reales, de la nigromancia.

Los cabalistas que han hablado del mundo de los espíritus, han referido simplemente lo que han visto en sus evocaciones.

Eliphas Levi Zahed, que escribe este libro, ha evocado y ha visto.

Digamos primero lo que los maestros han escrito de sus visiones o de sus intuiciones en lo que ellos llaman *la luz de la gloria*.

Se lee en el libro hebreo *de la revolución de las almas*, que hay almas de tres clases: las hijas de Adán, las hijas de los ángeles y las hijas del pecado. Hay también, según el mismo libro, tres clases de espíritus, los espíritus cautivos, los errantes y los libres. Las almas son enviadas por parejas. Hay, por consiguiente, almas de hombres que nacen viudos, y cuyas esposas están retenidas como cautivas por Lilith y por Naemah, las reinas de las *Strigas*; estas son las almas que tienen que espiar la temeridad de un voto de celibato. Así, cuando un hombre renuncia el amor de las mujeres, hace esclava de los demonios de la perversidad a la esposa que le estaba destinada. Las almas crecen y se multiplican en el cielo, así como los cuerpos lo hacen en la tierra. Las almas inmaculadas son las hijas de los besos de los ángeles.

Nada puede entrar en el cielo que del cielo no proceda. Después de la muerte, el espíritu divino que animaba al hombre retorna sólo al cielo, y deja sobre la tierra y en la atmósfera dos cadáveres: el uno terrestre y elemental, y el otro aéreo y sideral; el uno inerte ya; el otro animado todavía por el movimiento universal del alma del mundo, pero destinado a morir lentamente, absorbido por las potencias astrales que le produjeron. El cadáver terrestre es visible; el otro es invisible a los ojos de los cuerpos terrestres y vivientes, y no puede ser apercibido más que por las aplicaciones de la luz astral al translucido, que comunica sus impresiones al sistema nervioso y afecta así al órgano de la vista hasta hacerse verlas formas que se han conservado y las palabras que están escritas en el libro de la luz vital.

Después de la muerte cuando un hombre ha vivido bien, el cadáver astral se evapora como una nube de incienso, subiendo hacia las regiones superiores, pero si el hombre ha vivido en el crimen, su cadáver astral le retiene prisionero, busca todavía los objetos de sus prisiones y quiere reanudar la vida. Atormenta los sueños de los jóvenes o se baña en el vapor de sangre esparcida y se arrastra por los alrededores de los sitios en donde transcurrieron los placeres de la vida: vela, aún, por los tesoros que dejó enterrados; se consume en dolorosos esfuerzos para construirse órganos materiales y vivir. Pero los astros le aspiran y le absorben; siente debilitarse su inteligencia, su memoria se pierde lentamente, todo su ser se disuelve... Los antiguos vicios se le aparecen y le persiguen bajo figuras monstruosas que le atacan y le devoran ... El desdichado pierde así sucesivamente todos los miembros que han servido para sus iniquidades; después muere por segunda vez y para siempre, porque pierde entonces su personalidad y su memoria.

Las almas que deben vivir pero que no están purificadas permanecen más o menos tiempo cautivas en el cadáver astral, en donde son quemados por la luz odica que trata de asimilárselas y disolverlas. Es para desprenderse de ese cadáver, como las almas que sufren entran algunas veces en los vivos y permanecen en un estado que los cabalistas llaman embrionante.

Estos son los cadáveres aéreos que evoca la nigromancia. Son larvas, sustancias muertas o moribundas, con las cuales se pone en relación; pueden ordinariamente hablar, pero nada más que con el tintineo de nuestros oídos percibido por el sacudimiento nervioso de que le he hablado, y no razonan, ordinariamente, sino reflejándose en nuestros pensamientos o en nuestros sueños.

Más, para ver estas extrañas *formas*, es necesario colocarse en un estado excepcional que tiene algo del sueño y de la muerte, es decir, que es preciso magnetizarse a sí mismo y llegar a una especie de sonambulismo lúcido y despierto.

La nigromancia obtiene, pues, resultados reales y las evocaciones de la magia pueden producir verdaderas visiones. Ya hemos dicho que en el gran agente mágico, que es la luz astral, se conservan todas las huellas de las cosas, todas las imágenes formadas, sea por los rayos, sea por los reflejos, es en esa luz donde se aparecen nuestros sueños, esa es la luz que embriaga a los alienados y arrastra su dormido juicio a la persecución de los más extraños fantasmas.

Para ver, sin ilusiones, en esa luz, es preciso apartar los reflejos por medio de una voluntad poderosa y atraer a sí nada más que los rayos. Soñar despierto, es ver en la luz astral; y las orgías del aquelarre, referidas por tantas y tantas brujas en sus juicios criminales, no se explican de otra manera. Con frecuencia, las sustancias y las preparaciones empleadas para llegar a ese resultado, eran horribles, como ya lo veremos en *el Ritual*; pero los resultados no eran nunca dudosos. Se veían, se escuchaban, se palpaban las cosas más abominables, más fantásticas y más imposibles. Ya volveremos sobre este asunto en nuestro capítulo XV; no nos ocuparemos aquí más que de la evocación de los muertos.

En la primavera del año 1854, me dirigí a Londres para escapar de penas internas y entregarme, sin distracción alguna, a la ciencia. Poseía cartas de presentación para personajes eminentes que estaban deseosos de revelaciones relativas al mundo sobrenatural.

Visité a varios y encontré en ellos, con mucha cortesía, un gran fondo de indiferencia o de ligereza. Lo único que solicitaron de mí fueron prodigios, ni más ni menos que si se tratara de un charlatán. Me encontraba un poco descorazonado, porque, a decir verdad, lejos de estar dispuesto a iniciar a los demás en los misterios de la magia ceremonial, había tenido siempre, por lo que a mí respecta, temor a las ilusiones ya las fatigas. Por otra parte, esta clase de ceremonias exige un material dispendioso y difícil de reunir.

Me encerré, pues, en el estudio de la alta cábala y no pensaba más en los adeptos ingleses, cuando un día al volver a mi hotel, encontré una nota dirigida a mí. Esta nota contenía la mitad de una carta cortada transversalmente y en cuyo frente reconocí en seguida el carácter del sello de Salomón, y un papel asaz pequeño en el cual estaba escrito con lápiz: «Mañana a las tres delante de la Abadía de Westminster, en donde se os presentará la otra mitad de esta carta». Fui a esta singular cita. Había un carruaje estacionado en la plaza.

Yo tenía, sin afectación, mi fragmento de carta en la mano; un doméstico se acercó

respetuosamente a mí y me hizo un signo abriéndome la portezuela del coche. Dentro de él había una señora vestida de negro y cuyo sombrero estaba, como el rostro, cubierto por un espeso velo. Esa señora me hizo señas de que subiera al carruaje, enseñándome la otra mitad de la carta que yo había recibido. La portezuela se cerró, el coche echó a andar y habiéndose la señora levantado el velo, puede ver que tenía que habérmelas con una persona de edad, de cejas grises y unos ojos extremadamente negros y vivos y de una esirafia fijeza Sir—.me dijo con un acento inglés muy pronunciado— yo sé que la ley del secreto es rigurosa entre los adeptos; una amiga de Sir B*** L***, que os ha visto, sabe que han solicitado de vos experiencias y que habéis rehusado satisfacer esa curiosidad. Quizá no poseáis las cosas necesarias; yo voy amostraros un gabinete mágico completo; pero solicito de vos, ante todo, el más inviolable secreto.

Si no me hacéis esa promesa, por vuestro honor, daré orden para que os conduzcan a vuestra casa. Hice la promesa que se me exigía y soy fiel a ella no diciendo ni el nombre, ni la jerarquía social, ni el domicilio de esa señora, en quien reconocí inmediatamente a una iniciada, no precisamente de primer orden, sino de un grado muy superior. Tuvimos muy largas y amplias conversaciones, durante las cuales ella insistió siempre en la necesidad de prácticas para completar la iniciación. Me enseñó una colección de trajes y de instrumentos mágicos y aun me prestó algunos libros raros de que yo carecía. Luego, me determinó a intentar en su casa la experiencia de una evocación completa, para la cual me preparé durante veintiún días observando escrupulosamente las prácticas indicadas en el decimotercer capítulo del **Ritual**. Mi preparación había terminado el 24 de julio. Se trataba de evocar el fantasma del divino Apollonius (Apolonio de Tiana) y de interrogarle acerca de los secretos; uno que me concernía a mí exclusivamente, y otro que interesaba a la dama en cuestión. Esta había contado al principio con asistir ala evocación acompañada de una persona de confianza; pero, a última hora; esa persona tuvo miedo, y como el temario o la unidad son rigurosamente requeridos para los ritos mágicos, me dejaron solo. El gabinete preparado para la evocación estaba practicado en una especie de altar con piedra de mármol blanco y rodeado de una cadena de hierro imantado.

Sobre el blanco mármol estaba grabado y dorado el signo del pentagrámaton, tal y como está representado en la siguiente figura; yen el mismo signo estaba trazado, en diversos colores, sobre una piel blanca de cordero, completamente nueva, que estaba extendida bajo el altar. En el centro de la mesa de mármol había un exahumerio de cobre con carbón de madera de émula y de laurel; otro exahumerio estaba colocado delante de mí sobre un trípode.

Yo estaba vestido con una túnica blanca, muy parecida al alba de los sacerdotes católicos, pero más amplia y más larga y llevaba en la cabeza una corona de hojas de verbena entrelazadas por una cadenilla de oro. En una mano tenía una espada nueva y en la otra el **Ritual**. Encendí los dos fuegos con las sustancias requeridas y preparadas y comencé, en voz baja primero, las invocaciones del **Ritual**.

El humo se extendió; las llamas hicieron vacilar los objetos que iluminaban y después se apagaron. El humo se elevaba blanco y lento sobre el altar de mármol y me pareció sentir una sacudida, como si fuera un temblor de tierra; sentía un tintineo en los oídos y mi corazón latía con fuerza.

Volví a echar algunas ramas y perfumes en los exahumerios, y cuando la llama se elevó,

vi claramente, delante del altar, una figura de hombre mayor de tamaño natural, que se descomponía y se borraba. Volví a comenzar las evocaciones y vine a colocarme en un círculo que había previamente trazado entre el altar y el trípode; vi entonces aclararse poco a poco el fondo del espejo que estaba enfrente de mí, detrás del altar y una forma blancuzca se dibujó en él, agrandándose y pareciendo acercarse poco a poco.

Llamé tres veces «~Apol1onius!» cerrando los ojos, y cuando los abrí, un hombre se hallaba frente a mí, envuelto por completo en una especie de sudario que me pareció ser gris más bien que blanco; su rostro era delgado, y estaba triste y sin barba, hecho que no correspondía en forma alguna con la idea que precisamente me había formado en un principio de Apolonio

Experimenté una sensación de frío extraordinaria, y cuando abrí la boca para interpelar al fantasma, me fue imposible articular un sonido. Puse entonces la mano sobre el signo del pentagramaton y dirigí hacia él la punta de la espada, ordenándole, mentalmente por ese signo, de no espantarme y de obedecerme.

Entonces la forma se hizo más confusa y desapareció de repente. Le ordené que volviera; entonces sentí pasar cerca de mí como un soplo, y que algo me había tocado en la mano que sustentaba la espada, sintiendo inmediatamente el brazo como entumecido hasta el hombro. Creí comprender que esa espada ofendía al espíritu y la hiqué por la punta dentro del círculo, cerca de mí.

La figura humana reapareció inmediatamente; pero sentí una debilidad tan grande en todos mis miembros y un desfallecimiento tan repentino que de mí se apoderaba, que di dos pasos para sentarme. En cuanto me senté, caí en una especie de profundo sopor , acompañado de ensueños, de los que no me quedaron, al despertarme, más que un recuerdo confuso y vago.

Tuve, durante muchos días, el brazo entumecido y dolorido. La figura no me había hablado, pero me parece que las preguntas que tenía que hacerle, se habían resuelto por sí mismas en mi espíritu. A la de la señora, una voz interior respondía en mí; Muerto. (Se trataba de un hombre de quien quería saber noticias.) En cuanto a mí, yo quería saber si el acercamiento y el perdón serían posibles entre dos personas en las que yo pensaba, y el mismo eco interior respondía implacablemente: ¡Muertas!

Refiero aquí los hechos tal y como han pasado; no los impongo a la fe de nadie. El efecto de esta experiencia, tuvo en mí algo extraordinario, algo inexplicable. Yo no era ya el mismo hombre; algo del otro mundo había pasado por mí; no estaba ni alegre, ni triste, pero experimentaba un encanto singular por la muerte, sin sentir, no obstante, ningún intento de recurrir al suicidio. Yo analizo cuidadosamente lo que experimenté, ya pesar de una repugnancia nerviosa muy vivamente sentida, reitiré dos veces, sólo con intervalo de algunos días, la misma prueba. El relato de los fenómenos que se produjeron difieren muy poco del que acabo de referir, y lo suprimo por no hacer demasiado extensa la narración. Pero, el resultado de estas otras dos evocaciones fue para mí la revelación de los secretos cabalísticos, que si fueran conocidos por todo el mundo cambiarían en poco tiempo las bases y las leyes de todas las sociedades modernas.

¿Concluiré de ello que he, realmente, evocado, visto y palpado al gran Apolonio de Tiana? No esto ni bastante alucinado para creerlo, ni so tan poco serio para afirmarlo. El efecto de las preparaciones, de los perfumes, de los espejos, de los pantáculos, es una verdadera embriaguez de la imaginación que debe obrar vivamente sobre una persona

de suyo impresionable y nerviosa. Yo no explico por qué leyes fisiológicas he visto y tocado; afirmo, únicamente, que he visto y he tocado; que he visto clara y distintamente, sin sueños, y esto basta para creer en la eficacia real de las ceremonias mágicas. Creo, por otra parte, peligrosa y nociva la práctica; la salud, sea moral, sea física, no resistiría a semejantes operaciones, si éstas se hicieran habituales. La dama de edad de que he hablado y de la que tuve después por qué quejarme, sería una prueba; porque a pesar de sus negaciones, yo no dudo que ella no tenga la costumbre de la nigromancia y de la goecia. A veces disparataba por completo, entregándose otras a insensatas cóleras, de las que apenas podía ella determinar la causa. Abandoné a Londres sin haberla vuelto a ver; pero cumpliré fielmente el compromiso que con ella contraí de no revelar a nadie, sea a quien fuere, nada que pueda darla a conocer o poner en la pista, de quién es por sus prácticas, a las cuales se entrega sin duda a espaldas de su familia, que es, por lo que supongo, bastante numerosa y ocupa una posición muy respetable.

Hay evocaciones de inteligencia, evocaciones de amor y evocaciones de odio; pero nada prueba que los espíritus abandonen las esferas superiores para conversar y entretenerse con nosotros, y lo contrario es aun mas probable, nosotros evocamos los recuerdos que ellos han dejado en la luz astral, que es el receptáculo comun del magnetismo universal. Es en esta luz donde el emperador Juliano vio en otro tiempo aparecer a los dioses, pero viejos, enfermos, decrepitos, nueva prueba de la influencia de las opiniones corrientes y acreditadas sobre los reflejos de ese mismo agente mágico, que hace hablar a las mesas y responde por golpes dados en las paredes. Después de la evocación de que acabo de hablar, he vuelto a leer con atención la vida de Apolonio, a quien los historiadores nos representan como un tipo ideal de belleza y de elegancia antigua. En ella he advertido también que Apolonio, en los postreros días de su vida, se cortó el pelo y sufrió largos tormentos en la prisión. Esta circunstancia, que yo había retenido, sin duda en otros tiempos, sin pensar en ella, después para acordarme, habrá determinado, quizá la forma, poco atractiva de mi visión, que yo considero únicamente como el sueño voluntario de un hombre despierto. He visto otras dos personas, que importa poco nombrar, y siempre diferentes, por su aspecto y por su traje, de lo que yo esperaba ver.

Recomiendo por los demás, la mayor reserva a las personas que quieran entregarse a este género de experiencias; resulta de ellas grandes fatigas y, aun con frecuencia, desórdenes orgánicos, bastante anormales, que pueden ocasionar enfermedades.

No terminaré este capítulo sin señalar en él la opinión, bastante rara, de algunos cabalistas, que distinguen la muerte aparente de la muerte real, y que creen que raramente vienen ambas juntas. Según dicen, la mayor parte de las personas que han enterrado estarían vivas, y otras muchas, a quienes se creían vivas, estaban muertas. La locura incurable, por ejemplo, sería para ellos una muerte incompleta, pero real, que deja al cuerpo terrestre bajo la dirección puramente instintiva del cuerpo sidereal.

Cuando el alma humana sufre una violencia que no puede soportar, se separaría así del cuerpo y dejaría en su puesto al alma animal no al cuerpo sidereal, lo que hace de esos restos humanos alguna cosa menos viviente, de algún modo, que el animal mismo. Se reconoce —decían los cabalistas— los muertos de esta especie en la extinción completa de los sentidos afectuoso y moral; no son malos, pero tampoco buenos; están muertos. Estos seres, que son los hongos venenosos de la especie humana, absorben tanto cuanto pueden la vida de los vivientes. Es, por esta causa, por lo que ante su proximidad se entorpece el alma y se siente frío en el corazón.

Estos seres cadáveres, si existen, realizarían todo lo que se afirmaba en otros tiempos acerca de los duendes y de los vampiros.

¿No es acerca de estos seres en donde se siente uno menos inteligente, menos bueno y aun, a veces, menos honrado?

¿No es ante su proximidad cuando se extingue toda creencia y todo entusiasmo, ligándoos a ellos por vuestras debilidades, dominados por vuestras malas inclinaciones y haciéndoos morir moralmente en medio de un suplicio parecido al de Majencio?

¡Son muertos, que nosotros tomamos por vivos; son vampiros, que nosotros tomamos por amigos!

LAS TRANSMUTACIONES

Sphera Lunae - Sempiternum - Auxilium

San Agustín duda seriamente que Apuleyo haya podido ser cambiado en asno por una hechicera de Tesalia. Los teólogos han disertado ampliamente sobre la transmutación de Nabucodonosor en bestia salvaje. Esto prueba sencillamente que, el elocuente doctor de Hippona, ignoraba los arcanos mágicos, y que los teólogos en cuestión no estaban muy, avanzados en exégesis.

Vamos a examinar en este capítulo maravillas increíbles, desde otro punto de vista, e incontestables sin embargo. Hablo de la *lycantropia* o de la transformación nocturna de los hombres en lobos, tan célebres en las veladas de nuestros campesinos, por las historias de lobos-duendes; historias tan bien compuestas que, para explicarlas la ciencia incrédula, ha recurrido a locuras furiosas y a disfrazamientos de animales. Pero semejante hipótesis son pueriles y nada explican. Busquemos en otra parte el secreto de los fenómenos observados por este motivo y comprobemos primeramente:

1~ Que nunca ha sido muerto nadie por un lobo-duende, sino ha sido por sofocación, sin efusión de sangre y sin heridas.

2~ Que los lobos-duendes cercados, perseguidos y aun heridos, no han sido jamás muertos sobre el terreno.

3~ Que las personas sospechadas de estas transformaciones han sido siempre halladas en sus casas, después de la cacería al lobo-duende, más o menos heridas, algunas veces moribundas, pero siempre en su forma natural.

Ahora comprobemos fenómenos de otro orden.

Nada en el mundo está más y mejor atestiguado ni más incontestablemente probado, que la presencia real y visible del padre Alfonso de Ligorio cerca del Papa agonizante, mientras que el mismo personaje era observado en su casa, a una gran distancia de Roma, en oración y en éxtasis.

La presencia simultánea del misionero Francisco Javier en muchos sitios a la vez, no ha sido menos rigurosamente comprobada.

Se dirá que estos son milagros; nosotros responderemos que los milagros, cuando son reales, constituyen para la ciencia pura y simplemente fenómenos.

Las apariciones que no son queridas, coincidiendo con el momento de su muerte, son fenómenos del mismo orden y atribuibles a idéntica causa.

Ya hemos hablado del cuerpo sideral, y dicho que es el intermediario entre el alma y el cuerpo físico o material. Ese cuerpo-permanece generalmente despierto, en tanto que el otro dormita y se transporta con nuestro pensamiento en todo el espacio que abre ante él, la imantación universal. De este modo ensancha, sin romperla, la cadena simpática que le retiene ligado a nuestro corazón y a nuestro cerebro, y esto es lo que hace peligroso el despertar sobresaltados alas personas que sueñan. En efecto, una conmoción demasiado fuerte, puede romper de golpe esa cadena y ocasionar súbitamente la muerte.

La forma de nuestro cuerpo sideral está coliforme con el estado habitual de nuestros pensamientos, y modifica a la larga—los rasgos del cuerpo material. Por esto es por lo que Swedenborg, en sus intuiciones sonambúlicas, veía con frecuencia espíritus en forma de diversos animales.

Osemos decir ahora que un lobo duende no es otra cosa que el cuerpo sideral de un hombre, de quien el lobo representa los instintos salvajes y sanguinarios, y que mientras su fantasma se pasea así por las campiñas, duerme penosamente en su lecho y sueña que es un verdadero lobo.

Lo que hace el lobo-duende visible, es la sobreexcitación casi sonambúlica, causada por el espanto de aquellos que le ven, o la disposición, más particular en las personas sencillas del campo, de ponerse en comunicación directa con la luz astral, que es el medio común de las visiones y de los sueños. Los golpes dirigidos al lobo-duende hieren realmente a la persona dormida, por congestión odica y simpática de la Luz astral por correspondencia del cuerpo inmaterial con el cuerpo material. Muchas personas creerán soñar leyendo semejantes cosas, y nos preguntarán si estamos bien despiertos; pero rogaremos, únicamente a los hombres de ciencia, que reflexionen en los fenómenos del embarazo y en las influencias de la imaginación de las embarazadas sobre la forma de su fruto. Una mujer, que había asistido al suplicio de un hombre al que arrastraban vivo, dio a luz un niño cuyos miembros estaban todos fracturados. Que se nos explique cómo la impresión producida en el alma de la madre por tan horrible espectáculo, pudo llegar a fracturar los miembros del niño, y nosotros explicaremos cómo los golpes dirigidos al lobo y recibidos en sueño, pueden romper realmente y herir aun gravemente el cuerpo de aquel que los recibe en la imaginación, sobre todo cuando su cuerpo está nutriendo y sufriendo las influencias nerviosas y magnéticas.

Es a estos fenómenos y a las leyes ocultas que los producen a quien hay que cargar en cuenta los efectos del hechizo, del que habremos de hablar. Las obsesiones diabólicas y la mayoría de las enfermedades nerviosas que afectan al cerebro, son heridas infligidas al aparato nervioso por la luz astral pervertida, es decir, absorbida o proyectada en proporciones anormales. Todas las tensiones extraordinarias y extranaturales de la voluntad disponen a las obsesiones y a las enfermedades nerviosas; el celibato forzoso, el ascetismo, el odio, la ambición, el amor rechazado, son otros tantos principios generadores de formas y de influencias infernales. Paracelso dice que la sangre regular de las mujeres engendra fantasmas en el aire; los conventos, desde ese punto de vista, serían el semillero de pesadillas, y se podrían comparar los diablos a esas cabezas de la hidra de Lema, que renacían sin fin y se multiplicaban por la sangre misma de sus heridas.

Los fenómenos de la posesión de las Ursulinas de Loudun, tan fatal para Urbano Grandier, han sido desconocidos. Las religiosas estaban realmente poseídas de histeria y de imitación fanática de los pensamientos secretos de sus exorcistas, transmitidos a su sistema nervioso por la luz astral. Recibían la impresión de todos los odios que ese desdichado sacerdote había levantado contra él mismo, y esa comunicación esencialmente interna les parecía a ellas mismas diabólica y milagrosa. Así, en este desdichado asunto, todo el mundo estaba de buena fe, hasta Laubardemont que, ejecutando ciegamente las sentencias prejuzgadas por el cardenal Richelieu, creía cumplir al mismo tiempo los deberes de un verdadero juez, y sin sospechar que era un criado de Poncio Pilato, cuanto menos posible le era ver en el cura, espfritu fuerte y libertino, de San Pedro del Mercado, un discípulo de Cristo y un mártir.

La posesión de las religiosas de Louviers no es más que una copia de las de Loudun; los demonios inventan poco y se plagian unos a los otros. El proceso de Gaufridi y de Magdalena de la Palud, tiene un carácter más extraño. Aquí son las mismas víctimas las

que se acusan así mismas. Gaufridi se reconoce culpable de haber quitado a muchas mujeres, por un simple soplo en las narices, la libertad de defenderse contra las seducciones. Una joven y hermosa señorita, de familia noble, insuflada por él, refiere, con los mayores detalles, escenas en que la lujuria disfruta con lo monstruoso y lo grotesco. Tales son las alucinaciones ordinarias del falso misticismo y del celibato mal conservado. Gaufridi y su querida estaban obsesionados por sus recíprocas quimeras, y la cabeza del uno reflejaba las pesadillas del otro. El mismo marqués de Sade, ¿no ha sido contagioso para ciertas naturalezas debilitadas y enfermas?

El escandaloso proceso del padre Girard es una nueva prueba de los delirios del misticismo y de las singulares neuralgias a que puede dar lugar. Los desvanecimientos de la Cadlère, sus éxtasis, sus estigmas, todo aquello era tan real como la insensata maldad, tal vez involuntaria, de su director. Ella le acusó cuando él trató de abandonarla, y la conversión de esa joven fue una venganza, porque nada es tan cruel como los amores depravados. Una poderosa Corporación que intervino en el proceso Grandier para perder en él al posible sectario, salvo al padre Girard, por el honor de la Compañía. Grandier y el padre Girard habían llegado al mismo resultado por vías diametralmente opuestas, de cuyos hechos nos ocuparemos especialmente en el capítulo decimosexto.

Obramos con nuestra imaginación sobre la imaginación de los otros, por nuestro cuerpo sideral sobre el suyo y por nuestros órganos sobre sus órganos. De modo que, por la simpatía, sea de atracción, sea de obsesión, nos poseemos los unos a los otros, y nos identificamos con aquellos sobre quienes queremos obrar. Son las reacciones contra ese dominio las que hacen suceder, con frecuencia, a las más vivas simpatías las más pronunciadas antipatías. El amor tiene la tendencia de identificar a los seres; ahora bien, al identificarlos, los hace, a menudo, rivales y, por consecuencia, enemigos. Si el fondo de ambas naturalezas fuera de una disposición insociable, como lo sería, por ejemplo, el orgullo, saturar igualmente de orgullo a dos almas unidas, es desunirlas haciéndolas rivales. El antagonismo es el resultado necesario de la pluralidad de los dioses.

Cuando soñamos con una persona viva, es, o su cuerpo sideral el que se presenta al nuestro en la luz astral, o por lo menos el reflejo de ese mismo cuerpo, y la forma en que nos sentimos impresionados por su encuentro nos revela, con frecuencia, las disposiciones secretas de esa persona a nuestro respecto. El amor, por ejemplo, modela el cuerpo sideral del uno a imagen y semejanza del otro, de modo que el medium anímico de la mujer es como el de un hombre, y el del hombre como el de una mujer. Los cabalistas manifiestan este cambio de una manera oculta cuando dicen, al explicar un pasaje oscuro del Génesis: «Dios ha criado el amor metiendo una costilla a Adán en el pecho de la mujer, y la carne es un hueso de hombre, y el fondo del corazón del hombre de carne de mujer.» Alegoría es esta que no carece ni de profundidad ni de belleza.

Ya hemos dicho algo, aunque poco, en el precedente capítulo, de lo que los maestros en Cábala llaman embrionato de las almas. Ese embrionato, completo después de la muerte de la persona que posee otra, es con frecuencia comenzado en vida, sea por la obsesión, sea por el amor. He conocido a una joven a la que sus padres inspiraban un gran terror, y que se entregó de repente a una persona inofensiva cuyos actos temía. También he conocido a otra que, después de haber tomado parte en una evocación, en la que se trataba de una mujer culpable y atormentada en el otro mundo por ciertos hechos

excéntricos, imitó sin razón alguna los hechos de la mujer muerta. Es a este poder oculto al que hay que atribuir la temible influencia de la maldición paternal, tan temida en todos los pueblos de la tierra, y el peligro verdadero de las operaciones mágicas, cuando no se ha adquirido el verdadero aislamiento de los adeptos.

Esta virtud de transmutación sideral, que existe realmente en el amor, explica los prodigios alegóricos de la varita de Circe. Apuleyo habla de una tesaliana que se transformaba en pájaro; se hizo amar por la criada de una señora a fin de sorprender los secretos del alma, y no llegó más que a transformarse en asno. Esta alegoría explica los misterios más ocultos del amor. Los cabalistas aseguran que cuando se ama a una mujer elemental, sea ondina, sea silfide, sea gnomina, se inmortaliza o se muere con ella. Ya hemos visto que los seres elementales son hombres imperfectos y todavía mortales. La revelación de que hablamos, y que ha sido mirada como una fábula, es, sin embargo, el dogma de la solidaridad moral en amor, que es el fondo del amor mismo, y que explica por sí sólo toda su santidad y todo su poderío.

¿Cuál es esa maga que cambia a sus adoradores en cerdos y cuyos encantos quedan destruidos en cuanto se someten al amor? Esta antigua cortesana es la mujer de mármol de todos los tiempos. La mujer sin amor, absorbe y envilece todo cuanto se le aproxima; la mujer que ama, esparce el entusiasmo y ennoblece la vida.

Se ha hablado mucho en el siglo último de un adepto acusado de charlatanismo, y que se llamó en vida el divino Cagliostro. Se sabe que practicaba las evocaciones y que no ha sido superado en este arte más que por el iluminado Schroepffer.' Sábese que se vanagloriaba de anudar las simpatías, y que se decía estar en posesión del secreto de la Gran obra; pero lo que todavía le hacía más célebre era la confección de cierto elixir de vida, que devolvía instantáneamente a los viejos el vigor y la savia de la juventud. Esta composición tenía por base el vino llamado malvasía, y se obtenía por la destilación de la esperma de ciertos animales con el jugo de muchas plantas. Nosotros poseemos la receta, y desde luego se comprenderá por qué nos debemos callarla.

LA MAGIA NEGRA

Samael - Auxiliator

Penetramos en la magia negra. Vamos a afrontar, hasta en su santuario, al dios negro del *Sabbat* o *Sábado*, al formidable macho cabrío de Mendés. Aquí, aquellos que tengan miedo, pueden cerrar el libro, y las personas sujetas a impresiones nerviosas harán bien en distraerse o abstenerse; pero nosotros nos hemos impuesto una tarea y forzoso es llevarla a cabo.

Abordemos, pues, franca y audazmente el asunto:

¿Existe un diablo?

¿Qué cosa es un diablo?

A la primera pregunta la ciencia se calla; la filosofía niega, al azar, y sólo la religión responde afirmativamente.

A la segunda, la religión dice que el demonio es el ángel caído; la filosofía oculta acepta y explica esta definición.

Ya volveremos sobre lo que hemos dicho al respecto; pero, permítasenos aquí una nueva revelación.

El Diablo en magia negra es el gran agente magico empleado para el mal, por una voluntad perversa

La antigua serpiente de la leyenda no es otra cosa que el agente universal; es el fuego eterno de la vida terrestre; es el alma de la tierra y el foco viviente del infierno.

Ya hemos dicho que la luz astral es el receptáculo de las formas. Evocadas por la razón, esas formas se producen con armonía; evocadas por la locura, se aparecen desordenadas y monstruosas; tal es el origen de las pesadillas de San Antonio y de los fantasmas del aquelarre.

Las evocaciones de la goecia y de la demonomancia, ¿ofrecen o no resultados? Sí, ciertamente; un resultado incontestable y más terrible que cuanto pueden referir las leyendas.

Cuando se llama al diablo con las ceremonias requeridas, el diablo acude y se leve. Para no morir de espanto ante su presencia, para no volverse idiota, es preciso estar loco. Grandier era un libertino por indevoción, y quizá también por excepticismo; Girard había sido depravado y depravador por entusiasmo, por consecuencia del ascetismo y por las cegueras de la fe.

En el decimoquinto capítulo de nuestro *Ritual*, publicaremos todas las evocaciones diabólicas y las prácticas de la magia negra, no para que el lector se sirva de ellas, sino para que las conozca y las juzgue y pueda preservarse de semejantes aberraciones.

Eudes de Mirville, cuyo libro sobre los veladores parlantes ha hecho últimamente tanto ruido, puede estar a la vez contento y descontento de la solución que aquí ofrecemos de los problemas de la magia negra. En efecto, nosotros sostenemos como él la realidad y los maravillosos efectos; nosotros le asignamos, como él, por causa la antigua serpiente, el principio oculto de este mundo; pero no estamos de acuerdo •sobre la naturaleza de ese agente ciego, que es al mismo tiempo, pero bajo diversas direcciones, el instrumento de todo bien y de todo mal, el servidor de los profetas y el inspirador de las pitonisas. En una palabra, el diablo, para nosotros, es la fuerza puesta por un tiempo al servicio del error, como el pecado mortal es, en nuestro concepto, la persistencia de la voluntad

en el absurdo. De Mirville tiene a veces razón, por una parte, en tanto que por la otra carece de ella.

Lo que es preciso excluir del reinado de los seres, es lo arbitrario. Nada llega ni por el azar, ni por la autocracia de una voluntad buena o mala.

Hay dos cámaras en el cielo, y el tribunal de Satán esta contenido en sus desplantes por el Senado de la divina sabiduría.

16 y Q LOS HECHIZOS

Fons - Oculus - Fulgur

El hombre que mira a una mujer con un deseo impuro profana a esa mujer ha dicho el gran maestro. Lo que se quiere con perseverancia se hace. Toda voluntad real se confirma por actos; toda voluntad confirmada por un acto, es un hecho. Todo hecho está sometido a un juicio, y este juicio es eterno. Estos son dogmas y principios.

Según estos principios y estos dogmas, el bien o el mal que desedís, sea a vosotros mismos, sea a los demás, en la extensión de vuestro querer y en la esfera de vuestra acción, ocurrirá infaliblemente, sea a los demás, sea a vosotros mismos, si confirmáis vuestra voluntad y si fijáis vuestra determinación por hechos.

Los hechos deben ser análogos a la voluntad. La voluntad de causar mal o de hacerse amar, debe ser confirmada para ser eficaz, por actos de odio o de amor.

Todo lo que lleva la huella de un alma humana pertenece a ese alma; todo lo que el hombre se apropia de cualquier modo, se convierte en su cuerpo, en la acepción más amplia de la palabra, y todo cuanto se hace al cuerpo de un hombre lo siente, sea mediata, sea inmediatamente, su alma.

Por esto es por lo que toda especie de acción hostil al prójimo, es considerada por la teología moral como un comienzo de homicidio.

El hechizo es, pues, un homicidio y un homicidio tanto más cobarde cuanto que escapa al derecho de defensa de la víctima y a la venganza de las leyes.

Establecido este principio para tranquilidad de nuestra conciencia y advertencia a los débiles, afirmemos sin temor que el hechizo es posible.

Vayamos más lejos y afirmemos que es, no solamente posible, sino de algún modo necesario y fatal. Se verifica incesantemente en el mundo social, aun a despecho de los agentes y de los pacientes. El hechizo involuntario es uno de los más terribles peligros de la vida humana.

La simpatía pasional somete necesariamente el más ardiente deseo a la más fuerte voluntad. Las enfermedades morales son más contagiosas que las físicas y hay en ellas tantos éxitos, por preocupación y moda, que hasta podrían compararse con la lepra o con el cólera.

Se muere de un mal conocimiento como de un contacto contagioso, y la horrible enfermedad que, desde hace algunos siglos únicamente, en Europa, castiga la profanación de los misterios del amor, es una revelación de las leyes analógicas de la Naturaleza y no presenta aún más que una imagen debilitada de las corrupciones, morales que resultan diariamente de una simpatía equívoca.

Se habla de un hombre celoso y cobarde, que, para vengarse de un rival, se infectó a sí mismo voluntariamente un mal, incurable, infiltrándolo a los que con él compartían el lecho. Esta historia es la de todo mago, o mejor, de todo brujo que practica los hechizos. Se envenena para envenenar, se condena para torturar, aspira el infierno para respirarle, se hiere de muerte para hacer morir. Pero si hay en esto un valor triste, no es menos positivo y cierto que envenenará y matará por la proyección sola de su voluntad perversa.

Pueden existir amores que maten lo mismo que el odio, y los hechizos de la benevolencia son la tortura de los malvados. Las oraciones que se dirigen a Dios para la

conversión de un hombre, llevan la desgracia a ese hombre si el no quiere convertirse. Hay, como hemos dicho, fatiga y peligro en luchar contra las corrientes fluiditas excitadas por cadenas de voluntades unidas.

Existen, pues, dos clases de hechizos: el hechizo voluntario y el hechizo involuntario.

Pueden también distinguirse el hechizo físico y el hechizo moral. La fuerza atrae la fuerza; la vida atrae la vida; la salud atrae la salud; esta es una ley de naturaleza.

Si dos niños viven juntos, y sobre todo se acuestan juntos, y de ellos son el uno fuerte y el otro débil, el fuerte absorberá al débil, y éste perecerá. Por esta sola causa, es importante que los niños se acuesten solos.

En los colegios, ciertos alumnos absorben la inteligencia de sus demás condiscípulos, y en todo circulo de hombres, pronto se encuentra un individuo que se apodera de la voluntad de los demás.

El hechizo por corrientes es una cosa muy común, como ya lo hemos hecho advertir; se siente uno impulsado por la muchedumbre en lo moral como en lo físico. Pero lo que vamos a hacer constar más particularmente en este capítulo es el poder casi absoluto de la voluntad humana sobre la determinación de sus actos y la influencia de toda demostración exterior de una voluntad sobre las cosas hasta externas.

Los hechizos voluntarios son todavía frecuentes en nuestras campañas porque las fuerzas naturales, entre personas ignorantes y solitarias, obran sin ser debilitadas por ninguna duda o por ninguna diversión. Un odio franco, absoluto y sin ninguna mezcla de pasión rechazada o de concupiscencia personal, es un decreto de muerte para aquel que es objeto de él en ciertas y determinadas condiciones. Digo sin mezcla de pasión amorosa y de concupiscencia, porque un deseo, siendo una pasión, contrabalancea y anula el poder de proyección. Así, por ejemplo, un celoso no hechizará nunca a su rival, y un heredero concupiscente no abreviará, por el solo hecho de su voluntad, los días de un lío avaro y miserable. Los hechizos ensayados en estas condiciones caen sobre aquel que los opera, y son más bien saludables que novicios para la persona que es objeto de ellos, porque se desprenden de una acción odiosa que se destruye por sí misma al exaltarle.

Las palabras *envoûtement* o hechizo, muy enérgica en su sencillez, gala, manifiesta admirablemente la misma cosa que *envoultement*, acción de tomar, por decirlo así, y envolver a alguien en un voto, en una voluntad formulada.

El instrumento de los hechizos no es otro que el gran agente mágico, que bajo una voluntad perversa, se convierte, real y positivamente, en el demonio.

El maleficio propiamente dicho, es decir, la operación ceremonial para el hechizo, no obra más que sobre el operador, y sirve para fijar y confirmar su voluntad, formulándola con perseverancia y esfuerzo, condiciones ambas que hacen la voluntad eficaz.

Cuanto más difícil u horrible es la operación, más eficaz resulta, porque obra mayor fuerza sobre la imaginación y confirma el esfuerzo en razón directa con la resistencia. Esto es lo que explica la bizarría y la atrocidad de las operaciones de la magia negra entre los antiguos y en la Edad Media, las misas del diablo, los sacramentos administrados a reptiles, las efusiones desangre, los sacrificios humanos y otras monstruosidades que son la esencia misma y la realidad de la goecia y la nigromancia. Son semejantes prácticas las que han atraído sobre las brujas en todas los tiempos la justa represión de las leyes. La magia negra no es realmente más que una combinación de sacrilegios y de crímenes graduados para pervertir para siempre una voluntad

humana y realizar en un hombre vivo el fantasma repugnante del demonio. Es, propiamente hablando, la religión del demonio, el culto de las tinieblas, el odio hacia el bien llevado al paroxismo; es la encarnación de la muerte y la creación permanente del infierno.

El cabalista Bodin, que como se supondrá fue un espíritu débil y supersticioso, no ha tenido otro motivo para escribir su *Demonomanía* que la necesidad de prevenir a los espíritus contra la peligrosísima incredulidad. Iniciado por el estudio de la Cábala en los verdaderos secretos de la magia había templado a pensar en los peligros a los cuales se expondría la sociedad abandonando ese poder a la maldad de algunos hombres. Intentó, pues, lo que ahora acaba de ensayar entre nosotros Eudes de Mirville; recogió hechos sin explicarlos, y denunció alas ciencias desatentas o preocupadas, la existencia de influencias ocultas y de operaciones criminales de la mala magia. Bodin no fue escuchado en su tiempo, como tampoco lo será ahora Eudes de Mirville, porque no basta indicar fenómenos y prejuzgar la causa para impresionar a los hombres serios; esta causa es preciso estudiarla, explicarla, demostrar su existencia, y esto es lo que tratamos de hacer. ¿Tendremos nosotros mejor éxito?

Puede morirse por amor de ciertos seres, como puede morirse por su odio; existen pasiones absorbentes bajo cuya aspiración se siente uno desfallecer como las prometidas de los vampiros. No son únicamente los malvados los que atormentan a los buenos, sino que es a su vez los buenos quienes atormentan a los malvados. La dulzura de Abel era uu. amplio y penoso hechizo debido a la ferocidad de Caín. El odio al bien entre los malvados, procede del mismo instinto de conservación. Por otra parte, mostrarse tranquilos, desafiando y justificando el mal; Abel, ante Caín, era un hipócrita y un cobarde que deshonoraba la fiereza humana por sus escandalosas sumisiones a la divinidad. ¡Cuánto no ha debido sufrir el primero de los asesinos antes de proceder al espantoso asesinato contra su hermano! Si Abel hubiera podido comprenderle, se habría quedado asombrado.

La antipatía no es otra cosa que el presentimiento de un probable hechizo; hechizo que muy bien pudiera ser de amor o de odio, porque se ve con frecuencia suceder al amor la antipatía. La luz astral no advierte acerca de las influencias venideras por medio de una acción ejercida sobre el sistema nervioso, más o menos sensible y más o menos viva. Las simpatías instantáneas, los amores fulminantes, son explosiones de luz astral motivadas tan exactamente y no menos matemáticamente explicables y demostrables que las descargas eléctricas de fuertes y poderosas baterías. Puede verse por todas partes cuántos y cuán graves son los peligros que amenazan al profano que juega sin cesar con fuego sobre pólvoras que no ve.

Nos hallamos saturados de luz astral y la proyectamos sin cesar para dar lugar a nuevas impresiones. Los aparatos nerviosos destinados sea para la proyección, sea para la atracción, tiene particular asiento en los ojos y en las manos. La polaridad de éstas reside en el pulgar y es por esto por lo que siguiendo la tradición mágica conservada aun en nuestros campos cuando uno se halla en compañía sospechosa, se coloca el dedo pulgar replegado y oculto en la palma de la mano, a fin de evitar de que nadie nos fije, y tratando de ser el primero en mirar a aquellos de quienes algo tenemos que temer y de evitar, asimismo, las proyecciones fluidicas inesperadas inesperadas y las miradas' fascinadoras.

Existen también ciertos animales cuya propiedad no es otra que la de romper las

corrientes de la luz astral por una absorción que les es peculiar. Estos animales no son violenta y soberanamente antipáticos y tienen, en su mirada, algo que fascina; tales son el sapo, y el basilisco. Estos animales prisioneros y llevados vivos o guardados en las habitaciones en que vivimos garantizan de las alucinaciones y las ilusiones de ¡a embriaguez astral. **LA EMBRIAGUEZ ASTRAL**, palabra que aquí escribimos por primera vez, y que explica todos los fenómenos de las pasiones furiosas, de las exaltaciones mentales y de la locura.

—¡Criad sapos y basiliscos, mi querido señor —me diría un discípulo de Voltaire—; llevadle consigo y no escribáis mas! A esto puedo responder que pensaré en ello seriamente en cuanto me sienta dispuesto a reír de lo que ignoro ya tratar de locos a los hombres de quienes no comprenda ni la ciencia ni la sabiduría.

Paracelso, el más grande de los magos cristianos, oponía al hechizo las prácticas de un hechizo contrario. Componía remedios simpáticos y los aplicaba, no a los miembros que padecían, sino a representaciones de esos mismos miembros, formadas y consagradas según el ceremonial mágico. El éxito era prodigioso y nunca médico alguno consiguió las maravillosas curas de Paracelso.

Pero Paracelso había descubierto el magnetismo mucho antes que Mes-mer, y había llevado hasta las postreras consecuencias tan luminoso descubrimiento, o más bien esa iniciación en la magia de los antiguos que más que nosotros comprendían el gran agente mágico y no hacían de la luz astral, del ázoe, de la magnesia universal de los sabios, un fluido animal y particular emanado únicamente de algunos seres especiales.

En la filosofía oculta, Paracelso combate la magia ceremonial, de la que ignoraba tal vez el terrible poder, pero de la que quiso sin duda describir las prácticas, a fin de desacreditar ¡a magia negra. Coloca todo el poder de mago en el *magnes* interior y oculto. Los más hábiles magnetizadores del día, no dirían otro tanto en la actualidad.

Sin embargo, quiere que se empleen los signos mágicos y especialmente los talismanes, para la curación de las enfermedades. Ya tendremos ocasión de volver sobre este asunto, es decir, sobre los talismanes de Paracelso, en el octavo capítulo, abordando asimismo, según Gaffarel, la gran cuestión de la iconografía y ¡a numismática ocultas. Se cura también el hechizo por la sustitución, cuando ella es posible y por~ larupturao cambio de la corriente astral. Las tradiciones del campo sobre este punto son admirables y proceden de épocas remotas; son restos de la enseñanza de los druidas, quienes habían sido iniciados en los misterios de la India y del Egipto por hierofantes viajeros. Sábese, pues, en magia vulgar, que un hechizo, es decir, una voluntad determinada y confirmada para causar mal, obtiene siempre su efecto, y que no puede retractarse sin peligro de muerte. El brujo que causa a una persona un maleficio, debe tener otro objeto que su malevolencia, porque sabe ciertamente que él será también alcanzado y perecerá víctima de su propio maleficio. Siendo circular el movimiento astral, toda emisión azótica o magnética, que no encuentra a su médium, retorna con fuerza a su punto de partida. Así es como se explica una de las más extrañas historias de un libro sagrado, la de los demonios enviados a los puercos que se precipitaron al mar.. Esta obra de la alta iniciación no fue otra cosa que a ruptura de una corriente magnética infestada por malvadas voluntades. Yo me llamo legión, decía la voz instintiva del paciente, porque nosotros somos muchos.

Las posesiones del demonio no son otra cosa que hechizos y existe en nuestros días una numerosa cantidad de poseídos. Un santo religioso que está dedicado al servicio de

alineados, el hermano Hilaire Tissot, ha conseguido, por una larga experiencia y la práctica constante de las virtudes cristianas, curar a muchos enfermos y practica, sin saberlo, el magnetismo de Paracelso. Atribuye la mayoría de las enfermedades a desórdenes de la voluntad o a la influencia perversa de voluntades extrañas; considera todos los crímenes como actos de insania y querría que se tratara a todos los criminales como enfermos, en vez de exasperarlos y hacerlos incurables, so pretexto de castigarlos. ¡Cuánto tiempo transcurriría todavía antes de que el hermano Hilaire sea reconocido como un hombre de genio! Y ¡cuántos hombres graves al leer este capítulo dirán que Hilaire Tissot y yo nos debíamos tratar el uno a otro según las ideas que nos son comunes, librándonos bien de publicar nuestras teorías, sino queremos que se nos tome por médicos dignos de ser enviados a los incurables!

Y, sin embargo, *¡se mueve!* gritaba Galileo dando con el pie en tierra. Conoced la verdad y la verdad os hará libres —ha dicho el salvador de los hombres—. Podría agregarse: Amad la justicia y la justicia os hará sanos. Un vicio es un veneno, aun para el cuerpo; la verdadera virtud es un gaje de longevidad.

El método de los *hechizos ceremoniales*, varía según los tiempos y las personas, y todos los hombres artificiosos y dominadores, encuentran en sí mismos los secretos y la práctica, sin calcular precisamente, ni razonar los resultados. Siguen en esto, las inspiraciones intuitivas del gran agente, que se asimila maravillosamente, como ya lo hemos dicho, a nuestros vicios y a nuestras virtudes; pero, puede decirse generalmente que estamos sometidos a las voluntades de los demás por las analogías de nuestras inclinaciones y sobre todo de nuestros defectos. Acariciar las debilidades de una iridividualidad, es apoderarse de ella y convenirse en su instrumento en el orden de los mismos errores o de las mismas depravaciones. Ahora bien, cuando dos naturalezas analógicas en defectos se subordinan la una a la otra, se opera una especie de sustitución del más fuerte al mas débil, y una verdadera obsesión de un espíritu por el otro. Con frecuencia el débil se debate y querría rebelarse; pero, después cae más bajo que nunca en la servidumbre. Así es como Luis XIII conspira contra Richelieu y luego obtenía, hasta cierto punto su gracia, por el abandono de sus cómplices.

Todos tenemos un defecto dominante que es para nuestra alma, como el ombligo de su nacimiento pecador, y es por allí por donde el enemigo puede siempre apoderarse de nosotros; la vanidad en los unos, la pereza en los otros y el egoísmo en casi todos. Que un espíritu astuto y malvado se apodere de ese resorte y estáis perdidos. Entonces os convertís, no en un loco, no en un idiota, sino en un alienado en toda la fuerza de esta expresión, es decir, en un ser sometido a una impulsión extraña. En este estado, sentís un horror intuitivo por todo aquello que pudiera devolveros la razón, y ni aun siquiera queréis escuchar las representaciones contrarias a vuestra demencia. Es una de las enfermedades más peligrosas que pueden afectar ala moral humana,

El único remedio aplicable a esta suerte de hechizo es el de apoderarse de la misma locura para curarla y hacer encontrar al enfermo satisfacciones imaginarias en un orden contrario a aquel en que se ha perdido. Así, por ejemplo, curar a un ambicioso haciéndole desear las glorias del cielo, remedio rústico; curar a un malvado por medio de un amor verdadero, remedio natural; procurar a un vanidoso éxitos honrados, mostrar desinterés a los avaros y procurarles un justo beneficio por una participación honrada en empresas generosas, etcétera.

Obrando de este modo sobre la moral, se conseguirá curar un gran número de

enfermedades físicas, porque lo moral influye sobre lo físico en virtud del axioma mágico: «Lo que está encima es como lo que está debajo.» Por esto es por lo que el maestro decía hablando de una mujer parálitica: «Satán la ha ligado»; una enfermedad proviene siempre de un defecto o de un exceso y siempre hallaréis en el origen de un mal físico un desorden moral; esta es una ley invariable de la naturaleza.

LA ASTROLOGIA

Stella - Os - Influxus

De todas las artes derivadas del magismo de los antiguos, la astrología es ahora la menos desconocida. Ya no se cree más en las armonías universales de la naturaleza y en el encadenamiento necesario de todos los efectos con todas las causas. Por otra parte, la verdadera astrología, la que está ligada al dogma universal y único de la Cábala, ha sido profanada por los griegos y por los romanos de la decadencia; la doctrina de los siete cielos y de los tres móviles, emanaba primitivamente de la década sefirótica, el carácter de los planetas, gobernados por ángeles cuyos nombres han sido cambiados por los de divinidades del paganismo, la influencia de las esferas una sobre las otras, la fatalidad que va unida a los números, la escala de proporción entre las jerarquías humanas, todo, todo esto, ha sido materializado y hecho supersticioso por los *genethliacos* y los lectores de horóscopos de la decadencia y de la edad media. Devolver la astrología a su primitiva pureza, sería, hasta cierto punto, crear una nueva ciencia. Tratemos, pues, únicamente de indicar los primeros principios, con sus consecuencias más inmediatas y más próximas.

Ya hemos dicho que la luz astral recibe y conserva todas las huellas de las cosas visibles; de aquí resulta que la disposición cotidiana del cielo se refleja en esa luz, que, siendo el agente principal de la vida, opera por una serie de aparatos destinados a ese fin por la naturaleza, la concepción, el embrionato y el nacimiento de los niños. Ahora bien, si esa luz es bastante pródiga en imágenes para dar al fruto de una preñez las huellas visibles de una fantasía, o de una delectación de la madre, con mayor razón debe transmitir al temperamento, móvil todavía e incierto del recién nacido, las impresiones atmosféricas y las influencias diversas que resulten en un momento dado en todos el sistema planetario de tal o cual disposición particular de los astros.

Nada es indiferente en la naturaleza; un guijarro de más o de menos en una carretera puede romper o modificar profundamente los destinos de los grandes hombres, o aun de los más grandes imperios; con mayor razón el lugar de tal o cual estrella en el cielo no podría ser indiferente en los destinos del niño que nace y que entra por su nacimiento en la armonía universal del mundo sideral. Los astros están encadenados unos a otros por las atracciones que los mantienen en equilibrio y los hacen moverse regularmente en el espacio; esas redes de luz van de todas a todas las esferas y no existe un solo punto en cada planeta al cual no esté unido uno de esos hilos indestructibles. El lugar preciso y la hora del nacimiento deben ser perfectamente calculados por el verdadero adepto en astrología; luego, cuando haya hecho el cálculo exacto de las influencias astrales, les resta contar las probabilidades de estado, es decir, las facilidades o los obstáculos que el niño debe hallar un día en un estado, en sus padres, en su carácter, en el temperamento que de ellos ha recibido y por consecuencia en sus disposiciones naturales para el cumplimiento de sus destinos; y todavía, habrá de tener en cuenta la libertad humana y su iniciativa, si el niño llega un día a ser verdaderamente un hombre capaz de sustraerse por una poderosa voluntad alas influencias fatales y ala cadena de los destinos. Se ve que no concedemos demasiado a la astrología; pero, en cambio, lo que le atribuimos es incontestable, el cálculo científico y de las probabilidades.

La astrología es tan antigua, o más antigua aún que la astronomía y todos los sabios de

la antigüedad viviente, le han acordado la más completa confianza. No hay, pues, que condenar o desdeñar ligeramente lo que nos llega rodeado y sostenido por tan imponentes autoridades.

Largas y pacientes observaciones, comparaciones concluyentes, experiencias a menudo reiteradas, debieron conducir a los antiguos sabios a sus conclusiones, y sería necesario si se pretendiera refutarlas, comenzar en sentido inverso el mismo trabajo. Paracelso ha sido quizás el último gran astrólogo de las prácticas; curaba las enfermedades por medio de talismanes formados bajo influencias astrales y reconocía en todos los cuerpos la marca de su estrella dominante, y esa era, según él, la verdadera medicina universal, la ciencia absoluta de la naturaleza perdida por causa de los hombres y únicamente hallada por un pequeño número de iniciados. Reconocer el signo de cada estrella en los hombres, en los animales y en las plantas, es la verdadera ciencia de Salomón, esa ciencia que se ha considerado como perdida y cuyos principios se han, no obstante, conservado como todos los demás secretos, en el simbolismo de la Cábala. Se comprende que para leer la escritura de las estrellas es preciso conocer las mismas estrellas, conocimiento que se obtiene por la *codificación* cabalística del cielo y por el conocimiento del planisferio cabalístico, encontrado y explicado por Gaffarel. En este planisferio, las constelaciones forman las letras hebraicas y las figuras mitológicas pueden ser reemplazadas por los símbolos del Tarot. Es a ese mismo planisferio al que Gaffarel refiere el origen de la escritura de los patriarcas, que se encontrarían en las cadenas de atracción de los astros los primeros lineamientos de los caracteres primitivos; el libro del cielo habrá, pues, servido de modelo al de Enoc, y el alfabeto cabalístico sería el resumen de todo el cielo. Esto no carece ni de poesía, ni, especialmente, de probabilidades, y el estudio del Tarot, que es evidentemente el libro primitivo y jeroglífico de Enoc, como lo ha entendido el sabio Guillaume Postel, bastaría para convencernos de ello.

Los signos impresos en la luz astral por el reflejo y la atracción de los astros, se reproducen, pues, como lo descubrieron los sabios, sobre todos los cuerpos que se forman mediante el concurso de esa luz. Los hombres llevan las signaturas de su estrella en la frente, y sobre todo, en las manos; los animales en su configuración y en sus signos particulares; las plantas las dejan ver en sus hojas y en sus grano; los minerales en sus vetas y en el aspecto de sus cortes.

El estudio de estos caracteres ha constituido el trabajo de toda la vida de Paracelso, y las figuras de sus talismanes son el resultado de sus investigaciones; pero no nos ha transmitido la clave y el alfabeto cabalístico astral con sus correspondencias; permanece todavía por hacer; la ciencia de la escritura mágica no convencional se ha detenido, para la publicidad, en el planisferio de Gaffarel.

El arte serio de la adivinación reposa por completo en el conocimiento de estos signos. La quiromancia es el arte de leer en las líneas de la mano la escritura de las estrellas, y la metoposcopia busca los mismos caracteres, u otros análogos, sobre la frente de los consultantes. Efectivamente, los pliegues formados en la faz humana por las contradicciones nerviosas, están fatalmente determinados, y la irradiación del tejido nervioso es absolutamente análogo a esas redes formadas entre los mundos por las cadenas de atracción de las estrellas.

Las fatalidades de la vida se escriben, pues, necesariamente en nuestras arrugas, y se reconocen, con frecuencia a primera vista, sobre la frente de un desconocido una o

muchas letras misteriosas del planisferio cabalístico. Esa letra es todo un pensamiento, y ese pensamiento debe dominar la existencia de ese hombre. Si la letra no está muy clara y está penosamente grabada, hay lucha en él entre la fatalidad y la voluntad, y ya en sus emociones y en sus tendencias más fuertes, todo su pasado se revela al mago; el porvenir entonces es fácil de conjeturar, y los acontecimientos engañan a veces la sagacidad del adivino, el consultante no queda menos asombrado y convencido de la ciencia sobrehumana del adepto.

La cabeza del hombre está hecha sobre el modelo de las esferas celestes; atrae e irradia, y es ella la que, en la concepción del feto, se manifiesta y se forma la primera.

Sufre, pues, de una manera absoluta la influencia astral y atestigua, por sus diversas protuberancias, sus diversas atracciones. La frenología debe, por tanto, encontrar su última palabra en la astrología científica y depurada, de la que sometemos los problemas a la paciencia y buena fe de los sabios.

Según Ptolomeo, el sol deseca y la luna humedece; según los cabalistas, el sol representa la justicia rigurosa, y la luna es simpática a la misericordia. Es el sol el que forma las tempestades; es la luna la que, por una especie de dulce presión atmosférica, hace crecer y decrecer y como respirar al mar. Se lee en el *Sohar*, uno de los grandes libros sagrados de la Cábala, que, «la serpiente mágica, hija del sol, iba a devorar al mundo cuando la mar, hija de la luna, le puso el pie sobre la cabeza y la dominó». Por esto es por lo que, entre los antiguos, Venus era la hija del mar, como Diana era idéntica a la luna; también por esto el nombre de María significa estrella del mar o sal del mar. Para consagrar este dogma cabalístico en las creencias del vulgo, se dijo en lenguaje profético: «Es la mujer la que debe aplastar la cabeza de la serpiente.»

Jérôme Cardan, uno de los más audaces investigadores, y, sin contradicción, el astrólogo más hábil de su tiempo, y que fue, si hemos de dar crédito a la leyenda de su muerte, el mártir de su fe en astrología, ha dejado un cálculo, por medio del cual todo el mundo puede prever la buena o mala fortuna de todos los años de su vida. Para saber, pues, cual será la buena o mala fortuna de un año, resume los acontecimientos de aquellos que han precedido en 4,8,12,19,30; el número 4 es el de la realización; el 8, el de Venus o el de las cosas naturales; el 12, que es el del cielo de Júpiter, corresponde a los éxitos a los buenos acontecimientos; al 19 corresponde a los ciclos de la Luna y de Marte, y el número 30 es el de Saturno, o sea el de la fatalidad. Así por ejemplo, yo quiero saber lo que me acontecerá en este año de 1855; repasare en mi memoria todo cuanto me ha ocurrido de decisivo y real en el orden del progreso y de la vida, ahora hace cuatro años, lo que me ha ocurrido en dicha o desdicha de un modo natural, hace ocho años; lo que puedo contar de éxitos o de infortunios hace doce años, las vicisitudes, las desgracias o enfermedades que me han acontecido hace diecinueve años, y lo que he experimentado de triste y de fatal hace treinta años. Después, teniendo en cuenta hechos irrevocablemente acaecidos, y los progresos de la edad, cuento sobre análogas probabilidades a las que ya debo a la influencia de los mismos planetas, y digo: en 1851 he tenido ocupaciones mediocres, pero suficientemente lucrativas, con algunos apuros; en 1847 me he visto violentamente separado de mi familia, resultando de esta separación grandes sufrimientos para los míos y para mí; en 1843 he viajado como apóstol, hablando al pueblo, y he sido perseguido por personas mal intencionadas; fui, en dos palabras, honrado y perseguido; por último, en 1825, la vida de familia cesó para mí y he penetrado definitivamente en una vida fatal, que me

condujo a la ciencia y a la desgracia. Puedo, por consiguiente, creer que tendré este año trabajo, pobreza, incomodidades, cambios de lugar, publicidad y contradicciones, acontecimiento decisivo para el resto de mi existencia, y encuentro ya en el presente toda clase de razones para creer en este porvenir. Concluyo que, para mí y por lo que al año presente se refiere, la experiencia confirma perfectamente la exactitud del cálculo astrológico de Cardan.

Este año se refiere, por lo demás, al de los años climatéricos, o mejor *climatéricos*, de los antiguos astrólogos. *Climatéricos* quiere decir dispuestos en escala o calculados sobre los grados de una escala Juan Trithemo, en su libro *De las causas secundarias*, ha calculado muy curiosamente la vuelta de los años dichosos o funestos para todos los imperios del mundo; daremos un análisis exacto y más claro que el mismo libro en el capítulo XXI de nuestro **Ritual**, con la continuación del trabajo de Trithemo hasta nuestros días y la aplicación de su escala mágica a los acontecimientos contemporáneos para deducir las probabilidades más asombrosas relativamente al porvenir próximo de Francia, de Europa y del mundo.

Según todos los grandes maestros en Astrología, los cometas son las estrellas de los héroes excepcionales y no se acercan a la tierra mas que para anunciarla grandes cambios; los planetas presiden las colecciones de seres y modifican los destinos de las agregaciones de hombres; las estrellas más lejanas y más débiles en atracción atraen a las personas y deciden de sus atractivos; algunas veces un grupo de estrellas influye todo él en los destinos de un solo hombre, y con frecuencia un gran número de almas se ven atraídas por los rayos lejanos de un mismo sol. Cuando morimos, nuestra luz interior se va, siguiendo la atracción de su estrella, siendo de ese modo como revivimos en otros universos, en donde el alma se hace una nueva vestidura, análoga a los progresos o decrecimientos de su belleza, porque nuestras almas, separadas de nuestros cuerpos, se parecen a las estrellas errantes, son glóbulos de luz animada que buscan siempre su centro para encontrar su equilibrio y su movimiento, pero antes deben desprenderse de los anillos de la serpiente, es decir, de la luz astral no depurada que las rodea y las cautivas, en tanto que la fuerza de la voluntad no las eleva hacia arriba. La inmersión de la estrella viviente en la luz muerta es un suplicio espantoso, sólo comparable al de Majencio. El alma se hiela y se abrasa en ella al mismo tiempo, y no tiene otro medio de desprenderse que volviendo a entrar en la corriente de las formas exteriores y adquirir una envoltura de carne, y luchar después con energía contra los instintos para afirmar la libertad moral que le permitirá, en el momento de la muerte romper las cadenas de la tierra y volar triunfante hacia el astro consolador, cuya luz le ha sonreído.

Por este dato, se comprende lo que es el fuego del infierno, idéntico al demonio, o a la antigua serpiente, en que consiste la salvación o la reprobación de los hombres, todos llamados y todos sucesivamente elegidos, pero en pequeño número, después de haber estado expuestos por su falta a caer en el fuego eterno.

Tal es la grande y sublime revelación de los magos, revelación madre de todos los símbolos, de todos los dogmas, de todos los cultos. Puede verse también cómo Dupuis se engañaba, cuando creía todas las religiones descendientes únicamente de la astronomía. Es, por el contrario, la astronomía la que ha nacido de la astrología, y la astrología primitiva es una de las ramas de Santa Cábala, la ciencia de las ciencias y la religión de las religiones.

Así se ve, en la lámina 17 del Tarot, una admirable alegoría: Una mujer desnuda, que

representa a la vez la Verdad, la Naturaleza y la Sabiduría, sin velo, inclinando dos urnas hacia la tierra, donde vierte fuego y agua; por encima de su cabeza brilla el septenario estrellado, alrededor de una estrella de ocho rayos, la de Venus, símbolo de paz y de amor; alrededor de la mujer, verdean las plantas de la tierra, y sobre una de esas plantas viene a posarse la mariposa de Psique, emblema del alma, reemplazada en algunas copias del libro sagrado por un pájaro, símbolo más egipcio y probablemente más antiguo. Esta figura, que en el Tarot moderno lleva el Título de estrella brillante, es análoga a muchos símbolos herméticos, y no deja de guardar analogías con la estrella flameante de los iniciados en francmasonería, manifestando la mayor parte de los misterios de la doctrina secreta de los Rosacruces.

LOS FILTROS Y LOS SORTILEGIOS

Justitia - Mysterium - Canes

Abordamos ahora el abuso más criminal que pueda hacerse de las ciencias mágicas: la magia, o más bien la brujería envenenadora. Debe comprenderse que esto lo escribimos, no para enseñar sino para prevenir.

Si la justicia humana, al perseguir a los adeptos, no lo hubiera hecho nada más que contra los nigromantes y brujos o hechiceros envenenadores, es cierto, como ya lo hemos advertido, que sus rigores habrían sido excesivas contra semejantes malvados. Sin embargo, no hay que creer que el poder de vida y de muerte que pertenece secretamente al mago, haya sido siempre ejercido para satisfacer alguna cobarde venganza, o una concupiscencia más cobarde todavía. En la Edad Media como en el mundo antiguo, las asociaciones mágicas han, con frecuencia, fulminado o hecho perecer lentamente a los reveladores o profanadores de los misterios, y cuando la espada mágica debía abstenerse de funcionar, cuando la efusión de sangre era de temer entonces el agua *Toffana*, los ramilletes perfumados y las camisas-de Nessus y otros instrumentos de muerte, más desconocidos y más extraños, servían para ejecutar más pronto o más tarde la terrible sentencia de los jueces francos.

Ya hemos dicho que existe en Magia un grande e indecible arcano, que no se comunica jamás entre adeptos, y que, sobre todo, es preciso impedir a todo trance que los profanos lo adivinen; cualquiera que en otro tiempo revelara, o lo hiciera descubrir a los demás por imprudentes revelaciones, la clave de ese arcano supremo, era condenado inmediatamente a muerte y obligado, con frecuencia, a ser él mismo el ejecutor de la sentencia.

La famosa comida profética de Cazotte, escrita por Laharpe, no ha sido aún comprendida; y Laharpe al narrarla, ha cedido al deseo, bastante natural por cierto, de maravillar a sus lectores ampliando los detalles. Todos los hombres presentes en esa comida, con excepción de Laharpe, eran iniciados y reveladores, o por lo menos, profanadores de misterios.

Cazotte, más elevado que todos ellos en la escala de la iniciación, les pronunció su decreto de muerte en nombre del iluminismo, y ese decreto fue diversamente, pero rigurosamente ejecutado, como otros decretos semejantes lo habían sido muchos años y muchos siglos antes contra el abate de Villars, Urbano Grandier, y tantos otros, y los filósofos revolucionarios perecieron, como también debían perecer Cagliostro, abandonado en las prisiones de la inquisición, la banda mística de Catalina de Theos, el imprudente Schroepffer, forzado a matarse en medio de sus triunfos mágicos y de la admiración universal, el desertor Kotzebüe, apuñalado por Carl Sand y tantos otros, cuyos cadáveres han sido hallados sin que se supiera la causa de su muerte súbita y sangrienta.

Fresca está todavía la memoria de la extraña alocución que dirigió al mismo Cazotte, al condenarle a muerte, el presidente del Tribunal revolucionario, su colega y co-iniciado. El nudo terrible del drama del 93, está todavía oculto en el santuario más oscuro de las sociedades secretas; a los adeptos de buena fe que querían emancipar a los pueblos, otros adeptos de una secta opuesta y que estaban ligados a más antiguas tradiciones, les hicieron una oposición terrible por medios análogos a los de sus adversarios, e hicieron

imposible la práctica del gran arcano, al desenmascarar la teoría.

La muchedumbre no comprendió nada, pero desconfió de todos y cayó, por descorazonamiento, más bajo de lo que habían querido llevarla.

El gran arcano permaneció más desconocido que nunca. Únicamente los adeptos, neutralizados los unos por los otros, no pudieron ejercer el poder, ni para dominar a los demás, ni para librarse ellos mismos; se condenaron, pues, mutuamente como traidores y se entregaron los unos a los otros al exilio, al suicidio, al puñal y al cadalso.

Se me preguntará tal vez, si peligros tan terribles amenazan todavía en nuestros días, sea a los intrusos del santuario oculto a los reveladores del arcano. ¿Por qué he de responder yo a la incredulidad de los curiosos? Si me expongo a una muerte violenta por instruirlos, no me salvarán ciertamente; si tienen miedo por sí mismos, que se abstengan de toda investigación imprudente; he aquí todo lo que puedo decirles.

Volvamos a la magia envenenadora. Alejandro Dumas, en su novela ***El conde de Montecristo***, ha revelado algunas de las prácticas de esta ciencia funesta. No repetiremos de él las tristes teorías del crimen, cómo se envenenan las plantas, no diremos cómo, por medio de unciones venenosas, se envenenan las paredes de las casas y el aire respirable por medio de fumigaciones que requieren que el observador emplee la careta de vidrio de Santa Cruz; dejaremos a la antigua Canidia sus misterios y no busquemos tampoco, hasta qué punto los ritos infernales de Sagane han perfeccionado el arte de Locusta. Se escribían recetas para envenenar y las disfrazaban bajo términos técnicos de alquimia, y en más de un libro antiguo, sedicente hermético, el secreto de la pólvora de proyección no es otro que el de la pólvora de sucesión. En el gran grimorio se encuentra aún una de esas recetas menos disfrazadas que las demás, pero titulada únicamente, *medio de hacer el oro*; Juan Bautista Porta, en su ***Magia Natural***, da una receta del veneno de los Borgia; pero, como puede suponerse, se burla de su público y no divulga la verdad, demasiado peligrosa en semejante materia.

Para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, paso a citar la receta:

La rana en si misma no es venenosa, pero es una esponja para los venenos, se trata del hongo del reino animal.

Tome, entonces, un sapo regordete, dice Porta, y ponlo con las víboras y los “asp” en una botella globular. Deje los hongos venenosos y el “hemlock” sea su alimento único durante un período de varios días. Entonces enfúrescalos batiendo, quemando y atormentandolos de cada manera concebible, hasta que mueren de rabia y de hambre; asperje sus cuerpos con el aspersorio y el vidrio pulverizados; colóquelos en una retorta bien-sellada; y extraiga toda su humedad por el fuego. Deje que el vidrio se enfrie; separe la ceniza de los cuerpos muertos del polvo incombustible que permanecerán en el fondo de la retorta. Usted entonces tendrá dos venenos - un líquido, el otro un polvo. El primero será completamente tan eficaz como el agua terrible Toffana; el segundo, en algunos días causará a cualquier persona que pruebe un poco de él mesclado con su bebida que envejezca rápidamente, y posteriormente la muerte en medio de sufrimientos horribles, o en un estado de inconciencia total. Debe ser admitido esto, esta receta tiene una fisionomía mágica de la clase más negra y más repugnante, y se pone enfermo uno por sus recuerdos de las abominables confecciones de Canidia y de Medea.

Los hechiceros de la edad media pretendían recibir estos polvos en el Sabbath y se los vendían a precios exorbitantes a los supersticiosos e ignorantes.

La tradicion maleficio.de misterios similares propago el terror en los campos y se convirtio y acabo actuando como un verdadero maleficio.*

Eran los polvos de la receta de Porta los que las brujas de la Edad Media pretendían recibir en el aquelarre y que expedían a gran precio a la ignorancia o al odio. Es por la tradición de semejantes misterios como ellas sembraban el espanto en los campos y hacían sus sortilegios.

El hechicero o la hechicera eran casi siempre una especie de sapos humanos, hinchados de inveterados rencores; eran pobres, estaban rechazados de todos y, por consecuencia, odiaban.

El temor que inspiraban era su consuelo y su venganza; envenenados ellos mismos por una sociedad de la que no habían conocido más que los desperdicios y los vicios, envenenan a su vez a aquellos que eran bastante débiles para tenerlos y vengaban en la juventud y en la belleza su vejez maldita y su imperdonable fealdad. Sólo la operación de esas malvadas obras y el cumplimiento de esos repugnantes misterios, constituían y confirmaban los que entonces se llamaba pacto con mal espíritu.

Es cierto que el operador debía pertenecer en alma y cuerpo al mal, y que merecía con justo título la reprobación universal e irrevocable manifestada por la alegoría del infierno.

Que las almas humanas hayan descendido a ese grado de perversidad y de demencia, no debe asombrarnos, pero si afligimos: ¿el abismo de los infiernos no demuestra ser por antítesis, la elevación y la grandeza del cielo?

En el Norte, donde los instintos están más comprimidos y son más vivaces; en Italia, en donde las pasiones son más expansivas y más ardientes, se temen todavía los sortilegios y el mal de ojo; en Nápoles no se afronta impunemente la *jettatura*, y aun se reconoce en ciertos signos exteriores a los seres que desdichadamente están dotados de ese poder. Para garantizarse contra ella, es preciso llevar encima cuernos —dicen los expertos— y el pueblo, que todo lo toma el pie de la letra, se apresura a adornarse con ellos, sin pensar más en el sentido de esta alegoría.

Los cuernos, atributos de Júpiter Ammon, de Baco y de Moisés, son el símbolo del poder moral o del entusiasmo, y los magos quieren decir que, para evitar la *jettatura*, es necesario dominar con una gran audacia, por un gran entusiasmo o por un gran pensamiento la corriente fatal de los instintos. Así es como casi todas las supersticiones populares son interpretaciones profanas de algún axioma o de algún maravilloso arcano de la sabiduría oculta.

Pitágoras, al escribir sus admirables símbolos, ¿no ha legado a los sabios una filosofía perfecta y al vulgo una nueva serie de vanas observancias y de prácticas ridículas? Así, cuando decía: «No recojáis lo que cae de la mesa, no cortéis los árboles del gran camino, no matéis a la serpiente que han caído en vuestro cercado. ¿No ofrecía bajo transparentes alegorías los preceptos de la caridad, sea social, sea particular? Y cuando decía: No te mires al espejo a la luz de la antorcha. ¿No era un modo ingenioso de enseñar el verdadero conocimiento del sí mismo, que no podría existir con las luces ficticias y los prejuicios de los sistemas?

Lo propio sucede con los demás preceptos de Pitágoras que, como se sabe, fueron seguidos al pie de la letra por una muchedumbre de discípulos imbeciles, hasta el punto

* Toda este parrafo en negrillas fue eliminado de la traduccion española, en honor a Elifas Levi yo la he restituido a su lugar original. Gracias al Fr. **Ferchus** que me facilito la informacion necesaria.

de que en las observancias supersticiosas de nuestras provincias hay un gran número de ellas que se remontan a la inteligencia primitiva de los símbolos de Pitágoras. Superstición, procede de una palabra latina que significa sobrevivir. Es el signo que sobrevive al pensamiento; es el cadáver de una práctica religiosa. La superstición es ala iniciación lo que la idea del diablo es a la de Dios. Es en este sentido como el culto de las imágenes está prohibido y como el dogma más santo en su concepción primera puede convenirse en supersticioso e ímpio cuando se ha perdido la inspiración y el espíritu.



Los pantáculos de Ezequiel y Pitágoras

Entonces es cuando la religion, siempre una como la razón suprema, cambia de vestiduras y abandona los antiguos ritos ala codicia ya la farsa de los sacerdotes convertidos, metamorfoseados, por su maldad y su ignorancia, en charlatanes y juglares. Pueden compararse con las supersticiones los emblemas y los caracteres mágicos, cuyo sentido no es comprendido ya, y que se graban al azar sobre amuletos y talismanes. Las imágenes mágicas de los antiguos eran pantáculos, es decir, síntesis cabalísticas. La rueda de Pitágoras es un pantáculo análogo al de las ruedas de Ezequiel, y ambas figuras son los mismos secretos e idéntica filosofía, es la llave de todos los pantáculos y ya hemos hablado de ello. Los cuatro animales, mejor, las esfinges de cuatro cabezas del mismo profeta son idénticas a un admirable simbolo indio, del cual publicamos el grabado, y que se refiere a la ciencia del gran arcano. San Juan, en su Apocalipsis, ha copiado y ampliado a Ezequiel, y todas las figuras monstruosas de este libro maravilloso son otros tantos pantáculos mágicos, de los cuales, los cabalistas encuentran fácilmente la clave. Pero los cristianos, habiendo desdeñado la ciencia con el deseo de ampliar la fe, quisieron ocultar más tarde los orígenes de su dogma y condenaron al fuego todos los libros de cábala y de magia. Anular los originales es dar una especie de originalidad a las copias y, sin duda, lo sabia San Pablo perfectamente cuando, con las intenciones más loables sin duda, cumplía su auto de fe científico, en Efeso. Así es cómo seis siglos más tarde el creyente Omar debía sacrificar a la originalidad del Coran la biblioteca de Alejandria, ¿quién sabe si en el porvenir, un futuro apóstol no quiera incendiar nuestros Museos literarios y confiscar la imprenta en beneficio de algún apasionamiento religioso y de alguna leyenda nuevamente acreditada?

El estudio de los talismanes y de los pantáculos es una de las más curiosas ramas de la magia y está ligada a la numismática histórica.

Existen talismanes indios, egipcios y griegos, medallas cabalísticas procedentes de hebreos, antiguos y modernos, abraxas gnósticos, amuletos bizantinos, monedas ocultas en usos entre los miembros de Sociedades secretas y llamadas, a veces, retoños del sabbat, medallas de los templarios y alhajas de los francmasones. Goglenius en su *Tratado de las maravillas de la Naturaleza*, describe los talismanes de Salomón y los del rabino Chael. El dibujo de alguno de ellos, de una mayoría también y de los más antiguos, fue grabado en los calendarios mágicos de Tycho-Brahe y de Duchenteau, y deben de estar reproducidos en totalidad o en parte en los fastos iniciativos del. M. Ragon, vasto y sabio trabajo que recomendamos a nuestros lectores.

LA PIEDRA DE LOS FILOSOFOS ELAGABALA -

Vocatio - So - Aurum

Los antiguos adoraban al sol bajo la forma de una piedra negra, a la que llamaban Elagabala o Heliogábala ¿Qué significaba esta piedra y cómo podía ser ella imagen del más brillante de los astros?

Los discípulos de Hermes, antes de prometer a sus adeptos el elixir de larga vida o el polvo de proyección, les recomendaban que buscasen la *piedra filosofal*. ¿Qué es esta piedra y por qué una piedra?

El gran iniciador de los cristianos invita a sus fieles a edificar *sobre piedra*, si no quieren ver sus construcciones derrumbadas. El mismo se nombra la *piedra angular*, y dice al más creyente de sus apóstoles: «Llámote Petrus, porque tú eres la primera *piedra* sobre la cual edificaré mi iglesia.»

Esta *piedra*, dicen los maestros en alquimia, es la verdadera sal de los filósofos, que entra en su tercio en la composición del azoe. Ahora bien, AZOE es, como se sabe, el nombre del gran agente hermético y del verdadero agente filosofal; también representan ellos su sal bajo la forma de una piedra cúbica, como puede verse en las doce claves de Basilio Valentín o en las alegorías de Trevisan.

¿Qué es, no obstante, esta piedra? Es el fundamento de la filosofía absoluta; es la suprema e inquebrantable razón. Antes de pensar en la obra metálica, es necesario haberse fijado para siempre sobre los principios absolutos de la sabiduría, es necesario poseer esa razón, que es la piedra de toque de la verdad. Jamás un hombre con prejuicios podrá llegar a ser rey de la Naturaleza y maestro en trasmutaciones. La piedra filosofal es, ante todo, necesaria, pero ¿cómo hallarla? Hermes nos lo dice en su tabla de esmeralda:

Es necesario separar lo sutil de lo fijo, con un gran cuidado y atención extremada. Así, pues, debemos desprender nuestras certidumbres de nuestras creencias, y distinguir bien los dominios de la ciencia de los de la fe; comprender bien que no sabemos todas las cosas en que creemos, y que no creemos ya en ninguna de las cosas en que llegamos a saber, y que, así la creencia de las cosas de la fe, es lo desconocido y lo indefinido, en tanto que sucede todo lo contrario en las cosas de la ciencia. Hay, pues, que concluir de que la ciencia reposa sobre la razón y la experiencia, mientras que la fe tiene por base el sentimiento y la razón. En otros términos, la piedra filosofal es la verdadera certeza que la prudencia humana asegura a las investigaciones concienzudas ya la modesta duda, mientras que el entusiasmo religioso lo da exclusivamente la fe. Luego, no pertenece ni a la razón sin aspiraciones, ni alas aspiraciones irrazonables; la verdadera certeza es la aquiescencia recíproca de la razón, que sabe en el sentimiento que cree y del sentimiento que cree en la razón que sabe. La alianza definitiva de la razón y de la fe resultará de su distensión y de su separación absolutas, pero de su mutua marca y de su fraternal concurso. Tal es el sentido de las dos columnas del pórtico de Salomón, de las cuales una se llama Jakin, y la otra Bohas; una debas cuales es blanca y otra negra. Son distintas, están separadas y, al parecer, son contrarias; pero si la fuerza ciega quiere reunir las, acercándolas, la bóveda del templo se derrumbará, porque, separadas,

constituyen una misma fuerza y, reunidas, son dos fuerzas que se destruyen mutuamente. Por esta misma razón es por la que el poder espiritual se debilita, desde el punto en que quiere usurpar el temporal, y por lo que el poder temporal parece víctima de sus abrogaciones sobre el poder espiritual. Gregorio VII perdió el papado, y los reyes cismáticos han perdido y perderán la monarquía. El equilibrio humano tiene necesidad de dos pies, los mundos gravitan mediante dos fuerzas, la generación exige dos sexos. Tal es el sentido del arcano de Salomón, figurado por las dos columnas del templo Jakin y Bohas.

El sol y la luna de los alquimistas corresponden al mismo símbolo y concurren al perfeccionamiento y a la estabilidad de la piedra filosofal. El sol es el signo jeroglífico de la verdad, porque es el manantial visible de la luz, y la piedra bruta es el símbolo de la estabilidad. Por esta razón, los antiguos magos tomaban la piedra Elagabala por la figura del sol, y por esto también es por lo que los alquimistas de la Edad Media indicaban la piedra filosofal como el primer medio de hacer el oro filosófico, es decir, la transformación de todos los poderes vitales, figurados por los seis metales, en sol, o lo que es igual, en verdad y en luz, primera e indispensable operación de la gran obra, que conduce a las adaptaciones secundarias, y que hace, por las analogías de la naturaleza, encontrar el oro natural y grosero a los creadores del oro espiritual y viviente, a los poseedores de la verdadera sal, del verdadero mercurio y del verdadero azufre filosófico.

Encontrar la .piedra filosofal es haber encontrado lo absoluto, como lo dicen todos los maestros. Ahora bien, lo absoluto es lo que no admite errores, es lo fijo de lo volátil es la regla de la imaginación, es la necesidad misma del ser, es la ley inmutable de la razón y de la verdad; lo absoluto es lo que es. Luego lo que es en cierto modo, es antes de lo que es. El mismo Dios no es sin razón de ser, y no puede existir más que en virtud de una suprema e inevitable razón. Es, pues, esta razón la que es lo absoluto; es a ella a la que debemos creer si queremos que nuestra fe tenga una base razonable y sólida. Se ha podido decir en nuestros días que Dios no es más que una hipótesis; pero la razón absoluta no es más que una, y ella es esencial al ser.

Santo Tomas ha dicho: Una cosa no es justa porque Dios la quiera, sino que Dios la quiere porque es justa. Santo Tomás hubiera deducido lógicamente todas las consecuencias de tan hermoso pensamiento, habría encontrado la piedra filosofal, y, en vez de limitarse a ser ángel de la escuela, habría sido el reformador. -

Creer en la razón de Dios y en el Dios de la razón es hacer el ateísmo imposible. Son los idólatras los que han hecho los ateos. Cuando Voltaire decía: «Si Dios no existiera, habría que inventarle», sentía más bien que comprendía la razón de Dios. ¿Existe realmente Dios? Nosotros no sabemos nada, pero deseamos que así sea, y por eso creemos en su existencia. Formulada así la fe, es una fe razonable, porque admite la duda de la ciencia y, en efecto, no creemos más que en las cosas que nos parecen probables, aun cuando no las conozcamos. Luego no es a semejante personas a quienes la piedra filosofal ha sido prometida.

Los ignorantes que han desviado el cristianismo de su camino, sustituyendo a la ciencia por la fe, a la experiencia por el sueño, a la realidad por lo fantástico; los inquisidores que, durante siglos y siglos declararon a la magia una guerra de exterminio, sólo lograron cubrir de tinieblas los descubrimientos del espíritu humano, de tal modo, que hoy marchamos tanteando para volver a encontrar la clave de los fenómenos de la

naturaleza. Ahora bien, todos los fenómenos naturales dependen de una sola e inmutable ley, representada por la piedra filosofal y, especialmente, por su forma simbólica, que es el cubo. Esta ley, manifestada en la Cábala por el cuaternario, había suministrado a los hebreos todos los misterios de su tetragrama divino. Puede, por tanto, decirse, que la piedra filosofal es cuadrada en todos sentidos, como la Jerusalén celeste de San Juan, y que en un lado llevan escrito el nombre de שלמה y en otro el de Dios; sobre una de sus faces, el de ADÁN, y sobre la otra el de EVA, y después los de AzoE e Irmu, sobre los otros dos lados. A la cabeza de una traducción francesa de un libro del Sr. de Nuisement, acerca de la sal filosófica, se ve el espíritu de la tierra de pie sobre un cubo, que recorren lenguas de fuego; tiene por falo un cadúceo, y el sol y la luna sobre el pecho, a la derecha y a la izquierda; es barbudo, está coronado y tiene un cetro en la mano. Es el ázoe de los sabios sobre pedestal de sal y de azufre. Se coloca a veces a esta imagen la cabeza simbólica del macho cabrío de Mendés; es el Baphomet de los Templarios, el macho cabrío del sabbat y el verbo creado de los gnósticos; imágenes extrañas que sirvieron de espantajos al vulgo, después de haber servido de meditaciones a los sabios; jeroglíficos inocentes del pensamiento y de la fe, que también sirvieron de pretexto a los furiosos de las persecuciones. ¡Cuán desdichados son los hombres en su ignorancia, pero cuánto se desprecian a sí mismos si llegan a conocerla!

LA MEDICINA UNIVERSAL

Caput - Resurrectio - Circulus

La mayor parte de nuestras enfermedades físicas proceden de nuestras enfermedades morales, según el dogma mágico único y universal, y en razón de la ley de las analogías.

Una gran pasión a la cual se abandone uno, corresponde siempre a una gran enfermedad que se separa. Los pecados mortales son llamados así porque física y positivamente causan la muerte.

Alejandro Magno murió de orgullo. Era temperante por naturaleza, pero se entregó por orgullo a los excesos que le produjeron la muerte.

Francisco I murió a causa de un adulterio.

Luis XV murió en su parque de los ciervos.

Cuando Marat fue asesinado, se moría de soberbia y de envidia. Era un monómano de orgullo, que se creía el único ser justo y que habría querido matar a todo el que no fuera Marat.

Muchos de nuestros contemporáneos han muerto de ambición, después de la Revolución de Febrero.

En cuanto nuestra voluntad se confirma irrevocablemente en una tendencia absurda, estamos muertos, y el ataúd que habrá de recibir nuestros restos, no muy lejano.

Es, por consiguiente, una verdad el decir que la sabiduría conserva la **vida**.

El gran maestro ha dicho: «Mi carne es un aliento y mi sangre una bebida. Comed mi comed y bebed mi sangre y viviréis.» Y como el vulgo murmurase, agregó: «La carne no entra aquí en nada; las palabras que os dirijo, son espíritu y son vida.» Así quería decir: Abrevad en mí espíritu y vivid mi vida.

Y cuando iba morir ligó el recuerdo de su vida al signo del pan, y el de su espíritu al del vino, instituyendo de este modo la comunión de la fe, de la esperanza y de la caridad.

En el mismo sentido es como han dicho los maestros herméticos: Haced el oro potable y tendréis la medicina universal; es decir, apropiad la verdad a vuestros usos, y sea ella el manantial en que abrevéis todos los días y adquiriréis para siempre la inmortalidad de los sabios. La templanza, la tranquilidad de alma, la sencillez de carácter, la calma y la razón de la voluntad hacen al hombre, no solamente dichosos, sino sano y robusto.

Es haciéndose razonable y bueno como el hombre llega a la inmortalidad.

Somos los autores e nuestros propios destinos, y Dios nos salva sin nuestro concurso.

La muerte no existe para el sabio; la muerte es un fantasma tildado de horrible por la ignorancia y la debilidad del vulgo.

El cambio atestigua el movimiento, y el movimiento no revela otra cosa que la vida. El mismo cadáver no se descompondría si estuviera muerto; todas las moléculas que lo componen permanecen vivas y no se mueven con otro objeto que con el de desprenderse unas de otras. ¿Podéis figuraros que es el espíritu el que primero se desprendió del cuerpo para morir? ¿Podéis creer que el pensamiento y el amor pueden morir cuando la misma materia grosera no muere?

Si al cambio debe llamársele, moriremos y renacemos diariamente, porque todos los días cambian nuestras formas.

Tememos, al salir a la calle, destrozar nuestras vestiduras, y nada no importa

abandonarlas cuando llega la hora del reposo.

El ensalzamiento y la conservación de los cadáveres es una superstición contra la naturaleza. Es un ensayo de creación de la muerte; es la inmovilización forzosa de una sustancia de que la vida tiene necesidad. Pero no hay que apresurarse en destruir o en hacer desaparecer los cadáveres, porque nada se verifica bruscamente en la naturaleza, y no debe correrse el riesgo de romper violentamente los lazos de un alma que se desprende.

La muerte no es nunca instantánea; se opera gradualmente como el sueño. En tanto que la sangre no se ha enfriado por completo, mientras que los nervios pueden estremecerse, el hombre no está completamente muerto, y si alguno de los órganos esenciales de la vida no está destruido, el alma puede ser llamada, sea por accidente, sea mediante una voluntad poderosa.

Un filósofo ha dicho que mejor dudaría del testimonio universal antes que creer en la resurrección de un muerto, y en esto procedió temerariamente, porque es bajo la fe del testimonio universal como él creía en la imposibilidad de una resurrección.

Probada una resurrección ¿qué resultaría? ¿Habría que negar la evidencia o renunciar a la razón? Esto sería absurdo sólo al suponerlo. Habría que deducir sencillamente que había sido temerario creer en la imposibilidad de la resurrección. *Ab actu ad posse valet consecutio.*

Osemos afirmar ahora que la resurrección es posible y que se produce con mayor frecuencia de lo que se cree. ¡Cuántas personas cuya muerte ha sido jurídica y científicamente probada, han sido halladas muertas, es cierto, en su ataúd, pero que habían vivido y que se habían destrozado los dedos y las uñas al tratar de abrirse las arterias para escapar por una nueva muerte a tan horribles sufrimientos!

Un médico nos dirá que esas personas no estaban muertas, sino en estado de letargia. ¿Pero qué es la letargia? Es el estado que da a la muerte comenzada y no concluida, a la muerte que viene a desmentir un retomo a la vida. No se sale fácilmente del atolladero con estas palabras, cuando es imposible explicar las cosas.

El alma está ligada al cuerpo por la sensibilidad y en cuanto ésta cesa, es un signo cierto de que el alma se aleja. El sueño magnético es una letargia o una muerte ficticia y curable a voluntad. La eterización o la torpeza producida por el cloroformo son verdaderas letargias que a veces concluyen por una muerte definitiva, cuando el alma, feliz por su pasajero desprendimiento, hace esfuerzos de voluntad para alejarse definitivamente, lo que es posible en aquellos que han vencido al infierno, es decir, cuya fuerza moral es superior a la de la atracción astral.

Así, pues, la resurrección no es posible más que para las almas elementales, y son éstas, especialmente, las que están más predispuestas a revivir en la tumba. Los grandes hombres y los verdaderos sabios no son enterrados vivos. En nuestro Ritual explicaremos la teoría y la práctica del resurreccionismo y aquellos que me preguntaran si yo he resucitado muertos, les responderé que si yo se lo dijera no me creerían.

Quédanos por examinar aquí si la abolición del dolor es posible y si es saludable emplear el cloroformo o el magnetismo en las operaciones quirúrgicas. Opinamos, y la ciencia lo reconocerá más tarde, que disminuyendo la sensibilidad se disminuye la vida y que todo cuanto evita el dolor en semejantes circunstancias se vuelve en provecho de la muerte.

El dolor atestigua la lucha de la vida; adviértase, pues, que en las personas operadas en

estado de letargia, las curas son excesivamente dolorosas. Si se reiterara en cada una de estas curas, el aturdimiento por el cloroformo, sucedería de estas dos cosas una: o que el enfermo moriría, o que en las curaciones el dolor volvería y sería continuo. No se violenta impunemente a la Naturaleza.

21 ♃ X

LA ADIVINACION

Dentes - Furca - Amens

El autor de este libro ha osado mucho en su vida, y jamás un temor ha tenido su pensamiento cautivo. No es, sin embargo, sin un legítimo terror como llega al final del dogma mágico.

Se trata ahora de revelar, o más bien, de volver sobre el gran Arcano, ese terrible secreto, ese secreto de vida y de muerte, manifestando en la Biblia por aquellas formidables y simbólicas palabras de la serpiente, también simbólicas I NEQUAQUAN MORIEMINI, II SED ERITIS, III SICUT DII, IV SCIENTES BONUM ET MALUM. Uno de los privilegios del iniciado en el gran Arcano y aquel que resume todos los demás es el de la *Adivinación*.

Según el sentido vulgar de la palabra, adivinar significa conjeturar lo que se ignora; pero el verdadero sentido de la palabra es inefable a fuerza de ser sublime. Adivinar (*divinari*) es ejercer la divinidad. La palabra *divinus*, en latín significa algo más que la otra palabra *divus*, cuyo sentido es equivalente a hombre dios. *Devin*, en francés, contiene las cuatro letras de la palabra Diau (Dios), más la letra N que corresponde por su forma al *aleph* hebreo y que manifiesta cabalística y jeroglíficamente el gran Arcano, cuyo símbolo en el Tarot, es la figura del batelero.

Aquel que comprenda perfectamente el valor numeral absoluto de multiplicada por N, con la fuerza gramatical de la N final en las palabras *ciencia, arte, potencia*, adicionando después las cinco letras de la palabra **DEVIN**, a fin de hacer entrar cinco en cuatro, cuatro en tres, tres en dos y dos en uno, aquel al traducir el número que encuentre en letras hebraicas primitivas, escribirá el nombre oculto del gran Arcano y poseerá una palabra de la que el mismo santo tetragrama no más que el equivalente y como la imagen.

Ser adivino, según la fuerza de la palabra, es, pues, ser divino, y algo más misterioso todavía.

Los dos signos de la divinidad humana, o de la humanidad divina, son las profecías y los milagros.

Ser profeta es ver por anticipado los efectos que existen en las causas; es leer en la luz astral; hacer milagros, es obrar valiéndose del agente universal y someterle a nuestra voluntad.

Se preguntará al autor de este libro si es profeta y taumaturgo.

Que los curiosos averigüen y lean todo cuanto ha escrito antes de ciertos acontecimientos que se han verificado en el mundo. Cuanto a lo que han podido decir y hacer, si lo refiriera, y si en ello hubiera realmente algo maravilloso, ¿se le creería bajo su palabra?

Además, una de las condiciones esenciales de la adivinación, es la de no verse obligado a ella, no someterse nunca a la tentación, es decir, a la prueba. Nunca los maestros de la ciencia han cedido a la curiosidad de nadie. Las sibilas queman sus libros cuando Tarquino rehúsa apreciarlos en su justo valor; el gran Maestro se calla cuando se solicitan de él signos de su misión divina. Agrippa muere de miseria antes de obedecer a aquellos que solicitan de él un horóscopo. Dar pruebas de la ciencia a aquellos que dudan de la ciencia misma, es iniciar a indignos, es profanar el oro del santuario, es

merecer la excomunión de los sabios y la muerte de los reveladores.

La esencia de la adivinación, es decir, el gran Arcano mágico, está figurado por todos los símbolos de la ciencia, y se liga estrechamente con el dogma único y primitivo de Hermes. En filosofía da la certeza absoluta; en religión el secreto universal de la fe; en física, la composición, la descomposición, la recomposición, la realización y la adaptación del mercurio filosófico, llamado ázoe por los alquimistas; en dinámica, multiplica nuestras fuerzas por las del movimiento continuo; es a la vez místico, metafísico y material con correspondencias de efectos en los tres mundos; procura caridad en Dios, verdad en ciencia y oro en riqueza, porque la transmutación metálica es, a la vez, una alegoría y una realidad, como lo saben bien todos los adeptos de la verdadera ciencia.

Sí, se puede real y materialmente hacer oro con la piedra de los sabios, que es un amalgama de sal, de azufre y de mercurio combinados tres veces en ázoe por una triple sublimación y una triple fijación. Sí, la operación es con frecuencia fácil y puede hacerse en un día, en un instante; otras veces requiere meses y aun años. Pero, para tener éxito en la gran obra, es preciso *ser divinus*, o adivino en el sentido cabalístico de la palabra y es indispensable haber renunciado, por interés personal, a las ventajas de las riquezas, de las cuales se convierte uno, de esa forma, en dispensador de ellas. Ramon Llull enriquecía a los soberanos; sembraba a Europa con sus fundaciones y permanecía pobre; Nicholas Flamel, que está bien muerto, diga cuanto quiera la leyenda, no encontró la gran obra hasta después de haber conseguido, por el ascetismo, un desligamiento completo de las riquezas. Fue iniciado por el saber que le proporcionó repentinamente la lectura del libro de *Asch de Mezareph*, escrito en hebreo por el cabalista Abraham, el mismo quizá, que redactó el *Sepher Jezirah*. Ahora bien, ese saber, fue en Flamel, una intención merecida, o más bien posible por las preparaciones personales del adepto. Creo haber dicho bastante.

La adivinación, es, por tanto, una intención y la llave de ella está en el dogma universal y mágico de las analogías. Es por las analogías como el mago interpreta los sueños, como vemos en la biblia que lo hizo el patriarca José, en Egipto, porque las analogías en el reflejo de la luz astral son tan rigurosas como los matices de colores lo son en la luz solar y pueden ser calculadas y explicadas con la mayor exactitud. Únicamente que es indispensable conocer el grado de vida intelectual del soñador quien se revelará a sí mismo por completo, por sus propios sueños, hasta causar en él mismo, el mayor asombro.

El sonambulismo, los presentimientos y la segunda vista no son más que una predisposición, sea accidental, sea habitual, a soñar en un sueño voluntario, o en estado de vigilia, es decir, a percibir despierto los reflejos analógicos de la luz astral. Ya explicaremos todo esto en nuestro *Ritual*, cuando proporcionemos el medio, tan buscado, de producir y dirigir regularmente los fenómenos magnéticos.

Cuanto a los instrumentos adivinatorios son sencillamente un medio de comunicación entre el adivino y el consultante, y no sirven, con frecuencia, más que para fijar las dos atenciones y las dos voluntades, sobre un mismo signo; las figuras vagas, complicadas, móviles, ayudan a ensamblar los efectos de la luz astral, y así es como se ve en el poso del café, en las nubes, en la clara del huevo, etc., etc., formas fatídicas, existentes únicamente en lo translucido, es decir, en la imaginación de los operadores.

La visión en el agua se opera por desvanecimiento y fatiga del nervio óptico, que cede

sus funciones al **translucido**, y produce una ilusión en el cerebro que toma por imágenes reales los reflejos de la luz astral; así, las personas nerviosas, que tengan la vista debilitada y la imaginación viva, son más propias para este género de adivinación que excede a lo increíble, sobre todo, cuando se realiza por medio de niños.

No se desprecie, por tanto, la función que aquí atribuimos a la imaginación en las artes adivinatorias. Se ve, por la imaginación, sin duda, y esta es la parte natural del milagro; pero se ven cosas verdaderas y en esto es en lo que consiste lo maravilloso de la obra natural.

Emplazamos a la experiencia a todos los adeptos. El autor de este libro ha empleado todos los métodos de experimentación y ha obtenido siempre resultados proporcionales con la exactitud de sus operaciones científicas y con la buena fe de los consultantes. El Tarot, ese libro milagroso, inspirador de todos los libros sagrados de los antiguos pueblos, es, a causa de la precisión analógica de sus figuras y de sus números, el instrumento de adivinación más perfecto.

Efectivamente, los oráculos de este libro son siempre rigurosamente verdaderos, por lo menos en un sentido, y cuando no predice nada, revela siempre cosas ocultas y ofrece a los consultantes los más sabios consejos.

Allieue, de peluquero que era, se convirtió en el siglo XVIII en cabalista, después de haber pasado treinta años meditando sobre el Tarot; Alliette, que se llamaba cabalísticamente Etteilla, al leer su nombre como se lee la escritura hebrea sagrada, estuvo a punto de encontrar todo cuanto había de oculto en ese extraño libro; pero, sucedió que, al separarlas claves del Tarot, por no haberlas comprendido bien, invirtió el orden y el carácter de las figuras, sin destruir completamente las analogías. Los escritos de Etteilla, ya muy raros, son fatigosos y oscuros. No todos ellos fueron impresos y los manuscritos de ese padre de los cartómagos modernos permanecen aún en manos de un librero de París, que tuvo la bondad de enseñármelos. Lo más notable que en ello pudo verse, es la pertinacia, la incontestable buena fe del autor, que presintió durante toda su vida la grandeza de las ciencias ocultas y que hubo de morir a la puerta del santuario sin poder penetrar en él y sin lograr descorrer el velo. Apreciaba poco a Agrippa-y hacía mucho caso de Jean Belot, y no conocía nada la filosofía oculta de Paracelso; pero, en cambio, poseía una intuición muy ejercitada, una voluntad muy perseverante y más ensueño que juicio. Todo esto le impedía ser mago, pero hacía de él un adivino vulgar muy hábil y, por consiguiente, muy acreditado.

Al decir, en nuestro **Ritual**, la última palabra sobre el Tarot, indicaremos el modo completo de leerle y de consultarle, tratando, no sólo de las probabilidades marcadas por el destino, sino también de los problemas de religión y de filosofía, acerca de los cuales da siempre solución exacta y precisa, si se explica uno en el orden jerárquico, las analogías de los tres mundos con tres colores y los cuatro matices que componen el septenario sagrado.

RESUMEN Y CLAVE GENERAL DE LAS CUATRO CIENCIAS OCULTAS

Signa - Thot - Pan

Resumamos ahora toda la ciencia por los principios.

La analogía es la última palabra de la ciencia y la primera de la fe.

La armonía está en el equilibrio, y éste subsiste por la analogía de los contrarios.

La unidad absoluta es la razón suprema y última de las cosas. Pero esta razón no puede ser ni una persona, ni tres personas; es una razón, y es la razón por excelencia.

Para crear el equilibrio es preciso separar y unir, separar por los polos y unir por el centro.

Razonar sobre la fe es destruir la fe; hacer el misticismo en filosofía es atentar contra la razón.

La razón y la fe se excluyen mutuamente por su naturaleza y se excluyen por la analogía.

La analogía es el único mediador posible entre lo visible y lo invisible, entre lo finito y lo infinito. El dogma es la hipótesis, ascendente, de una ecuación presumible. Para el ignorante la hipótesis es la que resulta de la afirmación absoluta y ésta, sin embargo, es la que verdaderamente es la hipótesis. Hay en la ciencia hipótesis necesarias, y el que trata de realizarlas ensancha los dominios de la ciencia, sin restar la fe; porque del otro lado de la fe, existe el infinito.

Se cree lo que se ignora, pero nada más que lo que admite la razón. Definir el objeto de la fe y circunscribirle, es, por tanto, formular lo desconocido. Las 'profesiones de fe son fórmulas de la ignorancia y de las aspiraciones del hombre. Los teoremas de la ciencia son los monumentos de sus conquistas.

El hombre que niega a Dios es tan fantástico como el que lo define con una pretendida infalibilidad. Se define, ordinariamente, a Dios, diciendo todo lo contrario de lo que es. El hombre hace a Dios por una analogía del menos al más; de menor a mayor, resultando que la concepción de Dios en el hombre, es siempre la de un hombre infinito que hace del hombre un Dios finito.

El hombre puede realizar lo que cree en la medida de lo que él sabe, y en razón a lo que ignora y hace todo lo que quiere en la medida de lo que cree y en razón de lo que sabe. La analogía de los contrarios es la analogía de la luz con la sombra, de lo cóncavo con lo convexo, de lo lleno con lo vacío. La alegoría, madre de todos los dogmas, es la substitución de las huellas por los sellos, de las sombras por las realidades. Es la mentira de la verdad y la verdad de la mentira.

No se inventa un dogma, pero se vela una verdad y se produce una sombra en favor de los ojos débiles. El iniciador no es un impostor, es un revelador, es decir, según la expresión de la palabra latina **revelare**, un hombre que vela de nuevo. Es el creador de una nueva sombra.

La analogía es la clave de todos los secretos de la Naturaleza y la única razón de ser de todas las revelaciones.

He aquí por qué todas las religiones parecen estar escritas en el cielo y en toda la Naturaleza. Esto debe ser así, porque la obra de Dios es el libro de Dios, y en lo que él

escribe, debe de verse la expresión de su pensamientos y por consecuencia de su ser, pues que le concebimos como pensamiento supremo.

Desde Volney, no se ha visto más que un plagio en esa espléndida analogía que habría debido conducir a reconocer la catolicidad, es decir, la universalidad del dogma primitivo, único, mágico, cabalístico e inmutable de la revelación por la analogía.

La analogía da al mago todas las fuerzas de la naturaleza; la analogía es la quinta esencia de la piedra filosofal; es el secreto del movimiento continuo; es la cuadratura del círculo; es el templo que reposa sobre las dos columnas JAKIN y BOAS; es la clave del gran Arcano; es la ciencia del bien y del mal.

Encontrar la escala exacta de las analogías en las cosas apreciables para la ciencia, es fijar las bases de la fe y apoderarse también de la varita de los milagros.

En ello existe un principio y una fórmula rigurosa, que es el gran Arcano. Si el sabio no lo busca es porque ya lo ha hallado; pero que el vulgo lo busque, que lo buscará siempre sin hallarlo.

La transmutación metálica se opera espiritual y materialmente por la clave positiva de las analogías.



Addhanari, gran pantáculo indio

La medicina oculta no es más que el ejercicio de la voluntad aplicada al manantial mismo de la vida, a esa luz astral cuya existencia es un hecho y cuyo movimiento está conforme a los cálculos, de los que la escala ascendente y descendente es el gran arcano mágico.

Este arcano universal, último y eterno secreto de la alta iniciación, está representado en el Tarot por una joven desnuda que no toca la tierra más que con un pie; tiene una varita imantada en cada mano y parece correr dentro de una corona que soportan un ángel, un águila, un buey y un león.

Esta figura es análoga en cuanto al fondo de las cosas al querube de Jekeskiel, del que ofrecemos el grabado, y al símbolo indio de Addhanari, análogo al Ado-nai de Jekeskiel, a quien llamamos vulgarmente Ezequiel.

La comprensión de esta figura es la clave de todas las ciencias ocultas. Los lectores de mi libro deben comprenderla ya filosóficamente, si se han familiarizado un tanto con el simbolismo de la cábala.

Quédanos ahora por realizarla más importante operación de la gran obra. Encontrar la piedra filosofal ya es algo sin duda. Pero, ¿cómo hemos de triturar a ésta para hacer el polvo de proyección? ¿Cuál es el uso de la varita mágica? ¿Cuál es el poder real de los nombres de la cábala? Los iniciados lo saben y los iniciables lo sabrán también si por las indicaciones tan múltiples como precisas que acabamos de darles, descubren el gran arcano.

¿Por qué estas verdades, tan sencillas y tan puras, están necesariamente ocultas a los hombres? Es que los elegidos de la inteligencia son un pequeño número en la tierra y se parecen, en medio de los imbéciles y de los malvados, a Daniel en la cueva de los leones.

Además, la analogía nos enseña las leyes de las jerarquías, y siendo la ciencia absoluta un poder, debe ser exclusivamente compartido entre los más dignos. La confusión de la jerarquía es el verdadero desfallecimiento de las sociedades, porque entonces los ciegos conducen a los ciegos según la palabra del maestro.

Devuélvase la iniciación a los reyes y a los sacerdotes y el orden surgirá de nuevo. Así, haciendo llamada a los más dignos y aun cuando me exponga a maldiciones que rodean a los reveladores, yo creo realizar una cosa tan útil como grande: ¡Yo dirijo sobre el caos social el aliento del Dios vivo sobre la humanidad y evoco a los sacerdotes y los reyes para el mundo del porvenir!

Una cosa no es más justa porque Dios la quiera, dijo el ángel de la escuela; sino que Dios la quiere porque es justa. Esto es como si hubiera dicho: Lo absoluto es la razón. La razón existe por sí misma; es porque es, y ¿cómo queréis que exista alguna cosa sin razón? La misma locura no se produce sin razón. La razón es la necesidad, es la ley, es la regla de toda la libertad y la dirección de toda iniciativa. Si Dios existe es por la razón. La concepción de un Dios absoluta fuera o independientemente de la razón, es el ídolo de la magia negra; es el fantasma del diablo.

El demonio es la muerte que se disfraza con las vestiduras usadas de la vida; es el espectro de Hirren Kesept, tronando sobre los escombros de las civilizaciones arruinadas y ocultando su horrible desnudez con los abandonados y olvidados despojos de las encarnaciones de Vishnú.

Definiciones:

La Luz Astral: vehículo de la vida, fluido universal, subordinada a un mecanismo ciego, opera matemáticamente siguiendo leyes fatales. Esta saturada de imágenes de toda especie que nuestra alma puede evocar y someter a su Diaphana.

sinonimos, el alma del mundo, la serpiente que se muerde la cola, gran agente magico, magnetismo univerval

La Luz humana: sometida a la imaginación y dependiente de la voluntad. En el momento de la concepción la Luz Astral es transformada en Luz humana, es la primera envoltura del alma.. La atmosfera Personal, magnetismo animal

Luz Odica: Luz que quema y purifica el cuerpo astral después de la muerte.

Diáfana (Diaphana) Eliphas Levi parece referirse con este termino a lo que ahora se conoce como el inconsciente colectivo y probablemente también a los arquetipos que existen en el inconsciente colectivo.

Cuerpo Sideral: La Luz Humana al combinarse con los fluidos mas sutiles forman el cuerpo etereo o el fantasma sideral de Paracelso. Vehículo de la Luz astral, sobrevive a la muerte primera y experimenta una segunda muerte al ser destruido por la Luz Odica. Cuando dormimos y soñamos el cuerpo sideral vaga por el mundo y sus visiones son los sueños asi por ejemplo el fenómeno del hombre lobo según Levi no es otra cosa que el cuerpo sideral de un hombre de quien el lobo representa los instintos salvajes, su cuerpo sideral por lo tanto toma la forma de un hombre lobo.

La Luz Astral o el Gran Agente Magico se revela por cuatro especies de fenómenos, calórico, luz, electricidad y magnetismo. Es la cuarta emanación de la vida principio de que el sol es la tercera forma. Este agente solar esta vivificado por dos fuerzas contrarias, una de atracción y otra de proyeccion. La fuerza de atracción se fija siempre en el centro de los cuerpos y la de proyeccion en los contornos, o en su superficie. Es por esta doble fuerza por lo que todo es creado y todo subsiste.

Su movimiento es un enrollamiento y un desenrollamiento sucesivos e indefinidos por espirales de movimientos contrarios que no se encuentran nunca.